

 HARLEQUIN

Julia™

VICTORIA PADE
Felicidad robada



VICTORIA PADE

Felicidad robada



OceanofPDF.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Victoria Pade
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Felicidad robada, n.º 1827- septiembre 2021
Título original: A Baby for the Bachelor
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1375-697-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

OceanofPDF.com

Capítulo 1

DESPIERTA, Marti. Creo que estamos cerca, y necesito que me indiques el camino.

Marti Grayson abrió los ojos cuando oyó la voz de su hermano y se incorporó en el asiento del coche.

—Siento no haber sido buena compañía.

—Y que lo digas —respondió Ry en tono afable—. Te quedaste dormida a dos kilómetros de Missoula y desde entonces has estado fuera de combate.

—Últimamente me pasa mucho. Dicen que es normal, por las hormonas del embarazo y todo eso —respondió ella antes de fijarse en la carretera—. ¿Ésta es la carretera de Northbridge?

—Eso es lo que decía el cartel. Pero dímelo tú, que has estado aquí antes.

—Una noche, hace tres semanas. Llegué tarde, y me marché el martes por la mañana.

Pero cuando Ry avanzó por Main Street, Marti reconoció que era la misma adonde ella había llegado y de donde había salido.

—Gira a la derecha en South Street —le instruyó—. La casa de la abuela es la última antes de que la calle termine en una tierra de labranza.

A mediados de abril, su anciana abuela se había escapado del cuidado de su enfermera y sorprendido a todos marchándose a Northbridge. Theresa Hobbs Grayson había nacido y se había criado allí en Northbridge. Los tres nietos que se preocupaban de que su abuela, una persona algo inestable a nivel emocional, tuviera a alguien que cuidara de ella, no se habían enterado de la existencia de Northbridge hasta hacía bien poco. Pero como Theresa estaba empeñada en quedarse allí, sus nietos, Marti, Ry y el tercer mellizo, Wyatt, habían decidido complacerla.

Wyatt había sido el primero en ir a Northbridge, después de que encontraran a Theresa en la vieja casa abandonada.

Habían planeado turnarse para pasar temporadas con Theresa; pero cuando Marti había llegado para relevar a Wyatt, éste había decidido que no quería marcharse. Se había enamorado de la asistente social que se ocupaba de Theresa, y la pareja estaba a punto de casarse.

De modo que Marti había regresado rápidamente a Missoula a la central de Home Max, la cadena de almacenes de ferretería y electrodomésticos propiedad de los Grayson, para ocupar el puesto de Wyatt. Por eso sólo había visto Northbridge de pasada.

Wyatt estaba a punto de casarse con Neily Pratt, y por eso Marti y Ry habían viajado juntos a Northbridge. Ry siguió sus indicaciones, y poco después apareció una casa en la distancia.

—¿Es ésa? —preguntó Ry.

—Sí, ésa es —le confirmó Marti.

—Es mucho más grande de lo que pensaba —comentó Ry al contemplar la majestuosa casa de piedra de dos plantas.

—Te lo dije —dijo Marti—. Por dentro es enorme, pero aún no está acondicionada para vivir.

—¿Quién es ése? —dijo Ry cuando estaban más cerca—. Ése no es Wyatt.

Un amplio porche cubierto rodeaba toda la casa. Cerca de una de las esquinas de la veranda había un hombre colgando un banco de madera de unas cadenas.

Estaba de espaldas a ellos, pero Marti se fijó en su espalda ancha y fuerte. El hombre iba con vaqueros y llevaba una camiseta blanca tan pegada que le ceñía sus hombros musculosos y el torso en forma de uve.

—Ése debe de ser el tipo que Wyatt ha contratado para que se haga cargo de la obra de la casa —dijo Marti mientras disfrutaba contemplando su cintura estrecha, su trasero prieto y sus muslos largos y fuertes—. ¿No se llamaba Noah Perry? —continuó Marti—. No tuve oportunidad de conocerlo cuando vine. Reconstruir y renovar esta casa no es empresa pequeña, y como la boda es este fin de semana, Wyatt me comentó que tenían prisa por dejar al menos la planta baja un poco presentable. Dijo que este tal Perry está echando un montón de horas.

—Desde aquí se ve bien.

Desde luego que se veía bien, pensó Marti, antes de darse cuenta de que su hermano se refería a la casa, y no al trasero del constructor. Desvió la mirada para centrarse un poco en la conversación.

—Aún no puedo creer que vaya a casarse otra vez —dijo Ry.

Pero dejar de mirarlo no fue suficiente para quitárselo de la cabeza; porque durante una décima de segundo había pensado que Ry estaba hablando de él. Pero enseguida cayó en la cuenta de que en realidad se refería a Wyatt.

—¿Te va a sentar muy mal esta boda? —le preguntó Ry mirándola de soslayo.

—No, estoy bien —le aseguró Marti, agradeciendo su preocupación—. He tomado esta importante decisión de seguir adelante, y eso es lo que voy a seguir haciendo. Wyatt va a empezar de nuevo, y yo también.

—Vaya, y yo que pensaba que ibas a tener un bebé —bromeó Ry mientras detenía el vehículo en el camino de entrada a la casa.

Apagó el motor, y Marti se estiró. Había sido un trayecto largo y cansado, y llevaba todo el camino sentada en la misma postura. Al estirarse sintió un ligero mareo. Por el momento, los síntomas del embarazo eran una fatiga extrema, visitas más frecuentes al cuarto de baño, náuseas de vez en cuando y algún que otro mareo.

Marti se sintió mejor después de respirar hondo un par de veces; entonces abrió la puerta del último juguete de Ry, mientras su hermano salía y daba la vuelta al vehículo.

El deportivo era tan bajo que Marti tuvo que agacharse un poco para salir antes de poder ponerse de pie y agitar la mano para saludar a Wyatt, que en ese momento salía a recibirlos.

De repente Marti empezó a marearse otra vez, pero fue más fuerte que el mareo del coche.

Todo empezó a darle vueltas, y Marti sintió náuseas y se tambaleó antes de desplomarse en el suelo, como un globo que se deshinchara.

Oyó las voces asustadas de sus hermanos, e inmediatamente quiso asegurarles que no era nada. Pero aparte de negar con la cabeza, no tuvo fuerzas para más.

Debía respirar hondo... respirar hondo... Se le pasaría...

Sus hermanos se acercaron inmediatamente para ocuparse de ella; pero sus voces sonaron muy lejanas, y sólo pudo agachar la cabeza con la

esperanza de que se le pasara el mareo.

Entonces oyó la voz de otro hombre, una voz vagamente conocida, aunque Marti no supo identificarla en ese momento. El otro sugirió que llamaran a una ambulancia.

—¡No! —consiguió hacerse oír, mientras intentaba no vomitar el almuerzo.

—¡Mary Pat!

Ése fue Wyatt, que llamaba a la mujer que cuidaba de su abuela. Mary Pat debía de haber estado cerca, porque al momento la enfermera se arrodilló a su lado y le tomó el pulso.

—No es más que un simple mareo... —susurró Marti al notarse algo mejor—. Estoy bien, de verdad.

—A lo mejor lo de la inseminación artificial no ha sido tan buena idea —comentó Ry, totalmente fuera de tono—. No sé si el embarazo te está sentando muy bien.

—Ry... —le reprendió Wyatt—. Podrías callarte, ¿no?

—Sólo estaba diciendo...

—No hace falta decirlo. Sobre todo aquí fuera en el patio.

Delante de un extraño, pensaba Marti mientras hacía lo posible para recuperarse un poco.

Tragó saliva con fuerza, cerró los ojos un momento y aspiró hondo un par de veces.

—Estoy bien, estoy bien; se me va a pasar el mareo...

Entonces abrió los ojos y miró a su otro hermano, agradecida de que hubiera tenido el sentido común de reprocharle a Ry su indiscreción.

—Hola, Wyatt —dijo Marti con una sonrisa en los labios, como si no pasara nada.

—Hola, Marti —respondió Wyatt con cara de susto, aunque en tono sereno y comprensivo.

Marti miró a su hermano y a la cuidadora de su abuela.

—Hola, Mary Pat. ¿Podrías decirles a estos hombres que no pasa nada?

—Creo que Marti está bien —confirmó la enfermera—. ¿Quieres intentar levantarte, o nos sentamos un momento?

—Creo que es mejor que intente entrar en casa.

Habría preferido quedarse donde estaba si todos, incluido el apuesto forastero, no la miraran fijamente.

Pero sólo consiguieron que Marti se sintiera más cortada.

—Chicos, no soy una inválida, ¿sabéis?

De todos modos sus hermanos la ayudaron a ponerse de pie.

Fue entonces cuando Marti se fijó en el desconocido, el mismo que había estado colgando el banco en el porche; el que había bajado corriendo a auxiliarla.

—Éste es Noah Perry —dijo Wyatt—. Noah, éstos son mis hermanos, Ry y Marti.

Marti volvió a tragar saliva.

—Marti y yo nos conocimos en una Expo de Ferretería a finales de marzo.

Aunque Marti había esperado estar equivocada y que no fuera él, comprobó con horror que no se había equivocado.

—Es verdad —confirmó Marti en tono quedo, sin saber qué hacer ni qué decir, notando que empezaba a marearse otra vez.

Aunque de espaldas no le había reconocido, de frente no hacían falta presentaciones. Recordaba perfectamente aquel cabello castaño y ondulado, aquella nariz aguileña, aquellos labios sensuales y aquellos ojos marrón oscuro. Hacía seis semanas que no dejaba de pensar en él.

—Será mejor que entres en casa, tienes mala cara —le dijo Mary Pat mientras le agarraba del brazo—. Ven conmigo. Te daré un poco de agua y un dulce.

Como no sabía qué más decir, Marti se fue con Mary Pat pero no dejó de pensar en el hombre que había creído que no volvería a ver.

El padre de su futuro bebé.

Una hora después del emocionante encuentro con los Grayson, Noah Perry volvió a casa aquel viernes por la tarde con planes para arrancar el rodapié del salón y posiblemente empezar a pintar las paredes.

Antes de hacer nada de eso, sacó unas zanahorias y una botella de cerveza muy fría de la nevera y fue al porche trasero para disfrutar del cálido día de mediados de mayo y de paso saludar a Dilly.

La burrita de tres años se acercó a la barandilla del porche en cuanto vio a Noah.

—Ya sabes lo que tengo para ti, ¿verdad? —dijo Noah mientras le daba una de las zanahorias.

Tenía dos más, pero en lugar de dárselas a la burrita enseguida, se las guardó en el bolsillo y se apoyó en el poste que sujetaba el tejadillo del porche. Entonces se tomó la cerveza con aire pensativo, maravillándose de nuevo por el fortuito encuentro de esa tarde con Marti, y de que ella fuera Marti Grayson...

En la Expo no se habían dicho sus apellidos. Sabía que trabajaba en Home Max porque la había visto en las cajas y en la zona de espera; pero al verla con tantos empleados más de la conocida cadena de tiendas, la había tomado por una más. Ella no le había dicho que fuera uno de los dueños de las tiendas.

Y en las tres semanas que llevaba trabajando para los Grayson, nadie había mencionado a Marti. Cuando había hablado con Wyatt, o en las contadas ocasiones que había conversado con Theresa, se había mencionado a la hermana, o a la nieta, pero nunca habían dado un nombre; y él no había caído.

Lo que sí se le había pasado por la cabeza había sido preguntarle a Wyatt por la chica que trabajaba en Home-Max; sólo que no había terminado de decidirse.

Lo cierto era que no había dejado de pensar en ella en las últimas seis semanas. ¿Y quién no? Marti Grayson era un auténtico bombón. Tenía el pelo largo y rubio, matizado con mechones como rayos de sol, y la piel más suave y perfecta que había visto en su vida... o más bien tocado. Sus ojos eran del mismo azul plateado de su último coche, y sus labios los más rojos y carnosos que había besado en su vida. Marti tenía un cuerpo bien formado, turgente y redondeado en los sitios adecuados, y esbelto en los demás; aparte de un par de piernas largas y esbeltas, aunque no fuera demasiado alta.

Así que, cosa lógica, le había resultado muy difícil no pensar en ella; e incluso había soñado con ella un par de veces.

Sin embargo, Noah no había querido preguntar por una empleada de Home Max llamada Marti porque había estado dudando de cómo acabaría si averiguaba su nombre completo y dónde localizarla. Ella le había dicho que trabajaba y vivía en Missoula. Él vivía y trabajaba en Northbridge; y Missoula estaba al otro lado del estado. Y un ligue de una noche en una

feria de maquinaria no era una base demasiado sólida para iniciar nada. Le había dado la impresión de que la única intención de Marti había sido vivir una aventura de una noche del modo más anónimo posible. El detalle de marcharse por la mañana sin despertarlo y sin dejarle ni siquiera una nota no podría haber sido más indicativo.

¡Pero qué noche!

La Expo había sido su oportunidad para salir un fin de semana y ponerse al día con los nuevos productos que había en el mercado en herramientas y maquinaria de construcción, que pudieran facilitarle su trabajo. Pero en ningún momento había ido en busca de algo más; desde luego no había ido allí a ligar.

Tenía que reconocer que se había fijado en Marti en más de una ocasión. ¡Cómo no hacerlo, siendo tan impresionante como era! Habían charlado de algunos temas de trabajo de pasada, junto a los expositores de Home Max. Luego habían charlado un poco más cuando él había ido al salón de exposición de la tienda; y tenía que reconocer que entonces le había picado un poco la curiosidad. Pero ella había estado muy ocupada, y él a su vez interesado en un montón de cosas que había en la convención, y por eso no había pasado nada.

Finalmente, la última noche de la exposición, se habían encontrado en la cafetería del recinto. Al verla, él la había saludado con la cabeza, a lo que ella había respondido del mismo modo. Entonces él le había dicho hola y ella también. Y como estaban solos en la cafetería, aparte de los camareros, Noah la había invitado a su mesa a cenar con él, y ella había aceptado.

Se habían tomado unos sándwiches mientras charlaban sobre la exposición, y a pesar de estar hablando de trabajo, había habido cierto coqueteo entre los dos. Cuando habían terminado de cenar, Noah no había tenido ganas de despedirse de ella; por eso le había preguntado si le apetecía tomar algo con él en el bar del hotel.

Ella había vacilado, dándole a entender que quería rechazarlo y no sabía cómo. Pero justo cuando él había pensado que ella le iba a decir que no, ella había aceptado su invitación.

Cuando habían llegado al bar del hotel, había un grupo de música en vivo; como no habían podido charlar habían terminado bailando y bebiendo; bebiendo bastante. De modo que cuando el bar había cerrado, a ninguno de los dos le había importado ya que apenas se conocieran. Él se

había sentido a gusto en su compañía, y la chica era una monada. Se habían divertido muchísimo, y un beso juguetón en el ascensor había sido suficiente para que ella accediera a acompañarlo hasta su dormitorio al llegar a su piso.

El beso de buenas noches a la puerta había dado paso a un montón de besos más; un montón de besos que les habían llevado hasta la cama, donde habían continuado besándose...

Noah le dio a Dilly otra zanahoria.

—Si quieres que te diga la verdad —le dijo a la burra—, me gustaría acordarme mejor de lo que pasó, porque casi ni me acuerdo. Me refiero a los detalles, ya me entiendes; es que estaba bastante borracho...

Los dos lo habían estado.

Tan borracho que cuando él le había dicho que no tenía preservativos, habían decidido arriesgarse...

Hasta ese momento, Noah se había olvidado totalmente de aquel detalle. Pero de pronto pensó en algo; algo que le dejó helado. Él no había utilizado nada... y seis semanas después aparecía ella, embarazada...

—¡Ay, Dios mío! —exclamó con tanta fuerza que la burra sacudió las orejas.

¡Marti estaba embarazada! Le dio tantas vueltas al asunto que empezó a marearse del nerviosismo, se le quedó la garganta seca y empezó a sudar.

Su hermano había dicho que había sido por inseminación artificial, y a lo mejor incluso era cierto...

Pero por mucho que quisiera creerlo, le resultaba poco probable. No era lógico que hubiera pasado la noche con él sin utilizar protección, y que luego se hubiera hecho una inseminación artificial. A Noah le costaba creerlo.

¿Claro que, y si en la feria hubiera estado ya embarazada? A lo mejor por esa razón no le había importado no utilizar preservativo.

Era una posibilidad, se decía Noah mientras volvía a respirar algo más aliviado.

—Tal vez no sea mío —dijo en voz alta.

Pero la burra se había apartado un poco de él, como si pensara que su amo se hubiera vuelto loco.

Claro que, pensándolo bien, Marti había estado tan bebida como él; y de haber estado ya embarazada, no habría tocado el alcohol...

—¡Ay, Dios mío! —volvió a exclamar.

Marti Grayson no era sólo un bello y nebuloso recuerdo de una noche de pasión en la habitación de un hotel durante una feria de herramientas y maquinaria; Marti era una persona de carne y hueso, con hermanos y una abuela y quién sabía quién más a quien poner cara diciendo que había ido a un banco de semen, en lugar de reconocer que se había quedado embarazada después de pasar una noche de pasión en brazos de un extraño.

Pero si él era el padre de su hijo, ¿por qué ella no le había buscado para decírselo?

—¿Le dije que era de Northbridge? —le preguntó a Dilly, como si la burra entendiera.

Lo cierto era que no lo recordaba. Y si sólo le había dicho que era de una pequeña localidad al sur de Montana, y teniendo en cuenta que ella no sabía su apellido, seguramente no habría podido encontrarlo, en el supuesto de que lo hubiera buscado. A lo mejor el destino los había vuelto a juntar.

Se le ocurrió que a lo mejor ella no había querido que él supiera que iba a tener un hijo de él, y por eso no se había molestado en buscarlo.

La mera idea le revolvió un poco el estómago. Pero si Marti Grayson pensaba que tenía derecho a no darle opción de elegir, no podía haberse equivocado más.

La burra percibió su rabia y retrocedió unos pasos más.

—No pasa nada Dilly, no eres tú —dijo para consolar al animal, mientras la consolaba dándole la tercera zanahoria.

La burra avanzó con cautela, sin apartar sus grandes ojos negros de Noah, acercándose lo suficiente para atrapar la zanahoria con los labios y los dientes.

—A lo mejor no es mío —volvió a decir Noah, intentando calmarse un poco—, pero voy a hacer lo posible para averiguarlo.

Porque si el bebé era suyo, tendría que hacer algo al respecto.

Algo para que la historia no se repitiera...

Capítulo 2

ESA misma noche, cuando Marti oyó que Theresa cerraba la puerta de su habitación, se volvió hacia Wyatt.

—¿Cómo está?

—¿La abuela? —Wyatt se encogió de hombros—. Ni mejor ni peor. Ayer pasó mala noche. Últimamente tiene pesadillas a menudo, y siempre son las mismas; ella dice que llora por ella, que no deja de llorar, y que tiene que recuperarlo.

—Y por eso pensamos que no se refiere a la tierra —comentó Ry.

Desde que Theresa se había escapado a Northbridge, Wyatt había estado investigando el pasado de su abuela allí. De momento se había enterado de que los padres de Theresa habían fallecido cuando ella era adolescente, y que Theresa había heredado la casa y muchos acres de terreno en el corazón de Northbridge. Como su único pariente vivo entonces era una tía que había estado enferma y no había podido acogerla en esa época, tras la muerte de sus padres, Theresa había pasado once meses de huésped en casa del dueño del aserradero local, un hombre llamado Hector Tyson, y su mujer, Gloria.

En esos once meses apenas había tenido contacto con ninguno de sus amigos, y al final, tres meses antes de cumplir dieciocho años, se había marchado definitivamente de Northbridge para irse a vivir a Missoula con su tía. Antes de marcharse, Theresa le había vendido a Hector Tyson su tierra por la cuarta parte de su valor. Hector Tyson se había hecho rico y había dividido la tierra en parcelas, las cuales había ido vendiendo, además de vender también todos los materiales para construir las casas que en el presente ocupaban dichas parcelas.

Cuando hacía tres semanas habían encontrado por fin a Theresa en la casa donde la mujer se había criado, ella estaba pidiendo que le devolvieran lo que le habían quitado. En un principio Wyatt había pensado que se refería a la tierra. Pero Theresa había empezado a tener pesadillas, que según ella no tenían nada que ver con la tierra perdida; y por eso sus nietos habían empezado a preguntarse de qué otra cosa podría tratarse. Solamente se les ocurrió pensar que su abuela hubiera podido tener un hijo de Hector Tyson.

—Por eso sabemos ya que no es la tierra lo que quiere que Hector le devuelva —Wyatt repitió lo que había dicho Ry.

—Entonces podría ser un bebé —dijo Marti, resumiendo lo que todos habían hablado por teléfono recientemente—. ¿Todavía no le has preguntado a ella si fue eso lo que le arrebataron?

Wyatt negó con la cabeza.

—No me parecía buena idea. Últimamente está pasando una mala racha; está llorosa, triste y desorientada. La memoria empieza a fallarle; la semana pasada se olvidó de quién era Mary Pat. Hoy, sabiendo que veníais vosotros dos, es el primer día bueno que ha tenido desde las pesadillas.

—¿Y aún no has hablado con el tal Hector Tyson? —preguntó Ry.

—Lleva todo este tiempo ausente del pueblo, pero tengo entendido que regresa el lunes; así que vas a tener que hacerlo tú, Marti. Ry vuelve a Missoula justo después de la boda para hacerse cargo del negocio allí, y yo estaré de luna de miel. ¿Crees que vas a poder tú sola?

Marti sabía que el mareo de esa tarde les tenía preocupados pensando que no podría, pero ella no estaba dispuesta a echarse atrás.

—Por supuesto que puedo yo sola —dijo ella, como si la ocurrencia fuera ridícula—. Y Ry —dijo, volviendo al tema de su abuela—, tú tienes una cita con los abogados para saber si legalmente hay posibilidad de que se le restituya el valor de la tierra, ¿no?

—Eso es —respondió Ry.

—Luego, tú y yo podremos partir de ahí, mientras Wyatt está tumbado en la playa —concluyó.

Sus hermanos se miraron, y aunque no hubieran sido mellizos, Marti habría adivinado lo que pensaban.

—Dejadlo ya —dijo en tono firme.

—¿Dejar el qué?

—De miraros como si pensarais que no voy a poder. Porque estoy bien, que lo sepáis. Es cierto que la muerte de Jack fue un golpe muy duro para mí; y comprendo que la idea de tener un hijo yo sola sea un poco alocada. Pero, creedme, estoy bien.

—Pues esta tarde cuando te he visto sentada en el suelo no me ha parecido que estuvieras tan bien —dijo Ry, a quien le gustaba hablar claro.

—Un mareo no es algo tan raro. A veces vomito si en el desayuno me viene algún olor fuerte; es algo muy normal cuando estás embarazada; sobre todo al principio.

Pensó que Wyatt sabría eso, ya que su primera esposa había estado embarazada cuando un accidente doméstico la había matado a ella y a su bebé. Pero no dijo nada.

—He ido al médico, y estoy sana como una manzana; el bebé también está bien. El hecho de querer tener un hijo es señal de que estoy mejor y quiero seguir adelante; de que estoy empezando a olvidar la muerte de Jack.

—A Wyatt le costó dos años después de la muerte de Mikayla ceder a sus sentimientos por Neily —dijo Ry, claramente preocupado—. Sólo han pasado nueve meses desde que murió Jack...

—Nueve y medio —corrigió Marti.

—De acuerdo, nueve meses y medio desde que perdiste para siempre al hombre de quien estabas enamorada desde que erais niños —insistió Ry—. El amor de tu vida, Marti. El hombre que todos veíamos como tu otra mitad. ¿Vamos, si estuvieras en nuestra piel, no te preocuparía que el dolor te hubiera afectado tu capacidad para razonar?

—Entiendo que os parezca así —respondió Marti con calma—; que creáis que me he vuelto un poco loca. Pero os aseguro que nada más lejos. A pesar de los mareos y demás calamidades del embarazo, me siento bien y animada. Desde que murió Jack no me había sentido tan bien, y sólo lo veo como algo positivo; así que es así como voy a seguir viéndolo. Y si tenéis dudas...

—Nos las llamamos —recomendó Wyatt.

—Iba a deciros que tratarais de superarlas; pero eso que dices también está bien —añadió Marti—. Y de lo de quedarme en Northbridge una temporada para estar con la abuela y para ver el nuevo solar que Wyatt ha encontrado para construir la nueva tienda, soy tan capaz de hacerlo ahora

como antes de quedarme embarazada; mis facultades no han mermado en absoluto. ¡Y se acabó la discusión!

Los dos hermanos siguieron allí sentados, con caras largas y gestos tensos; no parecían muy convencidos.

—Agradezco vuestro interés; pero no me he vuelto loca. El destino ha querido que tenga un bebé ahora; con Jack o sin él —dijo ella, que quería zanjar el tema de una vez—. Cierto, es triste que no sea el bebé de Jack, que él no esté aquí para formar la familia que siempre quisimos formar —aspiró hondo para no emocionarse demasiado—. Pero eso no significa que este nuevo camino que he tomado sea el equivocado. Sólo es distinto.

Y como no podría haber añadido nada más sin echarse a llorar, Marti se levantó y se excusó diciendo que estaba cansada y que se iba a la cama.

Había llegado al pie de las escaleras cuando oyó que Wyatt le decía a Ry: —Te lo dije, desde la feria está distinta.

Marti hizo como si no lo hubiera oído y subió las escaleras de madera, que crujían bajo su peso, manteniendo el tipo hasta que cerró la puerta de su dormitorio.

La primera planta ya empezaba a verse un poco mejor; y Marti había decidido que después de la boda instalaría su dormitorio en la leonera de la planta baja. Pero hasta entonces se quedaría en el que había sido el dormitorio de su abuela cuando era niña, donde aún no se había hecho ningún arreglo. Aunque la habitación estaba limpia, el dosel de la cama estaba raído, el escritorio, que hacía juego con una coqueta, completamente arañado, y un espejo de pedestal rajado en una esquina.

Marti se acercó a la cama y se desplomó sobre el mullido colchón, olvidándose de la fachada que llevaba dos días presentándoles a sus hermanos; precisamente desde que se había inventado la historia de la inseminación artificial. Y cuando el destino la había lanzado de nuevo a Noah Perry en su camino, Marti había tenido que seguir disimulando.

—¿Es que no hay nadie más a quien fastidiar? —dijo a las fuerzas invisibles de la naturaleza que tal vez movieran los hilos de su vida en los últimos nueve meses.

Independientemente de la imagen que quisiera dar ante los demás, en el fondo, estaba destrozada. Había rezado para no tener que volver a vivir nada tan doloroso como la muerte de su prometido; pero las últimas semanas le habían demostrado que todo era posible.

¡Embarazada! ¡Para una locura que cometía en su vida... bien podría haberse librado!

Ella no había planeado irse a Denver aquel fin de semana de marzo y acostarse con un extraño. Se había ofrecido voluntaria para ir con el puesto de ferretería y maquinaria que Max Home llevaba a la exposición sólo para cambiar de aires unos días y olvidar los recuerdos constantes de Jack, que la sorprendían mirara donde mirara y fuera donde fuera. Quería descansar de las continuas muestras de cariño y lástima por parte de sus amistades y su familia; huir de la embarazosa posición de ser casi una viuda, pero sin serlo.

Su único deseo había sido pasar unos días sin que nadie se mostrara solícito con ella, sin que nadie estuviera pendiente de ella. Unos días sin tener que asegurarle a todo el mundo que se encontraba bien; unos días para estar con gente que ni la conocía a ella ni a Jack, ni lo que había pasado.

Y eso era exactamente lo que había encontrado: los tres días que había durado la feria se había sentido libre, como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Le había resultado más fácil soportar los momentos de angustia sin el mimo y la preocupación de los demás.

Entonces cayó en la cuenta de que el dolor había pasado de ser una constante a sorprenderla sólo de vez en cuando. Estaba pasando lo que Wyatt le había comentado, porque le había pasado también a él: los momentos de tranquilidad, los momentos en los que se sentía con fuerzas para seguir adelante, duraban cada vez más; afortunadamente, los momentos en los que el dolor la paralizaba eran cada vez menos frecuentes.

Y tenía que reconocer que ir a la Expo la había ayudado... Y también conocer a Noah Perry.

Se lo había encontrado en varias ocasiones en esos tres días. Entonces ni siquiera sabía su nombre; hasta esa noche que habían cenado juntos en la cafetería, sólo había sido una cara más en medio de miles de caras que pasaban por el puesto de Home Max o visitaban los expositores.

Y sin embargo allí estaba, embarazada de él. La idea la superó de nuevo, y Marti se quedó quieta en la cama, con los pies aún en el suelo y medio tumbada de lado.

Tenía su cara grabada en la mente. Era un hombre muy guapo; precisamente por eso se había fijado en él entre las cientos de personas que habían acudido a la feria.

Noah poseía una belleza agreste, un rostro de facciones bien definidas, de pómulos altos, nariz aguileña y mandíbula fuerte y prominente.

Pero lo que más le había llamado la atención había sido el pelo y los ojos. Tenía un pelo precioso, negro y ondulado; y aunque a ella nunca le había gustado que Jack lo llevara tan largo, a Noah le sentaba muy bien.

Y cómo olvidar el color de sus ojos, que eran del mismo color que el chocolate amargo; unos ojos brillantes y penetrantes, de mirada paciente. Ojos iluminados por la inteligencia, ojos que parecían ver más allá.

Ya había pensado que, si su hijo nacía con los ojos y el pelo de su padre, sería un bebé precioso...

Pero ella no se le había tirado encima y le había dicho «tómame, soy tuya» sólo porque fuera guapo; había sido una mezcla de cosas, incluidas dos o tres copas de más y una debilidad aparente por aquel chico tan apuesto de la feria.

Él se había comportado con normalidad, había sido gracioso con ella; y Marti se había sentido a gusto. Además, le había alegrado ser capaz de coquetear con alguien que no fuera Jack. Por eso, antes de volver a la realidad de Missoula, se había permitido el lujo de ir un poco más lejos, y se había sentado a comer un sándwich con él.

Y se lo había pasado tan bien con Noah que se había sentido un poco culpable por Jack, como si le hubiera sido infiel.

Pero como su hermano Ry, Jack siempre había sido una persona positiva, una persona a quien le gustaba disfrutar de la vida. Después de la muerte de la esposa de Wyatt, había dicho una y otra vez que los vivos tenían que seguir viviendo. Incluso había dicho que, si alguna vez le ocurría algo, quería que Marti volviera a vivir y no perdiera el tiempo llorándole.

Por supuesto, era mucho más fácil decirlo que hacerlo.

A lo mejor no habría pasado nada si esa noche no hubiera estado bebida; pero cuando el chico más guapo de la Expo la había invitado al bar del hotel a tomar algo, y ella había dudado entre si debía o no ir, las palabras de Jack la habían empujado a aceptar.

Así que había ido con él al hotel a tomar una copa y a pasar un rato agradable. Pero cuando terminó la música y el bar cerró, Marti no había querido que la noche terminara.

Eso era lo último que recordaba con claridad; el resto era un recuerdo difuso: los besos, su dormitorio, la cama, cuando se habían desnudado... Se

había dejado llevar por el placer, por lo que había deseado en ese momento...

Al día siguiente había amanecido soleado. Sin los efectos del alcohol, Marti se había sentido mal por lo que había hecho; por eso se había vestido a toda prisa y se había marchado sin despertarlo.

No le había contado a nadie lo de esa noche en Denver. A medida que habían transcurrido las semanas, Marti lo contemplaba más como un episodio que la había ayudado a dar un paso más para olvidarse del dolor por la muerte de Jack. Poco a poco empezó a comprender que finalmente sería capaz de superar la gran pérdida y seguir viviendo sin él.

Luego había tenido la primera falta. En principio había pensado que era un simple retraso y que llegaría en cualquier momento; cuando había muerto Jack, se le había retrasado el periodo del disgusto.

Después de dos semanas de retraso, había ido a la farmacia para comprar un test de embarazo. Cuando le había dado positivo, había ido corriendo al médico con la esperanza de que fuera una falsa alarma.

Cuando el médico le había confirmado su estado, Marti había experimentado una mezcla de pánico y angustia. Pero cuando se había calmado un poco y lo había pensado, la idea de tener un hijo se le antojó como la prueba más real de que la vida seguía, de que tenía que dejar atrás el pasado y seguir adelante. Y por eso había decidido tener el bebé y no enfrentarse a su destino. Pensó en lo que podía hacer para buscar al hombre con quien se había acostado. No sabía nada de él, salvo que era constructor y del sudeste de Montana. Había pensado en hablar con la recepción del hotel para que le dieran su nombre y dirección. ¿Pero para qué?

No necesitaba ayuda económica. No tenía ni idea de quién era él en realidad ni de cuál podría ser su pasado, o si tenía o no familia. Tampoco sabía si acabaría metiendo la pata si se le ocurría buscarlo, ni de cómo respondería él. De modo que le había parecido mejor dejar las cosas como estaban, considerar que el niño era sólo suyo y tenerlo y criarlo sola; mejor que contárselo al guapo de la feria.

Así que había inventado la historia de la inseminación artificial. Y aunque no fuera cierta, se sentía a gusto con el mensaje que transmitía: que había recuperado las riendas de su vida y estaba dispuesta a seguir adelante, aunque fuera de un modo tan poco convencional. Además, después de

contárselo a sus hermanos y a algunas amistades como algo que había deseado y por lo que había luchado, casi había empezado a creérselo.

Pero cuando había visto al chico guapo esa tarde en el patio de la casa de su abuela... la verdad, ya no se sentía tranquila.

Se tumbó de espaldas, abrió los brazos y soltó un sentido gemido.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se dijo en el silencio del cuarto.

No había respuesta adecuada.

Sabía que el hecho de volver a ver a Noah lo cambiaba todo; porque iba a tener que pensar qué hacer a partir de ese momento.

—Pero ahora no; mañana.

En ese momento estaba cansada, y sabía que sería mejor pensarlo al día siguiente, cuando hubiera descansado toda la noche.

¿Quién sabía? A lo mejor al día siguiente se levantaría más animada.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

EL sábado fue un día de locura, con los preparativos de última hora para la boda del domingo por la noche. Tuvieron que cambiar los muebles de sitio, decorar la casa, llevar comida, flores, mesas y sillas. Tenían el ensayo, la cena, y la presentación de la hermana y los cinco hermanos de Neily y sus respectivas esposas y novias a la familia de Wyatt.

Noah no trabajó ese sábado; y aunque él no formaba parte del cortejo nupcial, y por ello no lo habían incluido ni en el ensayo ni en la cena posterior, Marti pasó todo el sábado pensando en él. Sin embargo, no llegó a ninguna conclusión distinta a la del viernes; sólo que necesitaba investigar un poco antes de decidir qué hacer.

El domingo por la tarde, los invitados empezaron a llegar alrededor de las siete para asistir a la ceremonia.

Marti se había recogido el pelo, se había maquillado y se había puesto un vestido minifalda de color negro. Entonces se acercó a la ventana de su dormitorio del primer piso a esperar a que llegara Noah. Estaba muy nerviosa, y aspiró hondo varias veces, con el estómago encogido sólo de pensar en volver a verlo.

Noah llegó temprano porque era el encargado de llevar a su abuelo, que era el antiguo reverendo del pueblo y el que celebraría la ceremonia, ya que el otro reverendo estaba fuera de vacaciones. Mientras Noah ayudaba al anciano a llegar hasta la casa, Marti aprovechó para mirar bien al padre de su futuro bebé.

En la Expo, Noah había ido de sport, y ese viernes, cuando lo había vuelto a ver, iba vestido con ropa de trabajo. Para esa ocasión, Noah llevaba un traje azul marino, camisa azul intenso y corbata de un tono más oscuro.

El traje le sentaba a la perfección, de tal modo que parecía el modelo de un anuncio de moda.

Como las otras veces, llevaba el pelo medio despeinado, compensando la sobriedad y elegancia de del traje de chaqueta. Estaba tan guapo que Marti no pudo quitarle la vista de encima.

Sin embargo, esa noche sólo quería averiguar más cosas de él. Era lo único que tenía claro después de dos noches sin dormir y un día entre medias sin dejar de darle vueltas al asunto. Iba a tomarse las cosas paso a paso, esperando poder llevarlo mejor así y llegar a la conclusión más razonable e inteligente para todos.

Cuando llegó el momento de la ceremonia, fue Ry quien convenció a Theresa, que sufría de agorafobia, para que bajara por la escalera de atrás a la cocina con Mary Pat, desde donde podría ver a Neily y a Wyatt dándose el sí, sin ver ni ser vista por ninguno de los invitados.

Como Wyatt quería que Marti y Ry fueran sus padrinos, como él decía, Neily a su vez había escogido a su hermana Mara y a su hermano mayor Cam para compensar. Marti, que estaba de pie junto a sus hermanos y de espaldas a la concurrencia, se preguntó si Noah Perry la estaría mirando como ella lo había mirado a él cuando había llegado con su abuelo. Sólo de pensarlo se le hizo un nudo en el estómago.

Su abuelo ofició una ceremonia sobria y elegante que sólo duró veinte minutos, y cuando terminó, Mary Pat subió a Theresa a su cuarto y empezó el banquete.

A partir de entonces Marti ya no tuvo ni ojos ni oídos para nadie salvo para Noah Perry, que la miraba discretamente mientras felicitaba a los novios.

Pero Noah no se le acercó, sino que se limitó a vigilarla, mientras la música empezaba a sonar y los invitados a mezclarse. E incluso cuando ella le sorprendió mirándola, él no intentó disimular; continuó mirándola y estudiándola, hasta que ella fingió que algo le llamaba la atención.

Pensó en acercarse y hablar con él, pero decidió ir a ver si su abuela estaba tranquila y a tranquilizarse de paso ella también.

La comida era un bufé, y cuando finalmente regresó Marti, la mayoría de los invitados estaban sentados comiendo. Sólo quedaban unos cuantos en la fila para servirse, y vio que Noah era el último.

Marti pensó que tal vez fuera ésa la mejor ocasión para hablar con él. Podría ponerse detrás de él, llenar el plato y saludarlo, aunque fuera con retraso, como había hecho con el resto de los invitados esa tarde. Y así, haciéndose la encontradiza, a lo mejor acabarían sentándose a comer juntos. Lo que ella quería era charlar de cualquier cosa para intentar averiguar más cosas de él antes de reconocer que el bebé era suyo.

¿Entonces, por qué de pronto se le habían paralizado las piernas? Estaba claro... ¡Tenía muchísimo miedo!

A lo mejor él no quería enterarse de lo del bebé. Marti se dijo que de haber sentido curiosidad se habría pasado por casa de su abuela a hablar con ella; incluso podría haberse acercado a ella después de la ceremonia.

También podría ser que fuera un poco torpe y ni siquiera se le hubiera ocurrido que el bebé fuera suyo. A lo mejor Noah Perry se había tragado también la historia de la inseminación artificial. En ese caso, tal vez ella podría seguir como había planeado, aunque sus caminos se hubieran vuelto a cruzar...

Pero cuando Noah llegó al final de la mesa, se dio la vuelta y se dirigió hacia ella nada más verla.

Marti pensó en dar media vuelta y refugiarse en el dormitorio de la abuela, y de hacer como si no lo hubiera visto.

En ese momento Noah la miró fijamente con sus preciosos ojos de mirada intensa. Pero Marti no salió huyendo, sino que aspiró hondo y se dispuso a actuar con naturalidad. Incluso consiguió sonreír un poco, aunque un repentino temblor de labios desbarató su sonrisa.

—Me he servido suficiente comida para los dos —dijo Noah cuando se acercó a ella, alzando ligeramente el plato—. Se me ocurrió que podríamos compartir.

Entonces, sin previo aviso, Noah se acercó a ella y le habló al oído, para que nadie más pudiera oírle:

—Si pudimos compartir una noche en Denver, creo que podríamos compartir un plato de comida, ¿no te parece?

Marti se estremeció de pánico sólo de pensar en lo de Denver.

—Es que no tengo mucha hambre...

—Siéntate conmigo de todos modos —respondió él, sin darle otra salida.

Marti dedujo que él sospechaba. Sin embargo, bien mirado, era una conversación que tenía pendiente, y afortunadamente Noah acababa de

darle pie.

—¿Quieres sentarte en las escaleras? —le sugirió ella en tono vacilante.

—Claro —respondió Noah.

Como la mayoría de los invitados estaba en el salón, en la entrada había mucho menos ruido. Marti se dirigió a la escalera grande que subía al segundo piso y se sentó en el tercer escalón, y se pegó a la pared para que Noah pudiera sentarse también.

Noah se sentó de lado y apoyó la espalda contra el poste de la escalera. Entonces dejó el plato en el espacio que quedaba entre los dos. Le pasó uno de los dos tenedores que había llevado y una servilleta.

—He servido un poco de todo porque no sabía lo que te gusta —dijo él, mientras pinchaba con el tenedor una patata con mantequilla.

Mientras comía, volvió a observarla como llevaba haciendo toda la tarde; como si tratara de recordar.

Marti fingió entretenerse con el pedazo de tomate de la brocheta.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —le preguntó él.

—Bien —respondió ella rápidamente—. Lo de ayer no fue más que un mareo. Pasé muchas horas en el coche sentada en la misma postura, y creo que me levanté muy deprisa...

Ésa era toda la información que debía darle, por eso cerró la boca antes de continuar.

—Hoy estoy bien —añadió, antes de meterse un tomate en la boca.

Noah continuó observándola, aunque ella ya se había callado.

—Así que estás embarazada, ¿no? —continuó Noah en tono conversacional.

Sospechaba claramente.

—Sí, estoy embarazada —confirmó entre mordisco y mordisco, como si fuera una bobada; pero no pensaba decir más, así que cambió de tema—. Así que Northbridge, ¿no?

Él esbozó una sonrisa de medio lado, dando a entender que se había percatado de su juego. A Marti le dio la impresión de que él le dejaría llevar las riendas de la conversación, de que no iba a presionarla. Y no lo hizo, sino que se limitó a responder a su pregunta.

—Sí, nacido y criado en Northbridge.

—Eso no me lo contaste en Denver. ¿No dijiste que eras de un pueblo pequeño al sudeste de Montana?

—Creo que sí. No pensé que lo conocerías. ¿Lo conocías?

—No había oído hablar de Northbridge hasta que la abuela no se vino aquí.

Noah miró hacia el piso superior.

—¿No has conseguido que baje esta noche?

—Se quedó en la cocina durante la ceremonia; ni siquiera Ry pudo convencerla para que hiciera más. Y si hay alguien capaz de convencerla de algo, es Ry. Dice que no puede ver a nadie aquí, que está demasiado avergonzada, y que nosotros no entendemos lo que eso significa.

Noah asintió y comió un poco de jamón, pasándole de nuevo la pelota.

Marti sabía que el tema de su abuela era un tema de conversación seguro, pero también que no le estaba sacando nada de la información personal que necesitaba. De modo que no continuó por ahí.

—¿El reverendo es tu abuelo?

—Sí —confirmó Noah—. Para bien o para mal.

—¿Por qué para bien o para mal?

—Es un hueso duro de roer; tan duro que hasta los de la familia le llamamos reverendo. No es ni compasivo, ni comprensivo, ni tolerante.

Marti se preguntó si se lo estaría diciendo por algo. Le molestaba pensar que pudiera implicar que le hacía falta ser tolerante, comprensivo y compasivo.

Pero también decidió que no le iría nada bien enfadarse, de modo que no comentó nada.

—¿Sólo has traído a tu abuelo esta noche?

—¿Y a quién más iba a traer? —preguntó Noah.

Marti se encogió de hombros.

—No sé, a lo mejor a tu esposa...

Noah sonrió, como dándole a entender que entendía su jugada; pero ella sólo pudo pensar en aquella sonrisa deslumbrante de dientes rectos y blancos, en el hoyuelo de cada mejilla. Su sonrisa le transformaba, de tal modo Noah pasaba de guapo a impresionante. Marti se sintió más conmovida por esa sonrisa de lo que se había sentido nunca, ni siquiera con la sonrisa de Jack.

—¿Ahora me preguntas si estoy casado? —dijo él, cada vez más sonriente.

Ella sonrió algo avergonzada.

—Que yo sepa, tú tampoco me lo preguntaste —lo acusó ella.

—¿Lo estás?

—No. ¿Y tú?

—No —respondió él.

Marti sintió cierto alivio.

—¿Y no tienes novia, o pareja? —le preguntó.

—No. ¿Y tú?

Marti negó con la cabeza, mientras se metía un pedazo de pan en la boca. Entonces, Marti decidió indagar un poco más.

—¿Y tienes hijos?

Levantó la vista del plato y la miró a los ojos.

—No, tampoco tengo hijos —respondió él en tono grave.

A Marti le pareció que contenía una leve interrogación; aunque bien podría habérselo imaginado.

—Tengo un hermano y dos hermanas, por si te interesa saberlo, y tres primos; están sentados los tres junto a la chimenea —añadió, señalando el extremo opuesto de la sala donde había un grupo de personas sentadas a una de las mesas plegables.

—Allí están todos salvo mi hermana Kate. Está fuera, y no ha podido venir. Y mis padres, mi tía y mi tío ahora viven en Billings.

Se inclinó hacia ella para continuar en tono más confidencial.

—Yo también tengo una abuela a la que todos acabamos de conocer; se llama Celeste. Es un personaje famoso. Provocó un enorme escándalo cuando dejó al reverendo para largarse con un ladrón de bancos. ¿Ves una señora grande que está con Mara, la hermana de Neily? Ésa es mi abuela Celeste, y ésta es la primera vez en muchos años que el reverendo y ella han coincidido en un evento social. Así que, si de pronto se arma la gorda entre ellos esta noche, ya estás avisada.

Marti no pudo evitar sonreír; entonces se acordó de que Noah le había parecido una persona con mucho sentido del humor.

—Caramba, todas las familias tienen algún secreto en su pasado. Parece que no hay nada mejor que sacarlo todo a la luz.

—Yo soy un libro abierto —aseguró él mientras pinchaba un trozo de lechuga—. Pregúntame lo que quieras.

Marti partió otro pedazo de pan porque era lo único que no le sentaba mal al estómago. Los nervios le quitaban a uno el apetito. Charlando con

Noah resultaba fácil recordar por qué le había parecido tan atractivo en Denver; pero seguía sin decidir lo que iba a hacer con respecto a él, y eso le ponía nerviosa.

—¿Te llevas bien con tu familia? —le preguntó ella, aprovechando su invitación a hacerle cualquier pregunta.

—La mayoría están ahí... ¿Qué más quieres? —bromeó.

—Conozco a gente que aparentemente se lleva bien con su familia, pero que en realidad no es así. Sólo porque viváis cerca...

—No sólo vivo cerca de ellos; me caen bien. Arriesgaría mi vida por cualquiera de ellos, y ellos harían lo mismo por mí —dijo con firmeza; entonces la miró fijamente—. La familia es muy importante para mí, Marti; muy importante.

Vaya...

Marti percibió el trasfondo en sus palabras y en su tono de voz, pero no estaba segura de estar preparada, en el caso de poder sincerarse con él. No sabía si debía contárselo, o de lo que ocurriría si lo hacía.

De pronto sintió deseos de dejarle muy claro que era su bebé; sólo suyo...

Pero antes de que Noah encontrara el modo de preguntárselo, su abuelo salió del salón y avanzó hacia ellos, golpeando en el suelo con su bastón de madera para que lo atendieran.

—¡Noah! —dijo el reverendo con voz estentórea, a pesar de su huesuda apariencia.

Noah miró a Marti un instante, antes de volverse hacia su abuelo.

—Reverendo —respondió, claramente fastidiado por la interrupción.

El hombre parecía ajeno a su fastidio.

—Estoy cansado. Llévame a casa.

—¿Puedes esperar un momento?

—¡No! —gritó el anciano—. ¡Me quiero ir ya!

Noah suspiró, sabiendo que el reverendo se saldría con la suya de todos modos.

—De acuerdo.

Noah se levantó y fue a buscar el abrigo de su abuelo que colgaba de un perchero del vestíbulo y le ayudó a ponérselo.

Marti observó sus manos fuertes y recordó las caricias sensuales de Noah.

Pero no era el momento de pensar en eso. Se dijo que debería alegrarse de que la aparición del reverendo le hubiera dado la oportunidad de poder reflexionar un poco más sobre su dilema.

Entonces se levantó para despedir a los dos hombres a la puerta.

—Gracias por una maravillosa ceremonia, reverendo —dijo educadamente al anciano, a pesar de la rudeza del hombre.

Él respondió con un gruñido entre dientes, mientras Noah abría la puerta para dejarle salir.

Noah no le siguió de inmediato, como Marti había pensado que haría, sino que se detuvo un momento a mirarla con sus ojos oscuros de mirada penetrante.

Entonces, en voz baja para que nadie más le oyera, Noah le preguntó:

—¿Es mío?

Marti sintió un pánico que le atenazó la garganta, mientras se le pasaban mil cosas por la cabeza.

Pero la única que se destacaba entre todas era que aunque no supiera mucho de aquel hombre, no era ningún estúpido.

—¿Lo es, Marti? ¿Es mío el bebé? —reiteró él, cuando su abuelo volvió a exigirle que lo llevara a casa.

Ojalá todo saliera bien, pensaba Marti.

—Sí —susurró ella, sin saber si estaba haciendo bien o no.

Noah bajó la vista un instante al vientre, antes de mirarla a los ojos de nuevo.

Entonces asintió levemente, antes de darse la vuelta y salir de la casa, detrás de su abuelo.

Capítulo 4

NOAH no apareció el lunes a trabajar. Tampoco llamó, ni envió ningún mensaje para decir que no fuera a ir. Tampoco respondió al mensaje que Wyatt le dejó en el buzón de voz cuando le llamó para preguntarle dónde estaba, antes de marcharse con su esposa de luna de miel.

—No pasa nada. Yo me ocupo de ello. No es la primera vez que trato con constructores —les aseguró Marti a sus dos hermanos, para que Ry pudiera ponerse en camino a Missoula, también.

¿Pero se sentía así en el fondo?

Marti estaba aún más angustiada que antes; y no sabía por qué. ¿Y si Noah se hubiera asustado por lo del bebé? A lo mejor no quería volver a saber nada de ella ni de su embarazo, ni del niño cuando naciera. Pensó que antes de llegar allí no había tenido intención alguna de hacerle partícipe de ello, de modo que debería darle lo mismo que él se hubiera enterado al final. Todo seguía igual. El bebé seguía siendo suyo; ella quería tenerlo, criarlo, educarlo y quererlo; y si él no quería tener nada que ver, no pasaba nada.

Ningún problema; seguramente sería incluso mejor.

Sin embargo se sentía confusa cuando pensaba que él hubiera podido desaparecer por esa razón; y llegado el lunes por la tarde, sintió la necesidad de dejarlo todo y disfrutar de un momento de soledad.

Así que subió a su dormitorio, sintiendo sobre sus hombros el peso de todo lo que había averiguado en Northbridge. Se preguntó si sería capaz de hacer todo lo que le había asegurado a sus hermanos que podría hacer: tratar de aclarar el interrogante que rodeaba a Theresa, organizar la apertura de una nueva tienda de Home Max en la pequeña población de Northbridge y

estar pendiente de la obra a cargo de Noah; a cargo del constructor que la había dejado embarazada y que de pronto desaparecía...

Cerró la puerta mientras se repetía que no importaba que Noah hubiera desaparecido. Al menos nadie más sabía que él era el padre de su hijo.

Y si se había ido a la cama la noche antes pensando en sus ojos y en su sonrisa cálida y pausada como una tarde de verano, por lo menos ya estaba segura de lo que le había pasado esa noche con Noah en Denver, aunque nada de eso tuviera relación con el presente.

Pero Noah no era Jack; éste se habría alegrado infinitamente de tener un bebé, se habría maravillado cada minuto de su embarazo y jamás la habría dejado colgada. Marti no debía olvidarse de eso.

Sin embargo ese día todo se le estaba haciendo todo muy cuesta arriba; y a pesar de la fachada de confianza e invulnerabilidad que había mostrado delante de sus hermanos, nada más lejos de lo que sentía en ese momento.

En ese momento sonó el teléfono, y Marti aguantó la respiración, aunque por otra parte le fastidiara ponerse nerviosa sólo de pensar que pudiera ser su sexy constructor.

Entonces se oyó la voz de Mary Pat.

—Marti, es para ti. Es Noah.

En ese momento los nubarrones se apartaron para dar paso a la luz del sol.

—Me llamará para decirme que no quiere saber nada del bebé —murmuró entre dientes.

Pero si ése era el caso, cuanto antes se enfrentara a la realidad, antes trataría de superar aquel nuevo giro del destino.

—Ahora bajo —le gritó a Mary Pat, mientras se apartaba de la puerta del dormitorio para salir.

Mientras bajaba las escaleras para contestar la llamada, se sintió esperanzada, aunque trató de ignorarlo de inmediato.

El corazón le decía que, tras su encanto y su bullente sensualidad, Noah era un buen tipo.

Marti llegó a la cafetería antes de la hora en que había quedado con Noah. Para eso la había llamado esa tarde; para pedirle que quedaran a tomar un café esa noche. No se había disculpado por no ir a trabajar, ni

había dicho nada del bebé. En un tono muy serio, le había dicho que quería verla; y ella había accedido

No había podido cenar porque tenía el estómago encogido de los nervios; pero sí que se había dado otra ducha, se había lavado el pelo cuidadosamente y se había vestido con unos pantalones de lino marrones y un suéter beis. Se había recogido unos mechones del pelo con un clip y se había dejado el resto suelto, se había dado un poco de máscara de pestañas, un poco de colorete y finalmente se había pintado los labios para rematar el efecto. Después había tomado prestado el todoterreno de Wyatt para ir hasta Main Street, donde había quedado con Noah en un pequeño local que servía bebidas frías y calientes y canapés variados.

Allí estaba, intentando prepararse para lo que fuera que le deparara el destino; temiéndose lo peor.

No tuvo que esperar mucho, porque Noah llegó cinco minutos después de hacerlo ella. Marti estaba sentada de espaldas a la pared en una mesa de la esquina, y vio llegar a Noah por las lunas que formaban la fachada del local.

Al verlo le dio la impresión de que se había vestido cuidadosamente para la ocasión. Llevaba unos vaqueros oscuros y un suéter color tabaco sobre una camiseta blanca de cuello a caja. Se le notaba que se había afeitado un poco antes de salir.

Sin embargo, por muy guapo que estuviera, si había ido allí esa noche para decirle lo que ella se temía, era un imbécil.

Noah la vio nada más entrar en el local, y enseguida se acercó a ella.

—Hola —saludó con una sonrisa tensa e impersonal que dejó entrever su recelo.

—Hola —respondió ella en el mismo tono.

—Gracias por venir.

Marti asintió.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó mientras echaba una mirada hacia el mostrador—. ¿Puedes tomar café? Aunque no sé si te gusta el café.

Ni siquiera se conocían, pensaba Marti.

—Voy a tomar un descafeinado con leche descremada.

—Ahora mismo vuelvo.

Marti lo observó ir a la barra, pensando que la vista por detrás resultaba tan interesante como por delante. Noah tenía un trasero tan bonito que era

imposible no fijarse en él.

Entonces se dio la vuelta con los cafés en la mano, y Marti levantó la vista rápidamente para mirarlo a la cara.

Una vez sentados, Marti saboreó su café y esperó a que él iniciara la conversación, ya que era él quien la había llamado.

—Siento no haber ido a trabajar hoy —empezó—; y también no haber respondido a las llamadas ni a los mensajes del buzón de voz.

Marti asintió.

—He estado pensando mucho... después de lo que me dijiste anoche.

No había nada que decir a eso, de modo que siguió callada.

—Yo no... —empezó a decir—. Cuando el viernes por la tarde tus hermanos dijeron que estabas embarazada... se me pasó por la cabeza que yo pudiera ser el padre. No se me ocurrió inmediatamente, sólo después de ir asociando ideas. Aunque al final deduje que era una posibilidad. Pero anoche, cuando me dijiste que el niño es mío, me afectó mucho.

—Tú me lo preguntaste —dijo ella en tono mesurado.

—Me he pasado casi toda la noche dándole vueltas al asunto, y esta mañana he ido a ver a mi abogado...

—¿A tu abogado? —repitió, repentinamente asustada.

¿Acaso iba a pedirle una prueba de paternidad? ¿Y de tener una prueba, estaría dispuesto a aceptar que el bebé era suyo?

—Mira —dijo Marti en tono ligeramente irritado—, hasta que nos encontramos casualmente el viernes, yo había tenido la idea de tener el niño sola. No necesito nada de ti. Si quieres pensar que este hijo no es tuyo, si así te resulta más fácil, adelante. En cuanto a mí...

—Eh, eh, eh... —la interrumpió Noah con expresión ceñuda y enfadada—. ¿Quién ha dicho nada de que crea que no es mío?

—¿No has ido al abogado por eso? ¿Para intentar que hagamos una prueba de paternidad, con la esperanza de no ser tú el padre?

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. ¿Debería haberseme ocurrido?

—No, sólo ha habido dos hombres en mi cuaderno de bailes: el hombre con quien debería haber estado casada ahora mismo, y tú.

Nada más decirlo, Marti se arrepintió de haberlo dicho así. Todo aquello le resultaba tan difícil, tan complicado...

Pero Noah no pareció ofenderse, y su actitud se volvió más serena y conciliadora.

—No estoy dudando de si el bebé es mío o no. Todo coincide. No recuerdo mucho de esa noche, pero sí que estábamos borrachos y que nos arriesgamos a hacerlo sin protección. Además, tú les habías contado la historia de la inseminación artificial a tus hermanos antes de enterarme yo; y no creo que te fueras a inventar una historia así si el padre fuera alguien conocido o una pareja tuya. Y otra de las pocas cosas que recuerdo de esa noche, es que dijiste en más de una ocasión que tú no solías hacer ese tipo de cosas; y en ese momento sentí que era verdad. Y aunque no te conozco bien, por lo que he visto no creo que quisieras hacerme responsable de tu embarazo si el hijo fuera de otro.

Aparentemente Noah tenía mejor opinión de ella que ella de él en esas últimas horas. Eso la ayudó a calmarse un poco.

—Agradezco que pienses así —dijo ella—. El viernes no perdí el conocimiento, fue...

—Lo sé, un simple mareo —dijo con el atisbo de una sonrisa—. Pero cuando vi que te caías, creí que habías perdido el conocimiento.

Se produjo una breve pausa en la conversación, mientras ambos tomaban un poco de café.

—¿Entonces por qué fuiste hoy al abogado?

—Para averiguar lo que tengo que hacer para proteger mis derechos.

—¿Tus derechos?

—Como padre. No trato de escurrir el bulto, Marti. Quiero estar seguro de que puedo ser parte de la vida de mi hijo.

Primero se sorprendió, y luego sintió alarma. Hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el padre de su bebé pudiera hacer algo para quitárselo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella en tono quedo.

—Pues que para mí significa mucho.

Lo dijo con tal seriedad que Marti no necesitó nada más para convencerse de que Noah no se había tomado aquel asunto a la ligera. Bien pensando, tal vez incluso hubiera otras razones que lo motivaran, desconocidas para ella.

Pero Noah seguía hablando, y Marti decidió prestarle más atención y dejar las divagaciones para otro momento.

—Me doy cuenta de que soy tan responsable en esto como tú —estaba diciendo él—. Y no soy una de esas personas que tienen un hijo y hacen como si no lo tuvieran. Sería incapaz de dejarte sola en esto, y en cuanto nazca el bebé mi intención es la de ser un padre para el niño o la niña: quiero ser parte activa de su vida, Marti.

—De acuerdo... —concedió Marti con reservas, porque aún no estaba segura de adónde quería llegar él—. ¿Qué planes tienes?

—En primer lugar, quiero decirte que no quiero que tengas un abor...

—No —le cortó ella con firmeza—. Voy a tener a mi hijo.

—Estupendo —Noah parecía aliviado.

—¿Y en segundo lugar? —dijo ella.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Habiendo un bebé de por medio, todo pasa a primer lugar... Me gustaría que nos conociéramos un poco mejor, Marti.

—¿Y para eso necesitas un abogado?

—No estaba seguro de si tenía que hacer algo por escrito; un documento que me asegure que tendremos la custodia compartida. Pero estando en el despacho del abogado, comentando distintas posibilidades encaminadas en esa dirección, él me hacía unas preguntas que desde mi punto de vista establecen un tono muy hostil. Y no es eso lo que quiero, Marti; ni por nosotros, ni por el bebé. De modo que me dije que a lo mejor podríamos hacerlo de otro modo y empezar como deberíamos haber empezado: conociéndonos.

La actitud de Noah distaba mucho de la que Marti había imaginado. No quería darles la espalda ni a ella ni a la paternidad, y tampoco tenía pensado pelearse con ella para quitarle a su hijo.

—¿Ya está... conocernos y ya está? —dijo ella, aún incrédula.

—Ya está. De momento, es decir. Tenemos nueve meses.

—Siete y medio.

—Siete y medio entonces, y luego ya veremos lo que hacemos cuando nazca el bebé.

Marti sintió cierto nerviosismo sólo de pensarlo; aún no había tenido el bebé y no quería pensar ni en la custodia compartida, ni en el régimen de visitas ni en nada más.

Pero faltaba mucho, y Marti comprendió que Noah tenía razón; lo mejor era conocerse primero. Ya se enfrentaría al resto de las cosas cuando

llegaran. De momento era suficiente que él estuviera resultando ser buen tipo. Además, la actitud responsable y el buen talante de Noah la ayudaban a afianzar el enfoque positivo que ella había decidido darle a todo aquel asunto, cuando se había enterado de su embarazo y había optado por seguir adelante.

Además, en el fondo, tenía que reconocer que en parte se alegraba de no tener que enfrentarse a todo aquello sola. Porque aunque sabía que podría depender de sus hermanos, tampoco quería pedirles demasiado.

—De acuerdo —respondió ella, de pronto consciente de que había habido un largo silencio.

—¿De acuerdo? —repitió Noah en tono esperanzado.

—Me parece bien lo de conocernos mejor; en este momento es lo más apropiado. Yo voy a quedarme en Northbridge una temporada, y tú vas a estar trabajando en casa de mi abuela, ¿no? ¿Qué mejor ocasión para conocernos que estando todo el día juntos?

Al ver la cara de alivio de Noah, Marti se dio cuenta de que él también tenía sus propias preocupaciones. Sin saber cómo, sintió que, fueran cuales fueran esas preocupaciones, no eran infundadas. A lo mejor cuando lo conociera mejor averiguaría algo más.

—Gracias —dijo Noah.

Marti se rió un poco.

—¿Gracias por qué?

—Por aceptar que también es mi bebé —respondió Noah.

La enigmática respuesta le hizo sospechar que el miedo de Noah pudiera nacer de algo que le había ocurrido. Pero aún era demasiado pronto para empezar a indagar.

—Bueno, yo también quiero darte las gracias por confesar que el bebé es tuyo —dijo ella.

Eso le hizo gracia y sonrió.

—Habías pensado lo peor, ¿no?

—Sí, más o menos —confesó ella.

—¿Por algo que te haya pasado?

—¡No! —respondió rápidamente, saliendo irreflexivamente en defensa de Jack.

—¿Entonces es que pensabas que era un cretino?

—No sabía qué pensar —reconoció ella—. Nunca he estado en una situación como ésta; y bueno, ya sabes, una escucha historias... Supongo que me temía lo peor porque es una situación delicada que puede acentuar el lado malo de las personas.

—O el bueno —sugirió él.

De nuevo le sorprendió gratamente el hecho de que Noah viera el lado positivo en lugar del negativo. Imaginó que a medida que se fueran conociendo un poco mejor, iría viendo cómo reaccionaba Noah.

Pero ése no era el momento. Los dos se habían terminado los cafés, y habían sido dos días de mucha tensión. Marti estaba agotada, y cuando Noah le preguntó si quería tomar otro, ella rechazó la invitación y le dijo que era hora de volver.

Noah la acompañó al coche de Wyatt, y se aseguró de colocarse correctamente para abrirle la puerta que ella había abierto con el mando a distancia.

Marti le dio las gracias, de pie en el hueco de la puerta abierta.

—No conocerás a un hombre llamado Hector Tyson, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Claro que sí. Es el dueño del aserradero y de la única tienda de por aquí a la que se le puede llamar ferretería. Lo conozco bien.

—¿Hay posibilidad de que me lo presentes? —le preguntó ella.

—Sería un placer —respondió él—. ¿Es por el tema de la tierra que Theresa le vendió a Hector? ¿Lo que heredó a la muerte de sus padres?

Parecía que lo sabía; debía de habérselo contado Wyatt. O podía ser que, como estaba trabajando en la casa, hubiera oído algo de lo que le pasaba a su abuela. Fuera como fuera, Marti no tenía intención de mostrarse evasiva cuando lo que en realidad quería era desvelar algunos secretos.

—Sí, se trata de mi abuela —respondió—. Queremos hacerle algunas preguntas a este tal Tyson, pero Wyatt me ha dicho que estaba fuera.

—Ha estado fuera, pero ya ha vuelto.

—Necesito verlo; pero no quiero llamar a su puerta y bombardearle a preguntas, como si fuera un censor.

—No, eso no le sentaría bien. No sé si alguien te ha hablado de Hector, pero en mi opinión es tan cascarrabias como el reverendo, o más. Y tú ya has conocido a mi abuelo, así que ya sabes de qué hablo.

—Tu abuelo no es demasiado cariñoso, la verdad —comentó Marti.

—Más bien es un cacto humano, aunque en el fondo su lema es hacer el bien. Hector ni siquiera sabe lo que es eso; es un hombre avaro y ruin, y bastante desagradable.

—Estoy deseando conocerlo —dijo Marti con humor—. Pero, la verdad es que no me queda otra. Estamos intentando hacer lo que sea para ayuda a la abuela, y demasiados caminos desembocan en este tal Hector como para ignorarlo.

Noah asintió con gesto comprensivo.

—Bueno, yo puedo presentártelo, pero no te prometo que vaya a ser un encuentro agradable o divertido. Después podría invitarte a una pizza, para compensar...

Marti se echó a reír.

—¿Tan malo va a ser que tendré que consolarme luego comiendo?

Noah volvió a sonreír con esa sonrisa cálida que tanto le había atraído en Denver.

—Seguramente —le confirmó—. Pero aun no habiendo necesidad, como ayer perdí un día de trabajo, tendré que recuperarlo mañana trabajando todo el día. Voy a tratar de convencer a Hector para que nos reciba a última hora de la tarde. Así podré ir a casa, darme una ducha y cambiarme de ropa. Y cuando terminemos con él, será la hora de la cena.

Como se habían puesto de acuerdo para conocerse mejor y ése era su cometido, cenar juntos después de ir a ver a Hector era lo más natural; aparte de conveniente, práctico y sencillo. Sin embargo, conveniencias aparte, Marti sintió que además le apetecía cenar con él.

Pero se negaba a analizar demasiado por qué le apetecía tanto; sencillamente, se dejaría llevar.

—Bueno, entonces será una pizza —repitió Noah.

Su mirada la trasportó al hotel de Denver, y Marti recordó un instante en el que sus miradas se habían encontrado, mientras él se inclinaba sobre ella... momentos antes de besarla...

Sólo eran detalles difusos, pero recordó lo mucho que le habían sorprendido el sabor y el ardor de sus besos, lo mucho que le habían gustado. Los besos de otra persona le habían hecho sentirse tan bien como los de Jack, y ese descubrimiento la había aturdido.

Repentinamente deseó que él volviera a besarla, y comprobar si sus labios seguían siendo delicados y exigentes al mismo tiempo.

En el fondo sabía que sus besos le habían gustado más de lo que habría creído posible, que se había dejado llevar...

Se reprendió para sus adentros, sabiendo que no era muy oportuno «dejarse llevar» en ese momento. ¡Qué más daba que Noah besara mejor o peor que Jack! Eso no debería importarle.

—Entonces voy a arreglarlo —dijo Noah.

Marti tardó un momento en asimilar lo que decía Noah. Él le decía que iba a quedar con Tyson, y ella tenía que volver al presente, a la realidad...

—Gracias —balbuceó Marti— te lo agradezco —añadió, sintiéndose como una boba, haciendo lo posible por centrarse un poco—. Ah, y gracias también por el café —añadió.

—De nada.

Noah seguía mirándola a los ojos. ¿Por qué hacía eso? Como si le hubiera adivinado el pensamiento, rompió el contacto visual con ella, mirando a una pareja que pasaba en ese momento.

—Estaré en tu casa mañana temprano, así que te veo mañana.

Marti asintió y finalmente se montó en el coche. Noah le cerró la puerta y se inclinó hacia la ventanilla.

—Conduce con cuidado.

Marti asintió, y de nuevo experimentó un extraño deseo de que él la besara allí mismo.

Se le ocurrió que, de haber sido Jack, ella lo habría besado... A lo mejor no era más que la fuerza de la costumbre lo que la empujaba a pensar en ello.

Pero cuando arrancó el motor, metió la marcha atrás y se apartó de la acera, todo bajo la atenta mirada de Noah, a Marti no le dio la impresión de que lo que sentía fuera parte de una costumbre.

Sentía una verdadera atracción hacia Noah.

Capítulo 5

NO hay más que mirarte para darse uno cuenta de que eres pariente de Theresa Hobbs —le dijo Hector Tyson a Marti después de invitarla a sentarse en el sofá frente al sillón oreja en su salón el martes por tarde.

Como había prometido, Noah lo había arreglado para que el anciano de ochenta y cuatro años los recibiera. Marti y Noah habían accedido a su impresionante vivienda, recibidos por un ama de llaves que les había conducido al salón, donde el dueño de la casa había permanecido sentado cuando Noah le había presentado a Marti, como si estuviera en un trono.

Marti le había oído decir a Wyatt que Hector Tyson debía de haber sido un joven muy apuesto; cuando lo miró en ese momento notó sus apuestas facciones. Aún tenía los hombros anchos y el cuerpo atlético para su edad. Su espesa mata de cabello blanco enmarcaba un rostro arrugado pero atractivo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó cuando Marti había ocupado el asiento que le ofrecía, mientras Noah se quedaba de pie a su lado, como si fuera su guardaespaldas.

La actitud de Hector Tyson poseía cierta arrogancia, aunque Marti no sabría explicar de qué manera. El hombre la observó con sus ojos claros de mirada alerta, unos ojos muy azules y despiertos; y Marti se sintió como la mosca que caía presa en la tela de araña. Se dijo que Noah no había exagerado cuando había dicho que el hombre era desagradable.

Pero en respuesta a su pregunta, Marti tuvo cuidado de responder de un modo respetuoso.

—Hay algunas cosas de las que quiero hablarle —dijo ella.

—¿En referencia a qué? —preguntó él.

—Bueno, mi abuela insiste en que debemos recuperar algo que usted le arrebató.

El hombre soltó una risotada burlona.

—Sí, he oído que la pobre Theresa no rige ya muy bien. ¿Y qué es exactamente lo que le he arrebatado?

—En este momento sólo podemos asumir que se trata de la tierra que heredó de sus padres. La tierra que acabó en sus manos.

—Puedes comprobar el catastro... Aunque creo que uno de vosotros ya lo hizo, ¿no? Así podréis ver que la tierra acabó en mis manos porque ella me la vendió; ni más ni menos. Y debo añadir que fue ella quien me la ofreció.

Wyatt y su nueva esposa habían comprobado los informes, y no había nada cuestionable en el registro de la propiedad rústica sobre la venta. Salvo el precio.

—¿La abuela le pidió que se lo comprara?

—Fue idea suya —respondió Hector con serenidad pasmosa—. Mi esposa Gloria, que en paz descanse, y yo la acogimos en casa cuando no tenía adónde ir. Su madre y su padre habían muerto, y su única pariente viva era una tía que estaba mal de salud y que no pudo acogerla de inmediato. Su tía vivía en Missoula. Pero Theresa era hija de un socio y amigo, y mi esposa y yo no pudimos quedarnos de brazos cruzados ante la situación de una joven sola y desconsolada en su peor momento de dolor. Le ofrecimos un hogar y nuestro apoyo, pero pasados unos meses...

—Once —dijo Marti.

—Pero pasados once meses, cuando su tía se había recuperado, Theresa pensó que sería más feliz lejos de Northbridge y de los recuerdos que tenía aquí, de modo que decidió mudarse a Missoula.

—¿Y venderle la tierra por la cuarta parte de lo que valía? —preguntó Marti.

—Ella quería cortar todo vínculo con Northbridge lo antes posible. Cuando le dije que no podía pagarle el precio de mercado, me dijo que no le importaba. Que su padre habría querido que yo me quedara con la tierra en cualquier caso; así que hicimos un trato.

Marti se dijo que tal vez Tyson no tuviera la rectitud del abuelo de Noah, pero de santurronería no andaba nada escaso.

—¿Pero si mi abuela quería cortar de raíz sus vínculos con Northbridge, por qué conservó la casa, por qué no la vendió también? —preguntó Marti.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que eso se lo tendrás que preguntar a ella.

Marti se preguntó si sería el momento de tocar otra tecla, y consideró la presencia de Noah allí, escuchándolo todo. Ellos dos no habían discutido las sospechas más escabrosas de lo que podría haber ocurrido entre su abuela y Hector Tyson, pero cuando esa mañana había hablado con Wyatt por teléfono, su hermano le había comentado que había hablado con Noah del tema de Theresa y de su pasado allí, con la esperanza de enterarse de cualquier cosa que pudieran saber los oriundos de Northbridge. No había razón para ocultarle nada, pensaba Marti; sólo esperaba que a Noah no le resultara embarazoso.

—Mis hermanos y yo nos preguntamos también si la abuela podría estar refiriéndose a otra cosa cuando dice que usted se lo quitó; algo que tuviera un valor más personal para ella.

—¿Como por ejemplo?

—¿Usted y mi abuela tuvieron... una relación, señor Tyson?

—¿Una relación? —repitió—. ¿Quiere decir, romántica?

—Usted no era tan mayor... Ella tenía diecisiete años, y usted veintiséis. Hemos oído que tenía mucho éxito con las mujeres, y tal vez mi abuela estuviera enamorada de usted... —añadió Marti, adulándolo a la vez que le hacía saber que había razones para sospechar que él y Theresa habían tenido un lío.

Hector arqueó las cejas con gesto arrogante esa vez.

—Sí, creo que Theresa podría haber sentido algo por mí. Pero yo era un hombre casado, y leal a mi esposa.

Noah carraspeó, y el otro le echó una mirada mordaz antes de volverse a mirar a Marti.

—Estoy seguro de que Noah le dirá después que no siempre le fui fiel a mi esposa, pero en esa época, al principio de mi matrimonio, no pasó nada entre Theresa y yo. Ella era una niña desconsolada, y yo un conocido de su padre que le tendió una mano. Y en cuanto a llevarme algo suyo... desde luego que no hice nada de eso. Sólo hice lo que ella me pidió; le compré la tierra para que pudiera tener el dinero que necesitaba para marcharse de la

ciudad. Y si, al final, hice un buen trato, fue algo que nos vino bien a los dos.

Sin embargo, Marti notó que cada vez estaba más enfadado.

Lo suficiente como para no poder contenerse, porque sin provocación alguna añadió:

—A mí me han dicho que tu abuela ha perdido el juicio; que está mal de la cabeza, y que ni siquiera se acuerda de lo que ha comido. Estoy seguro de que ella está en un error. Y si lo que dice tiene algo que ver conmigo o los meses que pasó aquí, no es más que fruto de su imaginación. Hice una buena obra, la acogí en mi casa, ¿y qué recibo a cambio? Me acusan de arrebatarle algo y de engañar a mi esposa.

Marti se negaba a perder los estribos con él, aunque no le gustaba el modo en que hablaba de su abuela.

—¡Por la molestia que se tomó, recibió un montón de acres de tierra por cuatro perras!

—¡El resto fue por darle alojamiento y pensión completa! —dijo el viejo en tono cáustico—. Y te digo una cosa, jovencita —continuó él—. Sé lo que tramáis vosotros los Grayson. Creéis que vais a poder traer a Northbridge una de vuestras tiendas Home Max para intentar quitarme el negocio. Pues que sepas que no voy a permitir que eso ocurra. ¿Sabes qué ha pasado con ese almacén que teníais medio apalabrado? Es mío desde las cinco de esta tarde. Y sólo le he permitido a Noah que te trajera aquí para poder decírtelo yo en persona. ¿Qué me dices ahora?

Eso explicaba su arrogancia desde que habían entrado.

—El vendedor aceptó nuestra oferta para el almacén; teníamos un contrato —añadió Marti con rabia.

—Pero yo le ofrecí tanto dinero que el vendedor está dispuesto a pagar una multa para dármelo a mí. No estás tratando con un pobre viejo, señorita Grayson. Os voy a pisotear a todos, así que será mejor que lo sepáis desde el principio.

—¿Es eso lo que le hizo a mi abuela? ¿Pisotearla? —le exigió Marti.

—¡Pues claro que no! —gritó Hector en tono venenoso, a la defensiva—. Yo le di a tu abuela lo que ella quería, el dinero por la tierra, por mucho que ahora le pese. No vengáis aquí a contarme lo que podría haberle quitado, porque no tuve que quitarle nada.

—Ya basta, Hector —dijo Noah, haciendo visible su tremenda altura y presencia ante el hombre y cortándole de inmediato.

Llegado ese momento, Marti estaba demasiado nerviosa para saber ni lo que decía ni lo que hacía, y se alegró de que Noah estuviera allí con ella para tomarle el relevo.

—¿Quieres decirle algo más, Marti? —le preguntó.

Marti observó al viejo con mirada asesina y negó con la cabeza.

—Entonces, vayámonos —dijo Noah.

—Sí, largaos de aquí —gritó Hector—. Volved a Missoula, o de donde quiera que hayáis venido. Jamás abrirás una tienda Home Max en Northbridge, señorita Grayson; si yo puedo evitarlo, no.

Marti se pasó un rato refrescándose un poco en el servicio de la pizzería poco después de salir de casa de Hector Tyson. En el trayecto hasta la pizzería, Noah había escuchado pacientemente su diatriba sobre lo que había dicho Hector Tyson, pero en ese momento ella sólo quería olvidar el encuentro de una buena vez. Se lavó la cara con agua fresca, intentando calmarse antes de volver junto a Noah. Pero al salir del baño se detuvo un momento y miró hacia la mesa donde él estaba sentado.

Noah estaba construyendo una pirámide compuesta de al menos una docena de chocolatinas.

—Es lo que has dicho que querías, y aquí las tienes. Después de pedir la pizza me fui al almacén de enfrente de la pizzería justo antes de que cerraran y les obligué a realizar una venta más.

—¿Ya has pedido la pizza? —le preguntó Marti mientras tomaba asiento.

—He pedido la especialidad de la casa; tiene de todo menos anchoas. Después de lo que ha pasado en casa de Hector, se me ocurrió que sería mejor pedir algo sustancioso para consolarte un poco con la comida.

—¡Me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara! —soltó Marti mientras abría una chocolatina de manteca de cacahuete y le daba un mordisco.

—No me lo puedo creer... ¿Estás comiendo chocolate antes de comer?

—Oye, me lo has comprado tú. Además, este es de manteca de cacahuete, y eso tiene muchas proteínas.

—Pensé que lo decías en broma lo de comer chocolatinas en lugar de pizza; te las he comprado para gastarte una broma.

—Pues así aprenderás a no ser tan bromista.

—Dame el resto antes de que te las ventiles todas —dijo él mientras fingía reprenderla al tiempo que retiraba las chocolatinas a un lado—. No puedes alimentar a mi niño con porquerías.

—Sí que puedo. Y lo haré. No puedo beber vino, pero puedo tomar chocolate; y me alegro mucho. Puedo pasar sin el vino, pero sin el chocolate, jamás.

Le tiró una chocolatina delante, como haría un guarda del zoológico a un animal.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo él.

Marti se echó a reír mientras empujaba la chocolatina hacia él.

—De momento no quiero más —le aseguró—. No puedo creer lo que dijo ese hombre de mi abuela, y encima que nos ha quitado el almacén de las manos. No exageraste al decir que era una persona horrible.

—Hasta la médula.

—¿Cómo es posible que mi abuela se enamorara de él?

Noah se encogió de hombros.

—Hector siempre ha tenido a muchas mujeres detrás, lo creas o no. Engañó a su mujer con una larga lista de mujeres. Aparentemente, cuando le conviene, cambia de forma de ser.

—Le convino convencer a mi abuela para que le vendiera la tierra —murmuró Marti—. Pero he prometido que no volvería a hablar de esto —se recordó.

En ese momento, llegó la pizza. Era casi tan grande como la mesa y tenía un montón de cosas por encima. La camarera le sirvió una porción a cada uno antes de dejársela en la mesa para que se la comieran.

—Siento que va cediendo el estrés —bromeó Marti, después de dar el primer mordisco.

—¿Está rica? —preguntó Noah.

—Deliciosa —respondió Marti con entusiasmo.

—Menos mal; después de pedirla pensé que podría darte asco alguno de los ingredientes. He oído que a veces pasa.

—Me está pasando con los huevos —respondió ella de inmediato.

Noah dio un mordisco de su pedazo de pizza, con aire pensativo.

—Así que mareos, asco a algunas comidas... ¿Algún otro cambio más con el embarazo?

Marti sonrió de nuevo.

—Duermo mucho —respondió ella—. No he dormido tanto en mi vida. Pero me han dicho que es normal.

Él se encogió de hombros.

—Yo no tengo ni idea. Pero has ido al médico, ¿verdad? Parece que estás bien.

—He ido al médico, dos veces ya, y sí, de momento todo está bien.

—¿Y aceptas tu embarazo, el tener un hijo?

—¿A qué te refieres con lo de aceptar? —preguntó Marti, algo confusa.

—Me refiero a que si tienes dudas o te arrepientes de ello. ¿Detestas lo que te ha pasado? ¿Sientes que lo tienes totalmente asumido, Marti?

Eran unas preguntas extrañas, y al igual que cuando habían hablado la noche antes, Marti tuvo la sensación de que había algo detrás de su preocupación.

—¿Te preocupa? —le preguntó ella.

—Claro —dijo, como si fuera lo más lógico del mundo.

Tal vez fuera normal, pensaba Marti, dándole el beneficio de la duda mientras decidía responder a su pregunta.

—No puedo decir que no me pese nada, nunca; tampoco es una situación ideal para nadie. Yo nunca pensé que me encontraría en una situación así, la verdad. Pero sé que lo tengo totalmente asumido y aceptado, y no, no tengo dudas a la hora de querer tener el bebé. Para mí es... un paso más allá; una afirmación de vida, precisamente lo que necesitaba para seguir adelante.

Pero contarle algo más en ese momento sería remover el pasado, y ella no estaba dispuesta a eso.

Así que decidió darle la vuelta a la conversación.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

Noah no pareció pensárselo mucho, tal vez porque ya lo tenía muy pensado, porque negó con la cabeza mientras terminaba de masticar un pedazo de pizza.

—Estoy contigo en que no es la situación ideal; pero lo más importante ahora es tratar de ser positivos y de salir del paso de la mejor manera posible. Y quiero que sepas que estoy a tu lado para cuando me necesites;

cualquier cosa que pueda hacer, cualquier cosa que necesites, sólo tienes que decírmelo.

Era agradable saber que podía contar con alguien; al igual que estaba segura de que habría podido contar con Jack llegado a ese punto con él.

—¿Me tendrás bien surtida de chocolate? —se burló ella.

—No te faltará —le prometió él.

—A lo mejor necesitas buscar otro empleo para mantener mi necesidad de chocolatinas.

—Puede ser que lo consiga cuando abráis la tienda en Northbridge.

—Eso si la abrimos, porque ahora nos hemos quedado sin solar —dijo Marti.

—Hay otros edificios vacíos por la zona. Sé de alguien que quiere vender una sección de tiendas en Main Street. Odia tanto a Hector, que estoy seguro de que preferiría vendértelo a ti que a él, con tal de fastidiarlo. Podrías tirar tabiques para combinar el espacio. Y como a mí tirar tabiques se me da muy bien, ése podría ser mi otro trabajo para costear lo de las chocolatinas.

—Pues ya está resuelto —bromeó Marti de nuevo—. Pero, ahora en serio, me vas a poner en contacto con el dueño de los locales, ¿no?

—Mañana mismo —respondió Noah mientras tomaba otro pedazo de pizza—. ¿Es parte del trabajo que voy a hacer para Home Max, el de suministrador de la propiedad?

—Bueno, tanto no será necesario. Ry, Wyatt y yo compartimos todas las tareas posibles, incluyendo la de buscar un solar donde construir el nuevo edificio.

—¿Siempre habéis estado en el negocio de la ferretería y la maquinaria?

—Siempre —respondió Marti con énfasis y una sonrisa en los labios.

—¿De pequeña querías jugar con martillos y alicates en lugar de con muñecas?

Su insistencia le hizo ver el interés que tenía, y eso le gustó.

—No, de niña era niña; tenía muñecas y una casita para jugar, y atormentaba al perro poniéndole los vestidos de las muñecas.

—¿Y con dos hermanos no eras una marimacho?

—Con ellos tampoco me quedaba atrás; gastaba más ruedas de bici que Ry o Wyatt, porque montaba mucho. Y era la que más lejos tiraba las

pelotas de béisbol. Y aprendieron a no meterse conmigo, porque al final recibían el doble de lo que me habían dado.

Noah sonrió.

—Estoy seguro de que te salías con la tuya más a menudo por ser la chica, la única niña; en mi casa mis padres siempre pensaban que mis hermanas eran unas santas, aun cuando no lo fueran, sólo porque eran chicas.

Marti sonrió.

—Reconozco que yo me aprovechaba un poco de eso. En una ocasión en particular, cuando mis hermanos me dijeron que metiera un petardo encendido en la nevera para ver si se apagaba con el frío. Estalló todo lo que había dentro, la comida y todo, y casi hubo que tirar el frigorífico. Como ellos tenían los petardos, les echaron la culpa a ellos, y aún no me lo han perdonado.

Noah sonrió otra vez.

—¿Aparte de eso, te llevabas bien con tus hermanos cuando erais pequeños?

—Sí, sí. A lo mejor es porque somos trillizos; sabías que éramos trillizos, ¿no?

—Eso he oído.

—Bueno, trillizos o no, no conozco hermanos más unidos que nosotros; y seguimos estándolo. Trabajábamos juntos en las tiendas de la familia cuando éramos niños, y también salíamos juntos. Ahora trabajamos juntos, vivimos cerca en Missoula, e incluso nos vamos juntos de vacaciones cuando podemos. Y siempre nos hemos ayudado y hemos estado juntos, en los buenos y en los malos momentos.

—¿Ha habido momentos malos?

Estaba claro que quería enterarse de cosas, pero ella aún no estaba dispuesta a contarle tantas cosas de sí misma.

—Los problemas de salud mental de la abuela son serios. También fue muy duro cuando murieron la esposa y el bebé de Wyatt. Y yo también he tenido mis problemas. Pero, como te he dicho, todo lo superamos juntos.

Noah asintió, como si se diera cuenta de que ella no estaba lista para contarle más de momento.

—¿Qué van a pensar de mí tus hermanos cuando se enteren de que soy el responsable de dejar a su hermana soltera embarazada?

—No estoy segura —dijo ella francamente—. La verdad es que la idea de la inseminación artificial no cayó tan bien... supongo que lo notarías el viernes. Wyatt trata de disimular más sus sentimientos que Ry; Ry siempre ha sido más franco. Pero cuando les conté la historia... bueno, no les sentó del todo bien a los dos, aunque disimularan. Pienso que a lo mejor se alegran de que me la inventara. Pero lo de pasar la noche con un extraño es algo poco común, y sé que les va a escandalizar un poco; ellos saben que yo no soy así.

Por eso no tenía ninguna gana de decírselo a sus hermanos. Sobre todo sabiendo lo mucho que ellos querían también a Jack. Tenía muy pocas ganas de ver la decepción en sus rostros cuando se enteraran que se había acostado con otro sólo ocho meses después de la muerte de su mejor amigo...

Noah debió de adivinar sus reparos a la hora de contárselo a sus hermanos.

—¿No sería más fácil si les contamos una historia? ¿Algo como que nos conocimos hace tiempo, y que llevamos bastante viéndonos en secreto?

—Eso sería aún peor, y además no se lo creerían —dijo ella, sin contarle por qué—. Aunque es posible que se mostraran comprensivos.

Pensó en el a veces extraño comportamiento de Wyatt cuando había muerto su esposa embarazada, y cómo Ry y ella le habían ayudado y no le habían tenido en cuenta sus tonterías.

—Supongo que es difícil saber cómo van a reaccionar —dijo, volviendo a la pregunta original de Noah—. A Wyatt parece caerle bien, y eso es bueno.

—¿Tienes pensado cuándo quieres decírselo?

—Cuando sea oportuno. Seguramente será mejor contárselo a los dos juntos.

Noah asintió de nuevo.

—Entonces dejo que seas tú quien decida si quieres que esté contigo cuando lo hagas. Si quieres, puedo cargar con el muerto; no tengas miedo por eso.

—¿Crees que puedes con mis dos hermanos al mismo tiempo?

Él sonrió, imperturbable ante la posible rabia de sus hermanos, pero sin mostrar bravuconería; eso fue algo que le gustó también de él.

Se dijo que estaban allí juntos para conocerse, no para encontrarse atractivos; de modo que apartó la mirada de él y retiró su plato.

—Por mucho estrés que tenga, tanta pizza no me entra —dijo ella, fijándose en la cantidad de pizza que sobraba.

—Me encanta la pizza fría, sobre todo para desayunar.

La pizza que hacía un momento le había parecido deliciosa, dejó de apetecerle de pronto, y le pareció seca y grasienta.

—Bueno, creo que aparte de los huevos, tampoco me apetecen ya las sobras frías para desayunar —explicó con una mueca de asco como reflejo del revoltijo que tenía en el estómago—. Es mejor que te la lleves tú.

—Podrías volver a calentarla.

—No te preocupes, de verdad —le aseguró, tratando de calmar las náuseas con un poco de agua y mirando a cualquier sitio menos a la pizza que tenía delante, mientras trataba de no respirar fuerte para que no le llegara el olor.

—Te veo un poco pálida —dijo Noah—. No te encuentras bien, ¿verdad?

—Me parece que he comido demasiado; te espero fuera.

Y dicho eso agarró el bolso y salió corriendo para tomar un poco de aire fresco.

A través del ventanal, Marti vio que Noah llamaba a la camarera para que le metiera en una caja la pizza sobrante. Luego pagó la factura y salió.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Mejor —respondió ella, notando que el estómago se le asentaba un poco—. Pero creo que no voy a poder estar cerca de esa pizza.

—No pasa nada —dijo él, tirándola en la parte trasera de su pick up antes de abrirla la puerta para que se montara.

Cuando iban por Main Street, Noah señaló los locales vacíos que había pensado que podrían interesarle para abrir un Home Max, y eso la ayudó a distraerse un poco y a no pensar en el estómago. En un abrir y cerrar de ojos se plantaron en casa de su abuela, y Marti se sintió bien de nuevo.

—Deja que entre contigo —dijo Noah cuando estaban a la puerta.

—No te preocupes, se me han pasado las ganas de vomitar. Incluso estoy pensando en tomarme una de esas chocolatinas antes de irme a la cama —respondió ella en tono más resuelto.

Él le pasó la bolsa y no insistió más; pero cuando se miraron a la tenue luz del porche, Noah pareció como si no estuviera seguro de si creerla o no.

—De verdad, estoy bien; sólo son las náuseas del embarazo. No pasa nada —añadió.

—Nunca he visto a nadie que se pusiera verde tan rápidamente.

—El embarazo es raro —repitió—. Noah, gracias de nuevo por llevarme a conocer a Hector Tyson —añadió, para cambiar de tema.

Noah sonrió con ironía.

—¿Ahora me das las gracias por presentarte a alguien que ha sido duro contigo y que ha insultado a tu abuela?

—Sí. Quería ponerme en contacto con él, y ahora que lo he hecho, sé con quién tratamos. Y menos mal que estabas ahí cuando me atacó.

De pronto se dijo lo mucho que agradecía que Noah hubiera estado allí con ella, sobre todo porque se daba cuenta de que sin su presencia la situación podría haber sido muy desagradable.

Lo miró a los ojos fijamente:

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Él sonrió un poco de medio lado, como si estuviera cortado, antes de responder:

—Es un placer poder ayudar.

Entonces le agarró de los brazos, para demostrarle su apoyo y amistad, para que supiera que estaría ahí cuando ella lo necesitara. Pero cuando esas manos fuertes y callosas rozaron sus brazos desnudos, el contacto se volvió más intenso, más significativo.

Marti lo sintió, y supo que Noah también porque el roce de sus dedos se volvió más íntimo, la presión más sensual, mientras empezaba a mover los pulgares, como dándole un masaje.

También vio en su cara que había cambiado el tercio. Estaba pensando en besarla, Marti lo intuyó porque ella también lo deseaba.

¿Se atrevería a hacerlo?

Ella quería que lo hiciera; no entendía aquel impulso, sólo sabía que lo deseaba, aunque se sintiera culpable por ello.

Entonces, aunque no fue precisamente lo que ella tenía en mente, Noah la abrazó y le rozó la frente con sus labios cálidos y suaves.

¡Un beso en la frente!

Ella tragó saliva con fuerza, aunque en esa ocasión no fuera para no vomitar, sino más bien para dominar el deseo de levantar la cabeza y de

besarlo de verdad. Noah olía a jabón, y a una colonia de acentos especiados y de madera que acrecentó su deseo de besarlo.

Pero de momento no tenían nada entre ellos; ya no estaban en Denver, ni tampoco bebidos. No podían decir que se hubieran dejado llevar por la pasión del momento. Estaban en una situación extraña, haciendo un esfuerzo por conocerse.

Ella tragó saliva de nuevo y se retiró ligeramente, no demasiado, sólo para poder levantar un poco la cabeza y mirarlo.

Pero Noah no se dio por aludido. Se retiró también, le soltó los brazos y retrocedió un paso.

—Mañana —dijo él, como si no hubiera habido beso, o como si no hubiera tenido importancia.

—Sí, te veo mañana —repitió ella, intentando hablar con normalidad para que él no notara que estaba decepcionada.

Entonces Noah se dio la vuelta y fue a su camioneta, y Marti entró, cerró la puerta y se apoyó sobre ella con desfallecimiento.

¿Qué le pasaba con aquel hombre?

No era Jack. No se parecía en nada a Jack, ni de manera de ser ni físicamente. Noah era alto, mientras que Jack había sido de estatura media; Noah era tranquilo, Jack dinámico y nervioso. Jack era rubio y de ojos azules, Noah en cambio era moreno.

Noah trabajaba metódicamente, con las manos, mientras que Jack había sido un vendedor dinámico y agresivo. Los dos hombres eran como la noche y el día.

Sin embargo, no parecía importarle; porque a pesar de lo que aún sentía por Jack, Noah le atraía como un imán. Y lo peor era que no sabía qué hacer al respecto.

Pensó que tal vez debería enfrentarse a ello. ¿Pero estando embarazada de Noah como estaba, no debería tal vez dejarse llevar?

Lo cierto era que no sabía; en ese momento estaba bastante confusa.

Cuando iba subiendo las escaleras hacia su dormitorio se le ocurrió otra cosa que no hizo más que complicar más la situación.

Ella había pensado que lo de Denver había pasado por un exceso de alcohol; sin embargo, lo que más desearía en ese momento sería volver al porche y que Noah la besara hasta quedar los dos saciados.

En ese momento estaba completamente sobria, pero lo deseaba aún más que en Denver.

Y Noah era el único responsable de esos sentimientos.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

BETTY, la vecina, me contó el domingo en la iglesia que se jubila y cierra la tienda de colchas; así que los cuatro locales van a quedar libres. Me gustaría vender los cuatro. Yo también estoy deseando jubilarme para sentarme en el porche de mi casa a jugar con mis nietos —comentó Arnie Newman en respuesta al interés de Marti.

Los tres locales a pie de calle no eran lo suficientemente espaciosos para montar un Home Max en Northbridge.

—¿Y los muros de carga? —preguntó Noah—. Ha dicho que estas cuatro tiendas eran dos en principio, y que luego usted mismo las dividió en dos más. ¿Qué tabiques se pueden quitar y cuáles hay que conservar?

Marti se dijo que debía estar atenta a la conversación, y así dejar de pensar en Noah.

Habían ido directamente desde casa de su abuela; pero aunque iba con los vaqueros llenos de polvo y una camisa de algodón casi transparente de lo fina y gastada que estaba la tela, Noah estaba sexy y guapísimo. Tenía un poco de serrín en el pelo, y ella se moría por pasarle la mano y ver si su pelo era tan suave como lo recordaba. Aparte de eso, la idea de besarlo no dejaba de rondarle el pensamiento.

Volvió a la realidad, sabiendo que él le estaba hablando en ese momento, diciéndole algo de tirar unos tabiques y reemplazarlos por columnas de refuerzo.

—¿Podrías hacerlo tú? —le preguntó ella.

—Claro —respondió Noah.

—Y puedes confiar en él —respondió Arnie Newman—. Hubo una época en la que todos pensábamos que Noah no era bueno. Pero superó esa

racha, y en este momento no hay nadie en el pueblo que dude en darle las llaves de su casa, con la confianza de que le hará un buen trabajo. Noah ha construido muchas casas nuevas por esta zona, y debe estar orgulloso de ello.

Arnie se había vuelto del todo hacia ella para hablarle, y Noah, que estaba detrás de Arnie, ponía caras a lo que decía el otro. Marti sabía que en el fondo Noah agradecía los elogios de Arnie, pero el otro hacía como si le molestara.

—Tengo que hablarlo primero con mis hermanos —respondió ella, intentando poner freno a sus imaginativas cavilaciones—. Pero creo que los cuatro locales juntos nos proporcionarían espacio suficiente; el sitio es estupendo, y si Noah puede encargarse de construirlo, no veo razón por la que éste no sea el emplazamiento adecuado para un nuevo Home Max.

—Y no te preocupes de que Hector Tyson pueda quitarte esto —le dijo Arnie—. No le vendería nada a ese buitre.

—Se lo agradezco —dijo Marti, consciente de que en Northbridge las noticias volaban.

—Pero ahora tengo que marcharme —añadió Arnie, que de pronto parecía tener prisa—. Os dejo aquí para que miréis todo lo que queráis; tira de la puerta cuando os marchéis, Noah —el hombre se volvió hacia ella y bajó un poco la voz, como si fuera a confiarle algo—. Como te he dicho, ahora ya se puede confiar en él, y tú también.

—Me alegra saberlo —comentó Marti, antes de que Arnie se despidiera y se marchara.

—¿Vaya... eres un criminal reformado o algo así? ¿Debería preocuparme mi seguridad? —le preguntó a Noah para pincharlo, en cuanto se quedaron solos.

No creía que tuviera un pasado tan negro, ni tampoco que estuviera en peligro.

Noah negó con la cabeza y volteó los ojos.

—Cuando uno vive en una población pequeña, tiene que tener mucho cuidado con lo que hace; porque sea lo que sea, siempre hay alguien que se acuerda.

Marti había estado mirando las rejillas de ventilación y calefacción que había en el suelo y acabó al pie de las escaleras que conducían al piso superior. Entonces se volvió para mirar a Noah. Él estaba en el centro del

local vacío, y Marti no pudo evitar apreciar su planta, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el cuerpo ligeramente ladeado.

—¿Y qué fue lo que hiciste que algunos aún recuerdan? —preguntó ella.
Él se encogió de hombros.

—Los inicios de mi adolescencia fueron turbulentos; y el final otro tanto de lo mismo —respondió, como queriendo implicar algo más.

—¿Aún no has superado esa etapa? —le preguntó, muerta de risa.

—Fui un niño un poco rebelde.

—¿De verdad?

Marti no sabía por qué, pero no se lo imaginaba así.

—¿En qué sentido? —insistió Marti.

—Bueno, dos o tres de los que iban conmigo están ahora en la cárcel.

—¿De verdad...?

—El año pasado robaron una gasolinera en Billings.

—Ah —dijo Marti, preguntándose si en realidad tendría un pasado turbio—. ¿Y tú hacías esas cosas también?

—Hasta ese punto no. Pero sí que hice cosas ilícitas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Marti.

—Pues cosas como destrozar buzones de correo. Sacábamos medio cuerpo por la ventanilla del coche y veíamos cuántos podíamos destrozar con un bate de béisbol al pasar. Entre ellas destrozamos el buzón de Arnie, y esa noche fui yo el que le di el golpe. El buzón salió volando y atravesó la ventana del salón. Él estaba sentado en una silla justo debajo de la ventana, y el buzón le rozó la calva y un cristal le hizo un corte. Tuvo que ir a urgencias a darse puntos.

—Eso me parece bastante serio —dijo Marti.

—Sí —concedió Noah—. Hasta entonces no había pasado nada porque lo hacíamos a las dos de la madrugada. Pero esa noche Arnie se había quedado dormido en una butaca, y justo cuando su esposa se levantó para despertarlo y que se fuera a la cama, fue cuando yo le di el batazo al buzón. Su esposa me vio. Si Northbridge no hubiera sido una población pequeña, me habrían detenido por vandalismo y agresión, pero Arnie no quiso denunciarme, y todas las demás personas a quienes les habíamos destrozado los buzones se portaron bien con nosotros. Tuvimos que sustituir todos los buzones, y mi familia me obligó a trabajar en la granja Newman durante seis meses

haciendo todo tipo de tareas para pagar la ventana de Arnie y los gastos médicos. Pero al final conseguimos no tener antecedentes penales.

—¿Eso fue todo lo que hiciste? —preguntó Marti, que sentía que había más.

—Bueno, de vez en cuando robábamos en algunas tiendas; cosas sin importancia, caramelos, cosas pequeñas, pero aun así, robábamos. También conduje coches sin tener el carné y con unas cervezas de más. Por eso no me dejaron sacarme el carné de conducir hasta los dieciocho años. Luego pinté de grafitis la pared de un cobertizo, y tuve que pasarme todo un verano reparándola.

Aunque Marti estaba seguro de que había más, estaba claro que Noah no quería seguir hablando de lo que había hecho.

—Parece que fuiste un poco más allá de la típica rebeldía de los adolescentes.

—Tal vez, pero no pasó de ahí. No te olvides que yo era el nieto del reverendo. Sus duros sermones de los domingos desde el púlpito no eran nada comparados con lo que teníamos que escuchar todos los días durante la cena. No podíamos ser buenos, teníamos que ser mejor que nadie, teníamos que dar el mejor ejemplo...

—¿Y tú decidiste dar el peor? —bromeó Marti.

—Sí, la verdad es que sí; eso fue todo lo que decidí hacer con mi irracional mentalidad de adolescente. Buscaba meterme en líos para demostrar que el reverendo no podía decirme qué y quién tenía que ser. Había visto a mi padre y a mi tío doblegarse ante él continuamente, y decidí que yo no lo haría. Quería demostrarle a él y a todo el mundo que el reverendo no me controlaba.

—Caramba. ¿Eso es lo que me espera con este bebé cuando llegue a la pubertad?

Hasta ese momento Noah había tenido mala cara, pero al oír lo que dijo Marti, sonrió.

—Esperemos que no; aunque sí que me advirtieron que mis propios hijos me harían lo mismo.

—Ah, muy bien —dijo Marti en tono burlón.

Noah se acercó a ella con paso garboso y se detuvo delante de ella.

—Nunca provoqué ninguna explosión —dijo, haciendo alusión a la historia del petardo en la nevera.

Estaba muy cerca, justo delante de ella, y la miraba a los ojos fijamente. ¿Cómo no pensar en besarlo?

Aun así, hizo un esfuerzo.

—Pero yo no tengo amigos en la cárcel —respondió.

Noah se echó a reír.

—Ni yo. Sólo ex amigos. Los dos que están en la cárcel son hermanos, y hace muchos años que nos separamos, cuando ellos se fueron a vivir a Billings. En cuanto se marcharon ellos, descubrí que era más divertido salir con chicas.

Noah estaba tan cerca que le llegó el aroma de su colonia, un olor a madera y a menta que provocaba su imaginación. ¿Cómo era posible que siguiera oliendo tan bien después de llevar todo el día trabajando?

Marti levantó la barbilla un poco más.

—¿Y después de descubrir que era más divertido salir con chicas, saliste de la adolescencia de un modo turbulento? —le preguntó en tono de complicidad.

Noah se puso serio otra vez.

—Digamos que pasaron algunas cosas, y por fin decidí dejar de comportarme así —respondió él.

—¿No me vas a contar qué pasó?

Él se quedó pensativo un momento y sacudió la cabeza, mientras se apartaba y se daba la vuelta.

—Cuando uno no cuenta todo, siempre vuelven por más —bromeó—. ¿No quería subir a ver el espacio para las oficinas?

Marti ya se había dado cuenta anteriormente de que Noah era un poco cabezota; obstinado y voluntarioso. Hasta entonces había sido tan complaciente, que su respuesta la sorprendió. Aunque no por ello perdió atractivo, sino que más bien ganó. O tal vez estuviera particularmente sensible ese día...

Pero Noah no quiso continuar hablando de su accidentado pasado, mientras subían las escaleras que conducían a la segunda planta. Él le había comentado con anterioridad que cuando alguien le presionaba provocaba en él la reacción contraria. Por otro lado, ella tampoco había sido del todo sincera con él, y por lo tanto no se veía con derecho a imponerse.

Además, Marti quería hablar con él de otro tema. Después de contar las entradas de electricidad que había en la planta superior, y de que Noah le

asegurara que podría añadir todas las que quisiera, Marti se detuvo a mirar por una de las ventanas un momento, antes de darse la vuelta y apoyarse en el marco.

—Hablando de tu abuelo... —empezó a decir ella.

—Creía que estábamos hablando de poner una caja de fusibles más grande para cambiar la instalación —la interrumpió Noah, que estaba de cuclillas, comprobando el estado de un enchufe.

—Sí, vale, estábamos hablando de eso; pero como has dicho que puedes hacerlo, pensaba que ya no había más que hablar del tema. ¿O sí?

—No —respondió, poniéndose de pie otra vez.

Se acercó a ella, y Marti decidió que su mayor delito era lo bien que le sentaban los vaqueros. Le costó muchísimo dominarse para no seguir mirándolo, y para no empezar a babear.

Cuando estaba delante de ella, se apoyó también en el marco de la ventana, y Marti se volvió un poco hacia él.

—Muy bien, qué me decías de mi abuelo —concedió él.

—Hoy le he hablado a mi abuela de Hector Tyson.

—Bueno, en eso sí que podemos ahondar.

Él había pensado que Marti quería volver a hablar de su adolescencia.

—¿Por eso tenía Theresa esa carita de disgusto cuando ha entrado en el solarío? —quiso saber Noah.

—Sí. Ah, por cierto, gracias por sacarla de allí. Ry es el único que es capaz de distraerla cuando se pone nerviosa.

Noah había bromeado y coqueteado un poco con la anciana, y gracias a su gesto Theresa no se había puesto histérica.

—De nada —respondió Noah, como si no hubiera tenido importancia.

Pero Marti, aparte de agradecérselo, se había quedado impresionada con su habilidad.

No obstante sabía que le abochornaría si volvía a agradecérselo, tal y como le habían abochornado los elogios de Arnie Newman, así que siguió hablando.

—Antes de hablar con la abuela, hablé con Ry. Él ha contactado con nuestros abogados, y ellos creen que tenemos argumentos para demandar a Tyson porque la abuela era menor de edad y actuó bajo coacción. Los abogados creen que le debe restituir lo que le quitó, porque al no darle una

cantidad justa es como si la hubiera engañado. Le llegará un aviso del juez dentro de un par de días, en cuanto se redacte el documento.

—Eso no le va a gustar —dijo Noah.

—No, ya lo sé. Pero cuando le dije a la abuela lo que estábamos haciendo, que era lo único que podíamos hacer, teniendo en cuenta que la tierra y las casas pertenecen ya a muchas personas, se quedó como si oyera llover, como si no le importara —Marti hizo una pausa—. A Wyatt le hizo algo parecido hace unas semanas; le dijo que Tyson le había quitado algo mucho más importante que la tierra. Wyatt no fue capaz de sacarle el qué. Hoy lo he intentado yo...

—¿Y te lo ha dicho? —la interrumpió Noah.

—Lo único que me ha confirmado es que no es la tierra, y que Hector le dijo que no se lo podía decir a nadie. Pero también me dijo que el pastor y su esposa le dijeron lo mismo; y es la primera noticia que tenemos de que mi abuela consultara algún problema con un pastor. La abuela me dijo que el pastor le aconsejó para que hiciera lo correcto, aunque no fuera lo mejor para ella. Por eso me preguntaba si ese pastor sería tu abuelo, y si él podría aclararnos algo de este asunto.

Noah negó con la cabeza.

—Mi abuelo no es una persona fácil. Pero tienes suerte, porque no pudo ser él el pastor del que habla tu abuela. Si no me equivoco, se rumorea que Theresa se marchó del pueblo en 1950, ¿no?

—Sí.

—Pues mis padres no se mudaron a Northbridge hasta bastante después de eso.

—¿De verdad? No sé por qué pensaba que erais todos de aquí.

—No. Mis abuelos llegaron aquí para hacerse cargo cuando el pastor anterior murió de repente de un ataque al corazón; supongo que ése sería el pastor a quien Theresa le confió su problema.

—¿Entonces por qué dices que tengo suerte si murió hace un montón de años?

—Pues porque la esposa del pastor sigue viva, está bien, y vive aquí mismo en el pueblo. ¿Y no has dicho que la esposa del pastor le dijo algo a tu abuela? Ella debía de saber lo de Theresa.

Contenta con la noticia, Marti le sonrió.

—¿Querrás compensarme por no querer contarme parte de tu malgastada juventud llevándome a conocer a esa mujer?

Noah le devolvió la sonrisa con gesto algo pesaroso.

—No es que no te lo quiera contar, es que es un tema un poco duro para mí. No quiero que te formes una mala imagen de mí.

—Un misterio envuelto en una adivinanza... ¿Qué podrías contarme de tus años de adolescencia que pudiera hacerme pensar mal?

Él no respondió, sino que se limitó a arquear las cejas.

—La curiosidad mató al gato, ¿sabes? No es bueno para una mujer embarazada —añadió Marti.

Él volvió a sonreír mientras negaba con la cabeza, claramente disfrutando de lo lindo.

Entonces, sin previo aviso, Noah la abrazó y la besó en los labios; pero fue tan rápido que a Marti no le dio tiempo ni siquiera a besarlo, ni a sentir que la había besado...

—¿Y eso a qué viene? —dijo ella, preguntándose si Noah repetiría.

—Me han entrado ganas.

—No me vas a quitar la curiosidad, si es lo que piensas —le advirtió ella. Noah se echó a reír.

—Te diré una cosa, algunos de los chicos del pueblo tenemos un equipo llamado los Bruisers. Jugamos a lo que sea que se juegue esa temporada, y esta noche tenemos un partido de baloncesto. Vente. Después me gustaría que vinieras conmigo a celebrar el último partido en el Adz; es el bar adonde solemos ir. A lo mejor, y digo a lo mejor, podremos hablar un poco más de mi oscuro pasado.

—Esta noche no puedo; me sentí mal por disgustar a la abuela y le prometí que jugaría con ella al Scrabble o a las cartas.

—Muy bien —accedió él—. No vengas al partido, pero vente luego a Adz... si quieres saber de mis años perdidos...

Marti se echó a reír.

—¿Perdiste esos años?

—No, pero sonaba bien. Pero si quieres que te cuente mi historia de cuando era un sinvergüenza, tienes que presentarte en Adz esta noche.

Marti hizo como si se lo pensara. Y sólo fingió porque ya sabía que iba a ir, no sólo para satisfacer su curiosidad, sino para volver a ver a Noah.

Pero eso no se lo iba a confesar. Así que se puso de pie y dijo.

—Me lo pensaré.

Entonces hizo lo que llevaba queriendo hacer desde que habían salido de casa: se puso de puntillas y le sacudió el serrín del pelo, que encontró tan suave como ella recordaba. A pesar de que apenas le rozó el pelo, el contacto fue suficiente para que creciera la tensión entre ellos, y Noah se inclinó hacia ella y la besó de nuevo.

Marti se sorprendió, pero por lo menos esa vez sintió el beso de Noah, aunque tampoco demasiado. Sus labios calientes rozaron los suyos durante unos segundos, antes de apartarse de nuevo. Pero ahí quedó todo.

Sin embargo, fue suficiente para dejarla deseosa de más; claro que eso tampoco se lo iba a decir.

—¿Sólo me has besado porque te apetecía? —preguntó ella, repitiendo sus palabras anteriores, sorprendida al ver que le temblaba un poco la voz y bastante afectada por el brevísimo beso.

—Me temo que sí —respondió él—. ¿Tan mal te ha parecido?

—Hombre, me los han dado mejores —respondió ella, refiriéndose al beso en sí.

La broma le hizo reír, como si supiera algo que ella no sabía de ese tema.

—Bueno, la próxima vez me esforzaré más. Esta noche, tal vez...

La altanería de Noah hizo reír a Marti.

—Esta noche voy a estar con mi abuela —respondió, como si quisiera darle a entender que tal vez no se pasara por el bar después del partido.

—Ya veremos —respondió Noah mientras se dirigían hacia las escaleras.

Cuando se montaron cada uno en su coche, Marti empezó de nuevo a debatirse entre los sentimientos de deslealtad y culpabilidad, y las ganas de volver a ver a Noah.

Pero se preguntaba también qué pasaría cuando él se esforzara un poco más.

Capítulo 7

TÍO, esta noche has estado magnífico! —le dijo Ad Walker a Noah mientras le pasaba una jarra de cerveza.

Todo el mundo estaba en Adz celebrando la victoria del último partido de la liga de baloncesto, aquel miércoles por la noche.

Noah se limitó a sonreír, mientras el dueño de Adz le daba también una palmada en la espalda.

Había jugado bien, era cierto; pero había otra razón por la cual esa noche estaba pletórico, y esa razón se llamaba Marti Grayson.

Esa noche no estaba de humor para más de una cerveza, así que se abrió camino entre el público que atestaba el popular local y se colocó en un sitio desde donde se veía bien la puerta. Ya había dado una vuelta por el bar para comprobar que Marti no se le había adelantado; y como no estaba allí, quería verla en cuanto cruzara la puerta del local. Eso si se presentaba.

Esa tarde Marti había sido un poco dura con él cuando no se había querido comprometer a estar allí esa noche; aunque Noah aún no la conocía lo suficiente para estar seguro. Se sentó en un taburete a la barra cerca de la diana y dio un sorbo de cerveza.

En ese momento se abrió la puerta y entraron tres mujeres, esposas de unos compañeros de equipo. Noah se desinfló un poco.

Le dio mucha rabia que no fuera Marti, y se preguntó si se presentaría o no. Pensó en ir a su casa, o bien en llamarla; y también pensó que a lo mejor debía aceptar con calma que ella no se presentaría esa noche.

No lo sabía. Maldita sea, cuando se trataba de Marti no sabía lo que hacía. Supuestamente se estaban conociendo; él se estaba dejando conocer. Pero también le estaba costando mucho que todo quedara ahí. Marti le había

atraído en Denver, y esa atracción volvía de nuevo con fuerza. ¿Qué iba a hacer? ¿Ceder o rechazarla?

En otras circunstancias, que le atrajera la madre de su futuro hijo no habría sido una desventaja. Pero en ésta no estaba tan seguro. En su situación, una relación serena, racional y amigable sería lo adecuado, lo más seguro para él.

El problema era que no se le estaba dando demasiado bien dominar su atracción hacia Marti, y desde luego no sentía nada racional ni sereno hacia ella; lo que sentía parecía ser tan terco como terca era su burra Dilly. Y como su burra, parecía estar dotado de personalidad propia. Por eso la había besado la noche anterior, y de nuevo esa misma tarde.

Ésa podía ser la razón por la que Marti no había ido a Adz; porque a lo mejor tenía miedo de que volviera a besarla. También era posible que no quisiera tener una relación con él: de modo que, si él la obligaba, ella podría sentirse incómoda y negarse a tener nada que ver con él. Y eso podría apartarlo del bebé...

Dio un buen trago de cerveza con la idea de serenar un poco sus alocados pensamientos.

Tenía que tener cuidado de lo que hacía en relación con Marti y el bebé. Lo sabía. No debía olvidarlo. El problema era que cada minuto que pasaba con Marti, cada vez que la veía cuando estaba trabajando en casa de su abuela, cada vez que oía su voz, se ponía peor. Y si no hubiera bebé ni peligrara la futura relación con su hijo, nada lo detendría.

Pero había un bebé, y eso significaba que no podía permitir que su pasión por ella se descontrolara. Tenía que estar seguro de que no terminaba alienándola.

Así que, si no se presentaba esa noche, no la llamaría. Decidió que no iría a su casa, ni tampoco le diría nada cuando la viera al día siguiente.

«Por favor, aparece ya...».

Cada vez que la puerta se abría, pensaba que a lo mejor era ella. ¿Sería posible que esos besitos de nada la hubieran molestado? En el momento de dárselos, ni siquiera se le había ocurrido...

Ella se había quedado un poco sorprendida, claro que él también. Pero no se había podido resistir a su cara bonita, ni las ganas que había sentido de acariciar su pelo sedoso, ni la emoción que le transmitían sus ojos azul plata.

Pero ella no se había cortado, ni tampoco se había enfadado con él; sino que lo había provocado diciéndole que sus besos no habían sido para tanto; y por eso Noah estaba casi seguro de que ella no se había molestado. Parecía más bien como si sus besos hubieran despertado su lado más pícaro.

Le gustaba Marti porque tenía personalidad, porque no era de esas mujeres que fingían ser algo que no eran sólo para agradar a la otra persona.

¿A quién intentaba engañar? Le gustaba todo de ella. Y quería volver a besarla, por supuesto; y si entraba por esa puerta y pasaban juntos las dos horas siguientes, estaba casi seguro de que iba a besarla otra vez...

Noah dio otro trago de cerveza y tomó una decisión.

Si Marti se presentaba esa noche, a pesar de lo mucho que la deseaba, se lo tomaría como una señal de que aún no se sentía agobiada por él. Pero si por el contrario no se presentaba, tenía claro que tendría que controlarse un poco para intentar mantener una relación serena y amistosa con ella. Para empezar, tendría que hacer todo lo posible para no besarla, para ser sólo amigos.

Noah dio otro trago de cerveza y miró hacia la puerta con ojos entrecerrados, rezando en silencio para que entrara Marti.

Al momento es volvió a abrir la puerta. Entonces alguien se colocó delante de él un instante, obstaculizándole la visión. Noah estiró el cuello para ver la puerta, sintiéndose un poco nervioso.

Antes de ver quién había entrado, la puerta se cerró, y Noah paseó la mirada rápidamente por el grupo de gente que había en la entrada.

Fue entonces cuando la vio, entre un montón de amigos y vecinos suyos. Allí estaba Marti.

Marti no entendió por qué, pero cuando vio a Noah fue como si el resto del público del local se desvaneciera y sólo quedara él.

Estaba tan guapo como de costumbre, vestido con unos vaqueros de corte bajo y una camiseta blanca de manga corta que le ceñía suavemente los fuertes brazos. Estaba claro que se acababa de duchar y afeitarse, porque aún tenía el pelo húmedo. La amplia sonrisa de Noah le hizo sentir un revoloteo en el estómago.

—Has llegado.

Noah parecía más contento de lo que ella habría esperado.

—Después de la paliza que me ha dado mi abuela jugando al Scrabble, necesitaba tomar un poco el aire —respondió ella en voz alta, para que se la oyera con el ruido del bar.

—Vamos a un sitio más tranquilo y voy a buscarte una bebida —sugirió Noah mientras le echaba el brazo por los hombros para abrirse paso entre el público del bar.

Aunque la mano de Noah apenas le rozaba los hombros, Marti sentía muchas cosas. Era consciente de cada punto de contacto, de la mano que le rozaba el brazo donde le terminaba la manga, una mano callosa y cálida, y también de sus dedos largos y fuertes en la espalda; o de la suavidad del hombro que le rozaba el costado...

Y aunque no era nada... sin embargo fue suficiente para que se le encogiera el estómago; suficiente para que fuera apenas consciente de la presencia de los compañeros de baloncesto de Noah, apenas consciente de nada ni nadie aparte de él.

Noah la llevó hasta una pequeña sala adjunta, donde había una mesa de billar en el centro y unas cuantas mesas con bancos corridos bordeando las paredes. Aunque en esa sala no había tanta gente, había unas cuantas personas jugando al billar y un grupo de gente alrededor observando el juego. Pero al no haber tanta gente, Noah le retiró el brazo porque ya no hacía falta que la agarrara. Al hacerlo, Marti sintió una decepción indiscutible, que trató de disimular.

Noah señaló una mesa pequeña en un rincón, ya que era la única que estaba libre.

—Vamos a estar un poco apiñados, pero al menos nos podemos sentar —dijo él.

Esperó a que Marti pasara delante y se sentara para hacer él lo propio; y aunque no estaban apiñados, estaban tan cerca que el muslo de Noah rozaba el suyo.

Al momento apareció una camarera que enseguida felicitó a Noah por el partido que Marti no había podido ir a ver, antes de tomarle nota a Marti.

Cuando la camarera se marchó, Noah estiró el brazo sobre el respaldo del asiento. No la tocó, pero entre el leve contacto del muslo y su proximidad, Marti empezó a sentir de nuevo el mismo nerviosismo.

Se dijo que sería la emoción, los nervios; que lo que sentía no tenía nada que ver con su presencia imponente, ni con el recuerdo del beso de esa

tarde, ni con la promesa de Noah de darle más...

—Empezaba a pensar que me ibas a dar plantón esta noche —dijo de pronto Noah.

—¿Estabas preocupado? —bromeó ella.

—Sí —dijo él, como si no lo hubiera estado en absoluto.

La camarera volvió con la bebida, y Marti esperó a que se marchara para seguir hablando.

—Creo que, si no hubiera venido esta noche, seguramente habrías encontrado compañía —asintió en dirección a la camarera, que en ese momento sonreía a Noah con gesto coqueto.

Noah apenas se fijó en la otra mujer, sino que miró a Marti y esbozó una sonrisa audaz.

—¿Quiere decir eso que esta noche me voy contigo a casa?

Marti se echó a reír pero no mordió el anzuelo.

—Uno tiene que intentarlo —respondió.

Cambió de tema para no empezar a relacionar los besos de Noah con el pensamiento de que la llevaría a casa.

—¿Entonces el partido ha ido bien? —preguntó.

Noah se encogió de hombros, como si no fuera para tanto.

—Yo fui el que marqué más tantos. Aunque supongo que no se puede comparar con jugar al Scrabble con Theresa y con Mary Pat —bromeó.

—Bueno, no, pero no hay nada que pueda compararse con eso —respondió Marti, después de probar la limonada—. Qué raro que hoy, cuando me estabas hablando de tu malograda juventud, no me contaras que estabas en el equipo de baloncesto. ¿No será que has exagerado lo que me has contado, y que en realidad eras un chico tranquilo y sin pretensiones que tuvo un par de traspies como tienen todos los chiquillos?

Noah sonrió, volvió la cabeza y llamó a un hombre que estaba en otra mesa hablando con un grupo.

—¡Oye, Ad! ¿Tú jugaste al baloncesto, o a otro deporte, en el instituto conmigo?

—¿Qué pasa, se te ha ido la memoria? Tú lo único que hiciste con la pelota de baloncesto fue romper un cristal del gimnasio. Me acuerdo que te pasaste un mes castigado.

Todos se echaron a reír, incluido Noah, que miró a Marti como diciéndole «te lo dije».

—Muy bien, así que eras un canalla. Siendo así, en parte he venido esta noche para que me cuentes lo que pasó para que por fin decidieras volverte serio y responsable.

Noah no tenía prisa en contestarle. Marti lo observó mientras daba un sorbo de cerveza, y se fijó en su mano fuerte, en el brazo musculoso y moreno, en la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás, en su pelo brillante y ondulado, y en el movimiento de sus labios sensuales aprisionando la boca de la botella...

¿Por qué no dejaba de fijarse en él? Dio un sorbito de limonada para tratar de centrarse un poco.

—Bueno, pues cuéntamelo ya o me largo de aquí.

Sin embargo él no parecía tener prisa, y a Marti le dio la impresión de que no quería hablarle de lo que fuera.

Se limitó a esperar.

Entonces, con la vista fija en la botella de cerveza y jugueteando con la etiqueta de la botella, le dijo:

—Te dije ayer que llegó un momento en el que descubrí que era más divertido salir con chicas que armar jaleo. Bueno, pues hubo una chica; se llamaba Sandy Huff —Noah hizo una pausa, claramente reacio a continuar—. Cuando ella tenía dieciséis años y yo diecisiete, la dejé embarazada.

Marti no se había imaginado que pudiera ser eso, y de pronto no supo qué decir.

Afortunadamente, Noah continuó un poco más animado:

—Sé lo que estás pensando; que era un perdido, un idiota. Pero, lo creas o no, no tuvo nada que ver con lo que nos pasó a nosotros; con Sandy utilicé preservativo. Pero falló, y ella se quedó embarazada. Yo pensé que lo mejor era casarnos...

—¿A vuestra edad?

—Entre las hormonas de la adolescencia, que era mi primer amor, el embarazo y mi bravuconería para demostrar que era un hombre; pues sí, casarnos me pareció la mejor idea, lo correcto. Así que juntamos a sus padres y a los míos y les conté todo, que estaba embarazada, que quería tener el niño y que queríamos casarnos.

—¿Y cómo les sentó?

—Mis padres se quedaron de una pieza; después de lo que habían tenido que aguantar por mi culpa, para ellos fue la gota que colmó el vaso. Pero los

padres de Sandy se pusieron como locos.

Marti asintió, recordando su pánico al enterarse de aquel embarazo al que empezaba por fin a acostumbrarse.

—El padre de Sandy me odiaba desde el principio y ya le había prohibido a su hija que saliera conmigo —continuó Noah—. Yo era para él el gamberro con quien su hija se había estado viendo a escondidas; así que no aceptó en absoluto la idea del matrimonio.

—¿Así que decidiste volverte serio y responsable para que te viera más merecedor de su hija? —preguntó Marti.

Noah sonrió con pesar.

—Ojalá hubiera sido así de listo. No, se me ocurrió hacerme el duro; empecé a gritar y di un puñetazo en la pared, terminando de demostrarle a su padre que no era bueno para su hija. Estábamos en casa de Sandy, y su padre nos echó a mí y a mis padres y me amenazó con pegarme un tiro si me veía acercarme a su hija.

—¿Y qué hiciste?

—Le envié un mensaje a través de su mejor amiga en el que le pedía que se fugara conmigo.

Le costaba trabajo creer que el hombre que tenía a su lado hubiera iniciado su andadura de adulto comportándose de tal modo, pero Marti también se daba cuenta de lo mucho que todo aquello le había afectado, de lo mucho que detestaba haber sido así, y sintió lástima por él.

—¿Y tú te marchaste?

Noah negó con la cabeza.

—Sandy empezó a echarse atrás en todo. Era una niña, y tenía miedo. Yo tenía mucha rabia, y creo que mi modo de responderle a su padre la asustó todavía más. Sé que mi reacción la empujó a acatar la decisión de sus padres sobre cómo llevar el asunto a partir de ahí.

Hizo una pausa, y a Marti le dio la impresión de que habría preferido dejarlo y no terminar. Sin embargo, Noah continuó hablando en tono bajo, defensivo y cargado de pesar.

—Acabó abortando.

Al decirlo, ladeó la cabeza y subió la barbilla ligeramente, casi como si se estremeciera. Y entre eso y el tono de voz, quedó claro que necesitaba un momento antes de seguir.

—¿Tenías miedo de que eso me influenciara?

Noah se encogió de hombros y arqueó las cejas, y finalmente levantó la vista y la miró.

—Hace diecisiete años, eso fue para mí un golpe muy duro. No quería que te llevaras una mala impresión...

—Ya te he dicho que...

—Lo sé, pero me pasó una vez y...

—Fue ella la que tuvo el aborto...

—Sí, es verdad; pero seguía siendo mi bebé. No era mi cuerpo, era el suyo, pero el bebé sí que era mío. Te podrá parecer una tontería, o creer que no era tan importante; sobre todo porque yo era un adolescente contrariado. Pero el bebé me importaba. Y cuando los padres de Sandy la convencieron para que abortara, buena parte de su argumento se basó en lo loco que estaba yo, y en que sería un error tener un hijo mío.

Hizo una pausa, y Marti notó lo mucho que aquello le había afectado.

—De todos los líos en los que me había metido —dijo—, de todas las consecuencias de mis acciones hasta ese momento, nada me había golpeado tan fuerte como la idea de que, si hubiera sido un tipo callado y sin pretensiones a quien todos querían, nuestros padres nos habrían apoyado más. Y aunque tal vez no se hubiera planteado la idea de casarnos, podríamos haber tenido el bebé y haber intentando algo a partir de ahí.

Noah suspiró.

—A partir de entonces ya no me parecía tan importante demostrarle a mi abuelo que no podía dominarme, que podía hacer lo que me diera la gana. Me pareció más importante ser alguien merecedor de tener hijos, de poder ocuparse de ellos.

Marti no sabía qué decir a eso, y se alegró cuando alguien en la sala grande llamó a Noah para que fuera a unirse con sus compañeros de equipo.

—¡No nos hagas ir por ti! —le amenazó alguien.

—Lo siento. Parece que no nos van a dejar quedarnos en nuestro rincón —dijo Noah.

Pero a Marti le dio la impresión de que se alegraba tanto como ella de abandonar la conversación.

—Imagino que es el precio que hay que pagar por estar aquí con la estrella de la noche —se burló ella mientras se levantaban.

Marti se pasó el resto de la velada junto a Noah, por quien sus compañeros no dejaron de brindar y de bromear. Según decían, había

jugado mejor que nadie había visto jugar a nadie en los partidos amistosos. Lo que impresionó a Marti fue la humildad que mostró Noah en todo momento.

Él trató varias veces de escaparse de sus compañeros, pero sus amigos no se lo iban a permitir y, hasta que no cerró el local, no cesó la celebración.

A la puerta del Adz, se sucedieron las felicitaciones y las palmadas en la espalda. Luego cada uno se fue a su casa, y Marti pudo por fin estar a solas con Noah; pero ya era demasiado tarde para seguir hablando.

—He hablado con Emmalina —dijo Noah cuando iban hacia el coche de Marti.

—¿Emmalina?

—Emmalina Dewel, la esposa del pastor a quien tu abuela iba a ver cuando era una chiquilla. Dijo que estaría encantada de recibirnos mañana por la tarde a las siete. ¿Te parece bien?

—¿Ya has hablado con ella? Qué rapidez —se maravilló Marti.

—Northbridge es una población pequeña, con lo cual no es difícil reunir a la gente —pasaron delante de una tienda de alimentación—. He pensado que después podríamos cenar algo por ahí.

—Sí, claro —concedió Marti, que estaba deseosa de poder pasar más tiempo con Noah.

Marti apretó el botón del mando, pero antes de que le diera tiempo a abrir la puerta para montarse, Noah se colocó entre ella y el coche y se apoyó sobre él para impedirle que la abriera.

—No querrás salir corriendo ahora, ¿no?

Ella lo miró extrañada.

—¿Cómo salir corriendo? —repitió.

—¿Te he asustado porque te he dicho que de niño era un bicho?

Marti no pudo evitar sonreír.

—Ya no lo eres, ¿verdad? ¿O acaso es algo de lo que aún no me he enterado?

—Juro que no lo soy —dijo con solemnidad mientras levantaba la mano.

—Entonces no; no voy a salir corriendo.

—Me alegro —dijo él—. Porque soy un buen tipo.

—Sí, me parece que podrías serlo... —Marti se echó a reír.

—¿En serio? ¿Entonces también has venido por eso esta noche, o sólo para terminar de enterarte de lo malo que he sido?

Marti notó que su respuesta le importaba. Y aunque sintió que se sentía expuesta, optó por no bromear o enfadarse con él.

—Vine porque estoy segura de que eres un buen chico.

No era una declaración de amor eterno, pero a Noah le provocó una sonrisa sensual y pícara.

—Y te gusto —añadió.

—Bueno, ahora ya te has pasado —dijo ella.

Pero también le había hecho sonreír, de modo que fue una corrección poco creíble.

—Sólo es el principio —dijo él, intentando animarla para que no se cortara—. Me alegra saber que puedes soportarme, nada más.

—Apenas —dijo con aire, puesto que ya le había demostrado suficiente.

Sin embargo él no se arredraba, y continuaba sonriéndole con su expresiva mirada.

—Tú también me gustas —le confió él—. Y si no estuvieras embarazada...

Cesaron las bromas, mientras algo distinto empezaba a conformar la textura de la tensión que fluía entre ellos. Al resplandor de la luz de las farolas, Marti notó que la mirada de Noah se volvía más tierna, percibió la emoción reflejada en su apuesto rostro; y no se sintió vulnerable, no sintió que por estar embarazada no pudiera ser deseable. Sintió lo mismo que había sentido cuando Jack la había mirado fijamente.

Y aunque Noah no era Jack, estaba muy a gusto allí con él.

—Gracias por venir esta noche —dijo él en tono ronco y sensual.

—Siento haberme perdido el partido.

—No importa. Me alegra que hayas venido de todas formas.

—Yo también me alegro —reconoció ella en voz baja.

La miró un momento a los ojos, antes de acariciarle suavemente la mejilla, antes de levantarle un poco la cara para poder besarla.

Marti experimentó una sensación de familiaridad. Noah empezó a besarla, a besarla de verdad, apasionadamente, acercándose más a ella, aprisionándola, impidiéndole que fuera consciente de nada que no fuera Noah.

Y aunque su beso duró lo suficiente como para saborear todos sus detalles, como para quedársele grabado, a Marti le supo a poco, a muy poco.

Sintió más fresco la brisa nocturna, en contraste con el calor de su beso; entonces, Marti abrió los ojos y vio que él también los abría despacio.

—¿Mejor? —le preguntó él, volviendo al comentario de ella de esa tarde.

—Mejor. E incluso podría decirte que te has esforzado de verdad —se burló ella, siguiendo también la broma.

—Suave como la seda... ése soy yo —respondió él con una sonrisa de satisfacción antes de volver a besarla, esa vez más juguetón.

Se apartó del coche y le abrió la puerta para que ella subiera al coche; y como ella no podía ignorarlo, se sentó al volante.

—Mañana tengo que recoger unos materiales y que ir a cerrar un trato para el Home Max que va a abrir esa gente nueva en el pueblo —dijo él, tomándole el pelo—. Así que no voy a ir a casa de tu abuela durante el día. Podría pasar a buscarte sobre las siete menos cuarto para ir a ver a Emmalina.

Marti asintió.

—Vale, te espero entonces —dijo mientras arrancaba.

Se dieron las buenas noches y Noah cerró la puerta, dejando que Marti diera marcha atrás para salir. Agitó la mano justo cuando salía hacia South Street. Marti le buscó con la mirada en el retrovisor, y vio que seguía allí, con la mano levantada.

Pensó en su noche en Denver y en cómo entonces se había preguntado si besar a Noah le gustaría tanto como besar a Jack.

Lo sabía ya. Su manera de besar era totalmente distinta; en realidad, eran en eso tan diferentes como en todo lo demás. Pero no se había equivocado; los besos de Noah le gustaban tanto como los de Jack. Noah Perry tenía personalidad propia.

Y en ese momento, ella estaba sintiendo de lleno el impacto.

Capítulo 8

Y DÓNDE vive Emmalina? —preguntó Marti el jueves por la tarde mientras marchaban a ver a la esposa del antiguo pastor.

Noah respondió sin apartar la vista de la calzada.

—Emmalina tienen ochenta y nueve años. Vive en una casita a la salida de la ciudad, junto a la casa de su hija. Lila la vigila, aunque de momento Emmalina se las apaña bastante bien.

—¿Lila es hija única?

—¡No! Lila y otros tres más son hijos de Emmalina y de su primer marido, el pastor. Un año después de su muerte, Emmalina se volvió a casar. En los treinta años que han pasado se habrá casado un par de veces.

—¿Y después de tanto tiempo, crees que se acordará de cuando mi abuela era una chiquilla?

—No te haría perder el tiempo si no lo creyera así. Emmalina tiene la mente tan clara como tú o como yo. Y cuando la llamé y le dije que eras la nieta de Theresa Hobbs, y que querías hablar de Theresa antes de que se marchara de Northbridge, a Emmalina no hizo falta recordarle quién era Theresa. Además, como se ha hablado mucho de tu abuela desde que se presentó en Northbridge, estoy seguro de que Emmalina ya sabía antes de llamarla yo que tu abuela estaba aquí. Aparte de todo eso, confío en su buena memoria.

Noah hizo un giro completo y aparcó delante de la penúltima casa de South Street. La carretera continuaba, pero allí empezaban las tierras de labranza y los campos de maíz de Northbridge.

La casa no era muy grande, y estaba pintada en rosa fuerte con un reborde blanco.

Noah debió de haber notado la sorpresa de Marti al ver el color de la casa, porque se echó a reír.

—Sí, ésta es la casa de Emmalina —dijo mientras bajaba de la camioneta para abrirle la puerta a Marti—. Pero no te dejes engañar por el color de su casa o el número de maridos que haya tenido. Emmalina es una abuelita de los pies a la cabeza.

Marti no estaba segura de lo que significaba eso exactamente, pero se plantó en la acera, delante de la limpia y brillante valla de madera blanca que rodeaba el jardín delante de la casita.

Noah abrió la verja y dejó pasar a Marti antes de hacerlo él, y la cerró cuando estuvieron dentro. Entonces avanzaron juntos y subieron las escaleras del porche.

La puerta estaba abierta, así que Noah llamó con los nudillos en el marco de la mosquitera.

—¿Emmalina? Soy Noah.

—Pasa, querido, pasa. Estoy en la cocina —respondió una voz cantarina al otro lado de la casa.

Noah abrió la puerta mosquitera y accedieron a un pequeño salón decorado con muebles pasados de moda que poco tenían que ver con el color chillón de la fachada. Noah llevó a Marti hasta la cocina.

—¿A qué huele? —preguntó Noah, sonriendo.

—Tú sí que sabes... —respondió la mujer que se volvió hacia ellos para recibirlos.

Emmalina era una mujer diminuta. Tenía la cara arrugada y maquillada con colorete, el pelo blanco e hinchado, como si fuera algodón de azúcar, e iba vestida con unos pantalones de lana azul cielo y una blusa de flores del mismo tono, además de un mandil por encima para no mancharse.

—¡Tamales! —exclamó Noah cuando la mujer le tendió una fuente para enseñarle lo que olía tan bien—. Los tamales caseros de Emmalina son los mejores.

—Y hoy son todos para vosotros, por venir a verme.

Noah se agachó y le dio un beso en la mejilla gordezuela.

—Ésta es Marti Grayson, Emmalina; la nieta de Theresa.

—¡Ay, qué guapa! Dile que comparta los tamales contigo, Marti.

—De acuerdo —asintió Marti con una risotada.

—Vamos a sentarnos mientras los envuelvo —le sugirió Emmalina a Marti, mientras señalaba la pequeña mesa de cocina pegada a la pared—. Pero tú, Noah, necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Ayer se me cayó el cucharón detrás de la cocinilla. ¿Podrías sacármelo?

—Creo que sí —respondió Noah.

Emmalina fue a la mesa de la cocina, donde dejó la fuente de tamales, retiró una silla de vinilo para que se sentara Marti. Después ella se sentó también, de espaldas a Noah, y empezó a envolver los tamales en papel de plata.

Cuando Marti vio que Noah empezaba a mover la cocinilla con sus brazos fuertes y musculosos, no pudo quitarle la vista de encima.

De hecho no era capaz de dejar de pensar en él; y desde que la había vuelto a besar, no había dejado de soñar despierta. Sólo de verlo allí delante haciendo unos simples movimientos le subía la temperatura. Le resultaría imposible concentrarse en nada más.

Finalmente Noah sacó el cucharón y se sentó con ellas a la mesa de la cocina. Mientras lo hacía, Marti se dijo que esa clase de obsesión nunca la había sentido con Jack. Siempre le había parecido guapo, pero nunca se había quedado aturdida mirándolo como le pasaba tan a menudo con Noah.

¿Por qué él le causaba ese efecto?

La única explicación posible era que Jack y ella se habían conocido desde pequeños, y Noah era una novedad.

—¿Verdad, Marti?

Marti no tenía ni idea de lo que Noah estaba diciendo.

—Mmm.

Ni Noah ni Emmalina dieron señales de que su respuesta les hubiera parecido extraña, pero Marti supo que tenía que concentrarse un poco si quería preguntarle a Emmalina lo que tenía en la cabeza.

—Quería hablarle de mi abuela —dijo cuando se produjo una pausa en la conversación entre Noah y Emmalina—. Noah dice que usted aún se acuerda de ella.

—La joven Theresa... sí, la recuerdo muy bien. Tuvo necesidad de que alguien la acogiera; no era más que una adolescente sin nadie que cuidara de ella, por supuesto... Su única pariente viva estaba en ese momento

demasiado enferma como para echarle una mano. Mi Charles y yo hablamos mucho de decirle que se viniera a quedar con nosotros.

—Pero no lo hizo —dijo Marti.

—No. Eran tiempos difíciles, y el sueldo de pastor apenas nos daba para dar de comer a nuestros hijos; por eso esperamos, con la esperanza de que alguien más cercano a ella le ofreciera ayuda. Entonces, cuando parecía que íbamos a tener que hacernos cargo nosotros, Hector y Gloria Tyson la acogieron en su casa hasta que pudiera irse con su tía, cuando la mujer mejorara.

La mujer frunció el ceño y negó con la cabeza.

—La verdad es que después Charles y yo nos arrepentimos de no haberla acogido en nuestra casa.

—¿Por qué? —preguntó Marti.

Emmalina no respondió a eso, y Marti notó sus dudas. Se le ocurrió que a lo mejor se animaba si le hacía ver que ella también sabía cosas del pasado de su abuela.

—La abuela mencionó que fue a verla a usted y a su primer marido, el pastor de Northbridge en esa época; por eso le pedí a Noah que me trajera a conocerla. Lo que le dijeran usted y su primer marido le causó una honda impresión.

—Ay, Dios mío... —murmuró Emmalina, como si las palabras de Marti la turbaran.

Marti aprovechó para continuar.

—La abuela está un poco dispersa... tiene problemas emocionales y una leve demencia, y por eso nos cuesta entender qué episodio de su pasado le tiene tan nerviosa. Pero parece que tiene algo que ver con lo que fuera que vino a contarles a usted y a su marido. Sabemos que es algo relacionado con Hector Tyson. Pero la abuela nos contó que Hector le había prohibido contárselo a nadie, y que usted y su marido le aconsejaron que tenía que hacer lo propio, aunque no fuera lo mejor para ella. Queremos ayudar a la abuela; no deja de decirnos que quiere recuperar lo que le quitó Hector, pero no hemos sido capaces de averiguar qué es. Por eso he venido a verla, para ver si podría proporcionarnos esa información que nos falta.

Emmalina envolvió los dos últimos tamales antes de responder.

—Bueno, supongo que podré contaros lo que me reveló Theresa —dijo la mujer, no sin renuencia—. La tarde que vino a vernos a Charles y a mí, él

había salido a hacer un recado, y mientras Theresa lo esperaba, yo me senté con ella y le preparé una taza de té para consolarla; estaba tan disgustada, la pobre, que sentí lástima por ella...

—¿Cuándo fue esto, exactamente? —la interrumpió Marti—. ¿Fue enseguida después de morir sus padres, o mucho después?

—Fue más tarde —Emmalina sacó una bolsa de papel del armario y empezó a meter los tamales en la bolsa—. Esto fue unos meses antes de marcharse del pueblo; recuerdo que fue un claro día de principios de otoño, pero Theresa llevaba puesta una cazadora enorme, y aunque hacía muy buen tiempo, no fui capaz de conseguir que se la quitara.

—Entonces ya llevaba ella unos meses en casa de los Tyson, ¿no? —dijo Marti.

—Sí, justo desde que terminaron las vacaciones de Navidad. Había pasado las navidades con la familia de una amiga; y Charles y yo decidimos que, si no encontraba sitio donde quedarse llegado el primero de enero, intentaríamos buscarle una habitación. Pero fue entonces cuando Hector entró en acción. Así que, como bien dices, sí, llevaba ya unos meses con los Tyson cuando vino a casa.

—¿Y estaba disgustada cuando vino a hablar con su marido? El día que usted habló con ella... —dijo Marti para recordarle a la mujer lo que había estado contándole antes de que la interrumpiera Marti.

—Sí, estaba nerviosa, inquieta, y angustiada, sí; no sólo por haberse quedado sin padres, sino otro tipo de desasosiego.

—¿Y qué fue lo que la intranquilizó tanto? —le preguntó Marti, sabiendo que Noah estaba atento a la conversación aunque le hubiera dado la palabra a ella.

—No estoy segura —respondió Emmalina con evasivas—. No me contó los detalles, y fuera lo que fuera lo que Theresa le contara a mi marido, eso quedó entre los dos; Charles nunca me contaba las confesiones de su grey. Pero lo que Theresa me dijo antes de hablar con Charles fue que estaba enamorada de alguien de quien no debería estarlo; porque el hombre de quien se había enamorado estaba casado.

—¿Hector Tyson? —aventuró Marti.

—Eso no me lo dijo —respondió Emmalina, de nuevo en tono evasivo, claramente reacia a dar nombres sin estar segura de que él fuera el hombre de quien Theresa había estado enamorada.

—Pero usted pensó que se refería a él, ¿no? —insistió Marti.

La mujer no lo negó, sencillamente continuó hablando.

—Fuera quien fuera, Theresa dijo que ese hombre quería que ella hiciera algo que ella no quería hacer, que le estaba diciendo que era mejor para ella aceptar el dinero que él le ofrecía y marcharse para empezar de nuevo. Yo le dije que tal vez sería lo mejor, que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para no romper un matrimonio. Entonces llegó Charles y se la llevó a su despacho; y ya no sé nada más.

Marti tenía la sensación de que había algo más, a pesar de las palabras de Emmalina.

—¿Y después de eso?

—Una hora después, la pobre Theresa salió del despacho de Charles hecha un manojo de nervios y llorando a lágrima viva. Charles fue a la cocina a buscarme y me dijo que estaba convencido de que debíamos acoger a Theresa en nuestra casa inmediatamente, ese mismo día. Llegado ese momento, Charles estaba tan nervioso como lo había estado Theresa; así que, aunque no me dio explicación, yo accedí sin preguntarle nada. Le dije que prepararía una cama en la habitación de Lila, y Charles fue a buscar a Theresa. Pero cuando volvió a casa, lo hizo solo. Dijo que no había sido capaz de convencerla.

—¿Y ya está? —preguntó Marti.

—Charles no se dio por vencido. Se pasó más de una semana yendo a casa de los Tyson a ver a Theresa cada día. Estaba empeñado en que ella no se quedara allí con ellos. Incluso habló con la enfermera que vivía en la ciudad para que Theresa se fuera con ella, ya que no quería quedarse con nosotros. Pero Theresa no quería irse a ningún sitio, y finalmente Hector Tyson le prohibió a Charles que fuera a ver a Theresa, e incluso que hablara con ella.

—Entonces mi abuela se marchó de Northbridge —dijo Marti.

—Unos meses después, sí; pero no vino más a hablar ni con Charles ni conmigo. Mi Charles se quedó atormentado y lleno de culpabilidad. No lo dijo, pero yo sabía que se sentía así porque no habíamos acogido a Theresa en casa con nosotros desde un principio. Luego, el día que se marchó de Northbridge, Charles dijo que esperaba que el Señor no nos hiciera responsables por arruinarle la vida a esa chica.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

LOS tamales de Emmalina olían tan bien que cuando Marti y Noah salieron de casa de la mujer, la mejor idea fue ir a cenar. Noah sugirió ir a la plaza grande del centro de la población y comerlos sentados a una mesa.

—Qué bien que te gusten los tamales de Emmalina —dijo Noah cuando encontraron una mesa junto a un cenador cuadrado que había en el centro de la plaza peatonal, entre un grupo de altos robles y pinos que daban buena sombra.

Se sentaron frente a frente, cada uno a un lado de la mesa, y Marti probó los tamales y dijo que estaban especiados pero deliciosos.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho Emmalina de tu abuela? —le preguntó Noah.

Eso ya era más complicado.

—No estoy segura —fue la respuesta sincera de Marti—. No sé si es mejor o peor que la abuela estuviera enamorada de Hector Tyson.

Noah estaba desenvolviendo su segundo tamal, y arqueó una ceja como respuesta a su pregunta.

—Yo tampoco estoy seguro, la verdad. Supongo que, si se querían, si se dejaron llevar por sus sentimientos y luego él se quedó con su esposa, es un poco más aceptable que el que Tyson se aprovechara de su edad y situación para seducirla sin importarle lo que pudiera pasarle a Theresa.

Marti hizo una mueca al pensar en la segunda posibilidad.

—Desde luego es más aceptable; pero me cuesta mucho creer que pasara así, sobre todo después de las cosas que dijo Hector cuando fuimos a hablar con él.

Noah debía de haber pensado lo mismo también, porque no respondió.

—¿Y qué era eso del abrigo que llevaba tu abuela?

—Parece como si la abuela hubiera querido ocultar algo; tal vez un embarazo.

Noah arqueó las cejas con un gesto que decía que él había pensado precisamente lo mismo.

—No sé si Wyatt te contó esta parte, pero es una posibilidad que mis hermanos y yo habíamos empezado a barajar hace tiempo, si acaso lo que se le arrebató a mi abuela fue un hijo, un bebé. Muchas de las cosas que ha dicho Emmalina podrían apuntar en esa dirección.

—Yo también pensé lo mismo —concedió Noah sin revelar si Wyatt le había contado nada—. Si fuera así, entonces Hector es más burro de lo que pensaba.

Marti estaba de acuerdo. De pronto pensó que a lo mejor no era capaz de aguantar el tamal en el estómago. Envolvió la mitad que no se había comido y se apartó un poco para que no le llegara el olor, antes de dar un sorbito de agua de su botella. Pero en lugar de calmarle el estómago, empezó a tener los peores ardores que había tenido en su vida.

—¿Tuvieron hijos Hector y su esposa? No he oído mencionar nada de eso.

—No, Hector y Gloria nunca tuvieron hijos.

—Entonces no fue como si de pronto tuvieran un bebé justo cuando la abuela salió de Northbridge.

Noah negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

—Supongo que no sabrás si hubo alguna pareja en esa época que fueran padres misteriosamente, ¿no?

—Lo siento; eso pasó veintiséis años antes de nacer yo.

Cuando Noah abrió su tercer tamal, a Marti le ardía tanto el estómago que retrocedió ligeramente sólo de verlo.

—¿Qué te pasa? —dijo él, notando su reacción.

—No es nada, tengo un poco de ardor —respondió ella, quitándole importancia—. Creo que a este bebé no le gustan las especias.

—Vaya... ¿Te encuentras mal?

Marti ya no pudo ni contestar; agarró la botella de agua con fuerza, como si fuera su sostén, y cerró los ojos para no mirar la comida que él acababa

de desenvolver. Pensó en tomar otro sorbo de agua y levantó la botella para dar un trago, pero Noah le agarró la mano y se lo impidió.

—No te conviene beber agua ahora —dijo él.

¿Cómo era posible que a pesar del terrible ardor de estómago, fuera más consciente del roce de la mano de Noah que de las molestias que tenía?

Abrió los ojos justo cuando él retiraba la mano; y en ese momento el ardor de estómago empeoró.

Noah se asomó a la bolsa de comida que había dejado en el banco junto a él y sacó un paquete de galletas saladas.

—Cómete una de estas galletas.

—¿Anda, y por qué las has comprado?

—Por si acaso; sé lo picantes que hace Emmalina los tamales y se me ocurrió comprarlas, por si acaso era demasiado fuerte para ti.

Marti abrió el paquete y empezó a mordisquear una galleta.

—¿Theresa sabe que vamos a tener un hijo?

¿Por qué la mención en plural le hizo sentir un escalofrío?

—No —respondió—. Aún no se lo he contado. No sé cómo se lo va a tomar, si se disgustará o no.

—A lo mejor al decírselo reacciona y cuenta algo de su pasado, si acaso tuviera que ver con un embarazo.

—No tengo ni idea —respondió ella.

Marti aún no se encontraba lo suficientemente cómoda como para contarle a nadie de la familia la verdad sobre cómo se había quedado embarazada y quién era el padre. Sólo de pensarlo se puso más nerviosa y se sintió peor.

Noah debió de darse cuenta porque rápidamente guardó la comida y se puso de pie.

—¿Sabes una cosa? No creo que hablar de tu abuela y de Hector Tyson vaya a solucionar nada ahora mismo. Vamos a dar un paseo y hablemos de otra cosa.

Marti quería hacer cualquier cosa que la ayudara a que se le pasara el malestar; sin embargo, al oír la sugerencia de Noah sonrió débilmente.

—¿Quieres decir que debo mandar el tema a paseo, dándome uno?

Noah se echó a reír.

—No he dicho eso. Veamos si un poco de ejercicio te ayuda a hacer la digestión.

Marti se levantó entonces y le acompañó a la camioneta, donde Noah dejó los tamales y la bolsa de comida en la parte de atrás. Entonces dieron la vuelta a la plaza, caminando por la acera.

Mientras Marti mordisqueaba las galletas y bebía sorbitos de agua cuando ya no podía más, Noah le contaba cosas de Northbridge y del viejo puente cubierto que le daba nombre a la ciudad. El puente había sido restaurado y la zona alrededor convertida en un parque que rivalizaría con el de Town Square. Sería inaugurado en junio.

Poco a poco, Marti comenzó a sentirse mejor, de modo que cuando volvieron donde estaba aparcada la camioneta, se le habían calmado las náuseas; y cuando Noah le preguntó si quería ver el puente, ella accedió, sobre todo porque no tenía ganas de despedirse de él.

El puente no estaba muy lejos de la pequeña ciudad. Cuando llegaron, Marti vio que la descripción de Noah no le había hecho justicia. Estaba pintado de un rojo óxido y sujeto a las orillas del río con sillares de piedra. El terreno que rodeaba el puente había sido convertido en un parque lleno de árboles, arbustos y flores.

Era precioso, y así se lo dijo Marti a Noah.

—Si te apetece caminar un rato, podríamos cruzar el puente. No lleva a ningún sitio, pero podemos cruzar al otro lado —sugirió Noah.

—De momento estoy bien, y las vistas son maravillosas; desde aquí se ve todo.

Él había trabajado también en el puente, y le señaló a Marti sus contribuciones antes de volverse hacia ella para mirarla mejor.

Por su parte, Marti también se volvió ligeramente hacia él, sabiendo que no se cansaba de mirarlo.

—¿Entonces, te sientes mejor? —le preguntó Noah.

—Sí.

—¿Mejor como para esto?

Sacó una chocolatina de un compartimento junto al volante y se la ofreció.

Al verla, Marti se echó a reír.

—Para eso, mejor aún —le confirmó ella.

Noah desenvolvió la chocolatina y cada uno tomó una mitad.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo entonces él.

—Claro.

—Siento curiosidad. Cuando hablamos la primera vez de tu decisión de tener un bebé, dijiste que para ti significaba seguir adelante, que era una afirmación de que estás viva... La mayoría de la gente no suele decir eso cuando va a tener un bebé. Pero el comentario que de verdad me dejó pensativo fue cuando dijiste que sólo había habido dos hombres en tu vida: yo y el hombre con quien deberías estar casada ahora.

—Ah...

—¿Entonces, quién es el hombre con quien deberías estar casada?

A Marti le pareció detectar ciertos celos en su tono; y se dijo que, si el tema de Jack no la entristeciera tanto, tal vez se habría sentido halagada. Pero de momento sólo sentía tristeza.

—Se llamaba Jack Mercer.

—¿Y, aparte de mí, sólo has estado con él?

—Sólo con él —confirmó Marti—. Nos conocimos en la guardería, lo creas o no.

—Por aquí eso es bastante común —dijo él—. También ésta es una ciudad pequeña. Si dos personas del pueblo se casan, normalmente se conocen desde que llevan pañales. ¿Pero lo de seguir por el mismo camino hasta llegar al altar, sin desviarse de vez en cuando con otras personas aquí y allá? Eso es otra historia.

—Bueno, ésta es mi historia. Jack y yo éramos almas gemelas, desde el principio.

—¿Os mirasteis por encima del tarro de pintura en la guardería y os enamorasteis?

—Más o menos. El nuestro fue un amor de niños que creció según nos fuimos haciendo mayores.

—Y ninguno de los dos...

—Nunca. Hasta que te conocí a ti, Jack era el único hombre, fuera de mi familia, que había besado.

—¿Y él?

—A no ser que tuviera algo de lo que yo no me enterara, y no tengo razón para pensar nada de eso, creo que él tampoco había besado a nadie salvo a mí.

—¿Entonces estabais todo el día juntos, y nunca salíais con otras personas?

—El caso es que no era así. No estábamos pegados el uno al otro. Cada uno teníamos nuestras amistades, otras personas con quienes salíamos, así que hacíamos también cosas por separado; yo tenía amigas, Jack tenía amigos, y los dos teníamos hermanos. Pero desde que nos conocimos, yo sabía que él era la persona con quien quería estar, ya fuera para ir a nadar, para salir de compras o para celebrar mi cumpleaños. Jack era la persona con quien quería compartir mis cosas, las novedades. Y a él siempre le gustaba estar conmigo, hacer cosas conmigo o hablar conmigo. No era nada planeado, tan sólo natural...

—Almas gemelas —repitió Noah.

Marti se encogió de hombros, deseando que no le doliera tanto pensar en lo bien que habían estado juntos Jack y ella, en cómo había creído que Jack era su otra mitad, como si sólo se sintiera completa cuando estaba con él. Le había costado tanto encontrar el modo de sentirse completa sin él...

—Era como si por casualidad hubiera encontrado de pequeña a la persona que había nacido para mí.

—¿Y estás segura de que sólo hay una persona en la vida?

Marti se encogió de hombros.

—Creo que ahora ya no lo sé.

Y lo cierto era que se temía que fuera verdad.

—Pero bien —empezó de nuevo, continuando donde lo había dejado—. Vivimos juntos durante los años de facultad, y también mientras Jack continuaba para acabar la licenciatura. Pero no queríamos casarnos hasta que Jack no hubiera terminado. No queríamos tener tantas ocupaciones cuando llegara el momento de planear nuestra boda. Pero cuando le quedaba poco para terminar, me regaló un anillo de compromiso y pusimos todo en marcha.

—¿Y eso fue hace mucho tiempo?

—El día de San Valentín hizo un año. Fijamos la fecha de boda para el veintiséis de julio del año pasado.

—Por eso ahora deberías haber estado casada con él —repitió Noah.

Por su comentario, Marti se dijo que Noah podría estar molesto.

—Sí —respondió sin preguntar.

—¿Entonces por qué no lo estás?

Incluso después de tantos meses, Marti tenía que hacer de tripas corazón para contarlo. Tomó aire con fuerza, sintiendo un nudo en el estómago.

—Jack falleció en un accidente de coche de camino a la iglesia —dijo con voz queda.

Noah se quedó visiblemente sorprendido, sin saber qué decir.

—¿Murió de camino a la iglesia, cuando ibais a casaros? —pronunció en tono incrédulo.

Marti asintió, queriendo contárselo sin volver a sentir todo el dolor que había sentido.

—El ministro de la iglesia pensó primero que el novio me había dejado plantada en el altar; pero yo sabía, todos sabíamos, que eso no podía ser verdad. Estábamos hechos el uno para el otro, éramos la pareja que todos envidiaban, lo que todas mis amistades deseaban para su relaciones de pareja. No había nada que Jack y yo deseáramos más que estar juntos, que pasar el resto de nuestra vida juntos.

Noah frunció el ceño.

—¿Qué hiciste entonces? ¿Esperar? ¿Cómo te enteraste?

—Por supuesto, todos empezamos a llamar, intentando averiguar dónde estaban Jack y su hermano, que era su padrino y el que le llevaba a la iglesia. Pero ninguno de los dos contestaba. Entonces unos amigos de Jack se fueron a buscarlos, y cuando volvieron fue con la policía.

Se le quebró la voz, pero consiguió aguantarse las lágrimas; se volvió a mirar al puente para distraerse con algo que no tuviera nada que ver con sus emociones.

Pero por el rabillo del ojo vio que Noah le acercaba la mano, tal vez para tomar la suya, o para abrazarla...

Se dijo que prefería que no lo hiciera, porque, si lo hacía, perdería el control y se echaría a llorar.

A lo mejor Noah adivinó su vulnerabilidad, porque apoyó una mano en el volante y el otro brazo sobre el respaldo del asiento, dejando que su mano rozara con naturalidad la parte de atrás del cuello. Eso pudo aceptarlo sin perder los nervios. De hecho, le resultó agradable y reconfortante.

—La policía me contó lo que había pasado —continuó Marti—. Alguien, seguramente serían unos chiquillos, había robado una señal de stop en una intersección a tres manzanas de la iglesia. Su hermano estaba herido, pero vivió. Jack murió en el acto.

El silencio que siguió era lo que ocurría normalmente; algo que Marti conocía bien.

—Lo siento tanto, Marti —pronunció Noah con sobrecogimiento, pasado un momento.

Marti asintió, puesto que había aprendido a aceptar el pésame que tantas veces había recibido desde la tragedia.

—Fue horroroso —dijo ella—. Cuatro días después tuve que ir al funeral de Jack en esa misma iglesia.

Noah le apretó suavemente la parte de atrás del cuello, y a Marti le sorprendió sentir tanto consuelo en la fuerza que le transmitió su mano.

La suficiente para poder volver a mirarlo e incluso para sonreír levemente, tratando de aliviar un poco la tensión.

—¿Es suficiente para apaciguar tu curiosidad? —preguntó Marti en tono ligero.

Noah sacudió la cabeza con incredulidad, antes de responder:

—No me lo habría podido imaginar.

—¿Y qué te imaginabas?

—Que habías roto con la otra persona y que lo habrías pasado mal. Pero esto... —sacudió de nuevo la cabeza con pesadumbre—. ¿Y has decidido tener el niño para empezar de nuevo y tratar de olvidar lo que pasó?

—Al principio pensé que jamás podría tener hijos si no era con Jack...

De pronto Marti se dio cuenta de lo mal que había sonado lo que había dicho.

—Lo siento, Noah, es que...

—No te preocupes, es comprensible.

—Bueno, pues sí, la verdad —continuó—. Pensé que no había mejor manera de afirmar la vida que teniendo un hijo. Y Jack era una persona a quien le gustaba disfrutar a tope de la vida, que veía como un regalo que había que aprovechar. Así que, aunque este bebé no sea de Jack, decidí que era un regalo y una aventura y una señal clara de que la vida sigue. A lo mejor es una señal de que tengo que continuar sin Jack, por un camino que no tiene nada que ver con él.

Noah asintió y arqueó las cejas de nuevo, con expresión un poco triste; y Marti decidió que debía darle una salida a esos pensamientos tan negros.

Así que sonrió de nuevo.

—De acuerdo, te he contado mucho más de lo que tú pensabas.

Tras un momento de silencio, Noah aprovechó la oportunidad que ella le había dado para cambiar de tema.

—¿Qué te parece venir a cenar conmigo a mi casa mañana por la noche?
Marti sonrió.

—De acuerdo —concedió, contenta de no haberle ahuyentado con su historia.

Como ya era tarde, decidieron irse a dormir; y de vuelta a casa charlaron de cosas triviales.

A los cinco minutos estaban en el porche de casa de su abuela, frente a frente, y Noah la miraba con expresión intensa.

—Siento haberte obligado a hurgar en el pasado —dijo él.

—No pasa nada —le aseguró ella.

Era cierto. Con las demás personas, Marti sentía como si sólo fuera la mitad que quedaba de una pareja perfecta, ideal. Pero con Noah era distinto, porque con él, Jack y la pérdida que había sufrido era parte de ella, pero no era lo único que tenía. Y le agradaba sentirse así.

Del mismo modo, le había agradado sentir el consuelo de Noah mientras le contaba el duro episodio. En ese momento le decía con la mirada lo mucho que le gustaba, lo a gusto que se sentía con ella...

Noah sonrió con picardía.

—Menuda compañía la mía, ¿verdad? Primero te doy unos tamales que te sientan mal, y luego te obligo a contarme lo peor que te ha pasado en la vida.

—Tú sí que sabes divertir a una chica, la verdad —respondió ella muerta de risa.

Pero a pesar de todo se lo había pasado bien con él; y de repente sólo podía pensar en el beso de despedida que le había dado la noche antes...

Empezó a pesar que Noah le leía el pensamiento, porque le retiró con cuidado un mechón de pelo que le caía sobre la frente, y continuó acariciándole la mejilla hasta la oreja, para terminar sujetándole la cara e inclinándosela ligeramente, mientras él se inclinaba también para besarla.

Tenía los labios un poco más entreabiertos que la noche anterior, su aliento era suave y olía a la chocolatina de menta que se habían tomado, y Marti lo besó con ganas, tratando de aprovechar al máximo el momento.

Noah la estrechó contra su cuerpo y empezó a besarla apasionadamente. Le deslizó la mano a la nuca para sujetarle la cabeza con delicadeza y poder así besarla mejor, y cuando empezó a jugar con su lengua, todo dejó de existir salvo aquel beso que parecía insuflarle vida a Marti.

Y aunque fue un beso largo e intenso, mucho más largo que el del día anterior, cuando Noah empezó a retirarse, Marti sintió que deseaba mucho más.

Pero finalmente Noah rompió el contacto de los labios y apoyó la frente contra la frente de Marti.

Notó por su respiración jadeante y el calor que desprendía que él sentía lo mismo que ella, que no habría querido parar. Sin embargo, Noah no la besó más.

Sintió que tomaba aire, la flexión de su espalda y de sus hombros, antes de suspirar largamente, como si tuviera que dominarse y no quisiera hacerlo.

Noah se puso derecho y se apartó un poco; entonces la miró a los ojos y esbozó una sonrisa sensual con esos labios que acababan de besarla, esos labios que Marti deseaba de nuevo.

Noah aspiró hondo y la besó de nuevo brevemente antes de apartarse de ella.

—Entonces te veo mañana por la noche.

—Sí —respondió Marti con firmeza.

Se dieron las buenas noches y él se montó en su camioneta y se marchó. Sólo entonces Marti entró en casa y subió a su dormitorio.

Si la intención de Noah había sido besarla para hacerle olvidar todo lo que había vivido en los meses pasados, desde luego lo había conseguido.

Porque incluso mucho después, cuando estaba ya tumbada en la cama para dormir, sólo podía pensar en Noah y en sus besos.

Capítulo 10

NOAH trabajó todo el día siguiente en el ático de Theresa, así que sólo vio a Marti una vez. Cuando lo hizo, le preguntó si finalmente cenarían juntos en su casa esa noche.

—Bueno, tendrás que esperar para ver si voy o no —bromeó Marti.

De modo que cuando a las siete de la tarde Noah fue a abrirle la puerta de su casa, la saludó con una sonrisa agradable.

—Me alegro que decidieras venir.

Como no se movían de la puerta, Marti empezó a preguntarse por qué él no la invitaba a pasar.

—He traído unas galletas de chocolate caseras para el postre.

—Qué bien. Lo único que tenía de postre eran chocolatinas otra vez; no sabía qué más podría gustarte.

—La verdad es que me gusta el chocolate de cualquier forma —dijo Marti.

A lo mejor era por el embarazo, pero los vaqueros le apretaban un poco y tenía los pechos tirantes y cada día más grandes, de manera que apenas le habían entrado en el sujetador incorporado a la camisola azul marino que se había puesto esa noche. De hecho enseñaba un poco del canalillo, algo que antes nunca le había pasado.

Noah se fijó también en su escote antes de levantar la vista y mirarla a la cara. Fue entonces cuando le dijo por qué no la había invitado a pasar.

—Acabo de comprarme esta casa hace unos meses y la estoy renovando poco a poco. Así que está un poco desordenada, y la mayoría de los muebles los tengo aún en el sótano. No es el mejor momento para invitar a nadie a casa, pero espero que a ti no te importe.

—No me importará, te lo aseguro —respondió, muy contenta de estar allí con él como para pensar en esas cosas.

Noah se había duchado y cambiado de ropa, después de todo el día de trabajo. Tenía el pelo despeinado y brillante, y olía a aquella maravillosa colonia que olía a bosque, a madera. Marti se preguntó cómo era posible que estuviera tan guapo sólo con unos vaqueros gastados y una camiseta negra. Seguramente porque la camiseta ceñía su torso musculoso, que ella misma había visto esa tarde cuando Noah se había quitado la camiseta porque en el ático hacía mucho calor.

Su anfitrión la invitó finalmente a pasar y empezó a hablarle de su recién adquirida propiedad, que se encontraba a tres kilómetros de Northbridge.

—Sin contar la terraza, que se añadió hace unos años, la casa tiene cincuenta años y necesita unos arreglos; de todos modos ha sido una buena inversión.

Marti vio que la casa necesitaba muchos arreglos, pero mientras Noah se la enseñaba se dijo que también tenía muchas posibilidades. Noah le enseñó el salón, que estaba a medio pintar, y después la cocina, que era de estilo rústico.

—Como te he dicho, la terraza es lo más nuevo, así que pensé en cocinar fuera, en el patio de atrás. Estoy preparando la barbacoa —añadió cuando salieron al patio—. Dime qué te traigo de beber antes de salir.

Noah sirvió dos vasos de té helado, que sacó fuera a una enorme terraza techada de madera de secuoya, con una barandilla alrededor, con lo cual parecía una isla en el terreno sin plantar que se extendía hasta un viejo cobertizo rojo.

—Con el tiempo plantaré césped para que sea un jardín de verdad —continuó Noah—. De momento lo utilizo como cerca para mi burra Dilly —le explicó, señalando un burro de orejas grandes que caminaba en la distancia.

—¿Tienes un burro? —se maravilló Marti—. ¿Es tu mascota, en lugar de un perro o un gato?

—No sé, pero me gusta —dijo él.

Marti se echó a reír, encantada al descubrir aquella faceta de él.

Tomó un sorbo de té helado y observó a Noah. Éste levantó la plancha de metal que cubría la barbacoa para poder colocar dos filetes en la parrilla, donde había una sartén de verduras a la plancha para que no se enfriaran.

Cuando los filetes estuvieron listos, Noah los sirvió con las verduras a la plancha, las patatas asadas, una ensalada que sacó de la nevera y pan.

—Aparte de maestro de obras, también eres cocinero —dijo Marti mientras cortaba un pedazo de la succulenta carne.

—Qué va —respondió él—. Si es algo que se pueda hacer a la parrilla y que no necesite más que un poco de sal y pimienta y salsa barbacoa, lo hago. Por lo demás no tengo ni idea de cocinar. ¿Y tú?

—La verdad es que a mí me gusta cocinar —dijo Marti, mientras seguían comiendo—. No preparo nada especial, pero soy capaz de hacer un plato que no lleve sólo sal, pimienta y salsa barbacoa.

Charlaron durante toda la comida sobre lo que les gustaba y lo que no les gustaba; pero cuando estaban terminando de comer, Marti cambió de tema y se aventuró a preguntarle algo que llevaba toda la noche rondando el pensamiento.

—¿Le has contado a tu familia que vas a tener un bebé?

—Aún no.

—¿Y cómo crees que reaccionarán cuando se lo cuentes?

Él se encogió de hombros.

—Se preocuparán por mí.

A Marti no le gustó lo que dijo. ¿Por qué iba a estar su familia preocupada porque fuera a ser padre? ¿Lo habría dicho porque pudiera repercutir negativamente en el bebé?

—¿Hay algún enfermedad hereditaria en la familia que pudiera preocuparles? —preguntó ella.

—Que yo sepa, no. Además, no he dicho que mi familia se preocupara por el bebé, sino por mí.

—¿Pero por qué? —insistió Marti.

Marti no comprendió por qué Noah sólo fue capaz de responder arqueando las cejas.

—¿Es la hora de las galletas! —exclamó Noah, como si ella no le hubiera preguntado nada.

—No me puedes dejar con la duda, Noah.

—¿Y si te enseño la casa? —respondió, en lugar de volver a lo que habían estado hablando, mientras se dirigía a la puerta de atrás de la cocina con los platos en la mano.

Aunque también podría ser una estrategia para que ella le ayudara a recoger la mesa. De todos modos, Marti recogió el resto de los platos y lo siguió a la cocina.

Por supuesto, su intención era que él le contara lo que no le había querido explicar.

Noah continuó respondiendo con evasivas a las preguntas de Marti, mientras le enseñaba la casa.

En el piso de abajo estaban la cocina, el lavadero, un baño y el salón; en el de arriba había tres dormitorios y otra habitación. La pintura, el papel pintado y la instalación eléctrica eran del año de la pera, y Noah le comentó que aún tenía que arreglar todo eso.

Después Marti sacó la bandeja de galletas que había preparado y los dos volvieron a la terraza a tomar el postre. Ella dejó la bandeja sobre la mesa, mientras Noah encendía unas velas.

El resplandor dorado le permitió estudiar su expresión. Marti tenía tan cerca aquel torso ceñido por la camiseta negra que empezó a sentir algo cálido y agradable por dentro, cada vez más ensimismada en su contemplación...

—Galletas de chocolate negro, de chocolate blanco...

Marti volvió a la realidad, pero le costó un esfuerzo enorme.

—Me encantan las chocolatinas de chocolate blanco suizo; las corto en pedacitos para preparar estas galletas. También llevan coco y un ingrediente secreto que no pienso revelar —dijo, sabiendo que estaba hablando demasiado, para intentar compensar sus errantes pensamientos.

—No llevan nueces —comentó Noah, después de probar una—. ¿Caramelo, tal vez? —adivinó.

Marti se limitó a sonreír misteriosamente, mientras intentaba no pensar en lo guapo que estaba Noah. Pero le resultaba muy difícil, porque le parecía que cada vez que lo veía su presencia la afectaba más y más.

Sin embargo, se dijo que debía volver al tema de por qué su familia reaccionaría con preocupación cuando se enterara de que iba a tener un bebé.

—Muy bien, quiero saber por qué tu familia se va a preocupar por ti cuando les cuentes que vas a tener un hijo.

Él se terminó la galleta y tomó otra, mientras ella se metía una en la boca y daba un mordisco. Ninguno de ellos estaba sentado a la mesa, y pasado un

momento que a Marti se le antojó eterno, Noah se acercó a la barandilla y apoyó un pie en uno de los travesaños.

—Siempre he tenido mala suerte con los niños —dijo él.

—¿Quieres decir que te ha vuelto a pasar, después de lo que pasó en tu adolescencia?

—Me temo que sí.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Marti, acercándose un poco a él.

—Pues... Hace unos cuatro años conocí a una persona que tenía un hijo. Estaba divorciada, y se había venido a la ciudad a empezar de nuevo. Compró una casa y me contrató para hacerle algunas obras. Nos gustamos de inmediato. Se llamaba Angie Marconi, y su hijo Erik. El niño acababa de cumplir tres años cuando lo conocí, y era un niño muy travieso.

Noah sonrió, y Marti comprendió que en el fondo se lo había pasado bien con el niño. Pero había en su sonrisa suficiente pesar como para saber que aquello no había terminado mucho mejor que el embarazo de su novia adolescente.

—Erik era todo un personaje —continuó Noah, recordando con afecto—. Tenía un cinturón de herramientas de juguete y todos los días, cuando yo llegaba a trabajar, él se lo ponía para ayudarme con todo lo que yo hacía. Angie pensaba que tal vez me molestara, pero a mí no me importaba tener al niño conmigo. Era como tener un entretenimiento mientras hacía mi trabajo.

Marti se terminó la galleta, esperando que la historia no terminara pasándole algo malo al niño.

—Bueno —continuó Noah—. Como he dicho, Angie y yo nos llevamos bien desde el principio. Después de lo que me había pasado con Sandy en el instituto, había salido con chicas, había tanteado el terreno, pero no había ido en serio con nadie. Tenía miedo, la verdad. Pero Angie me gustaba mucho; estaba loco con Erik, y los tres formábamos un buen equipo. Angie quería tomárselo con calma, su matrimonio con el padre de Erik había terminado mal, y después había tenido varios fracasos sentimentales porque tenía un hijo. Así que nos lo tomamos con calma. Sin embargo, todo iba cada vez mejor, y un año después le pedí que se casara conmigo.

Marti le había preguntado antes si estaba casado, pero por alguna razón no se le había ocurrido que pudiera haberlo estado.

—¿Entonces estás divorciado?

Noah negó con la cabeza.

—¿Ella te rechazó?

Él se echó a reír.

—No, me dijo que sí. Pero como todavía tenía miedo de ir deprisa, me sugirió que viviéramos juntos una temporada.

—¿Y te fuiste a vivir con ella?

—Sí. Me fui a vivir con ella y con Erik.

—¿Y todo siguió bien?

—De maravilla. Como te he dicho, los tres nos llevábamos muy bien. Ella no tenía prisa por fijar una fecha de boda, pero cuando llevábamos casi dos años viviendo juntos, decidió que había llegado el momento de casarnos. También empezamos a hablar de la posibilidad de que yo adoptara a Erik.

Cuando Marti se volvió a mirar a Noah, vio que éste miraba al vacío con expresión ceñuda, y entendió que había sido entonces cuando había habido algún problema.

—El ex de Angie era alcohólico; por eso se había divorciado de él. No le había dado nada de dinero por el niño ni había querido saber nada de Erik desde que el niño había cumplido dos meses, así que Angie no pensó que pudiera haber ningún problema a la hora de que renunciara a sus derechos como padre, para que yo pudiera ser el padre legal de Erik. Porque para entonces me sentía así, como el padre del niño. De modo que buscó a su ex y fue a verlo para hablar del asunto.

—Pero no salió como habíais planeado —dijo Marti al oír el tono grave de Noah, que le indicó que algo había ido mal en ese momento.

—No —le confirmó Noah con solemnidad—. Cuando Angie volvió a casa, empezó a comportarse de un modo extraño, y se mostró fría y distante conmigo. Las primeras veinticuatro horas que pasó en casa después de regresar no quiso responder a mis preguntas sobre su ex y el tema de la custodia del niño. Luego llevó a Erik a dormir a casa de una amiga la segunda noche porque dijo que teníamos que hablar.

—Parece que eso siempre augura algo nefasto —observó Marti al ver que él se ponía tenso.

—En mi caso así fue —concedió Noah—. Me dijo que su ex había dejado el alcohol, que tenía un empleo, y que no sólo no iba a renunciar a

su derecho como padre, sino que quería una segunda oportunidad con su familia.

—¿Y se agarró a eso? —dijo Marti con incredulidad.

Noah se encogió de hombros; su expresión mostraba cierto enojo.

—Dijo que nunca lo había olvidado del todo; pero para mí fue una nueva noticia, ya que nunca me había comentado nada. Esa noche me dijo que la bebida había trastornado su personalidad, y que como había vuelto a estar sobrio y había dejado el alcohol, se había dado cuenta de que era el mismo hombre de quien se había enamorado. Y como Erik era suyo... —Noah negó con la cabeza—. En definitiva, que ella también quería volverlo a intentar.

—¿Y cortó la relación contigo, entonces?

Noah asintió con pesar.

—Sí, cortó conmigo.

—¿Y se llevó al niño a quien tú tratabas como a un hijo, así como así?

—Exactamente. Traté de hacer algo, de conseguir derechos de visita, pero yo sólo era su novio, ni siquiera estábamos casados, y no tenía ninguna relación de parentesco con el niño; así que el juez no me lo concedió.

—Supongo que lo querías mucho —concluyó Marti, imaginando el dolor de Noah—. Debió de ser horrible para ti.

—Erik era como un hijo para mí —reconoció Noah en el silencio de la noche—. Cuando esto pasó, el niño tenía ya seis años, y yo había estado con él casi tres. Lo había llevado a su primera guardería, le había comprado la primera bicicleta y le había enseñado a llevarla sin ruedines.

—Entonces fue como si perdieras a un hijo —dijo Marti.

—Sí, fue como dices —concedió en tono grave.

—Y ni siquiera fue porque hubieras hecho nada.

—No sé si eso lo hizo más o menos difícil; pero no, yo no tuve nada que ver con su decisión.

Marti no supo decir si habría sido mejor o peor, tampoco; pero sintió su frustración, su desconsuelo.

—¿Cuándo rompisteis? —le preguntó en voz baja.

—Hará un año, más o menos. Así que entre lo del instituto, y luego lo de Erik... Bueno, ahora comprenderás por qué mi familia se podría preocupar por mí.

Marti asintió, sabiendo que, si uno de sus hermanos estuviera en la misma situación, ella también se preocuparía.

—Por eso fuiste a ver al abogado el día después de decirte que el bebé era tuyo, ¿no? —adivinó Marti, recordando lo que él le había dicho el lunes por la noche en la cafetería—. Querías informarte sobre lo que tendrías que hacer para proteger tus derechos como padre.

Él volvió la cabeza para mirarla e hizo una mueca ligera.

—Sí, pero no olvides que no seguí las sugerencias del abogado. Pero como te he dicho, he tenido mala suerte con el tema de los niños en mi vida.

—La verdad es que sí —dijo Marti con lástima—. Y a lo mejor también con las mujeres.

Noah se echó a reír con ironía.

—Eso no puedo discutírtelo, la verdad —añadió—. Pero tú eres distinta a las demás —continuó Noah mientras la miraba en la oscuridad creciente—. Distinta a Sandy, a Angie y a la mayoría de las mujeres con las que he salido.

—¿En qué sentido?

—Bueno, para empezar no tienes dieciséis años. Y aunque supongo que lo que más te gustaría del mundo sería poder tener otra oportunidad con Jack, eso no va a ser posible. En cuanto a las otras —le echó una sonrisa pícaro—, tú eres mucho más el prototipo de la novia de América que una de esas chicas a las que les gusta beber cerveza y jugar al billar. Salí con una así y un día la pillé besando a otro tipo en un vestuario. Que yo sepa, tu trabajo no te obsesiona hasta el punto de llevarte el móvil a la ducha o llamarme por el nombre de tu asistente personal en los momentos más inoportunos...

—¡Saliste con una mujer así! —adivinó Marti.

Vio que estaba haciendo un resumen de su experiencia con otras mujeres para hacer que el tono de la conversación fuera más ligero, y Marti se alegró.

—No tienes tres perros, seis gatos, cuatro pájaros, un hurón y una iguana domesticada corriendo por todas partes, ¿no? —continuó.

—No —rió Marti.

—Y tuviste oportunidad de robarme la cartera del escritorio de mi despacho cuando te estaba enseñando la casa y no lo hiciste.

Marti rió de nuevo.

—La verdad es que menudo mal gusto tienes para las mujeres —comentó ella.

—También tuve novias majas, fueron lo más destacado de mi vida amorosa —dijo con la picardía suficiente en su sonrisa como para hacerle dudar de si sería verdad o no.

Entonces se acercó lo suficiente para agarrarle del brazo y tiró de ella para acercarla más a él.

—Creo que mi gusto por las mujeres mejoró considerablemente en Denver hará unos meses —dijo él, como si le estuviera contando algo que no tuviera nada que ver con ella—. Cuando estuve allí conocí a una preciosa mujer de pelo rubio, ojos azul plateado y piel aterciopelada. Ella había bebido un poco más de la cuenta, y yo también; lo suficiente como para no poner cuidado. Ella me dejó que me la llevara al huerto, pero yo sabía que no era algo que ella hiciera a menudo. Me di cuenta enseguida de que era una buena chica; además, era dulce, inteligente, independiente, sensual... y bastante divertida.

—Parece una chica estupenda —bromeó Marti, que por muy agradable que le pareciera todo lo que decía, empezaba a sentirse cortada.

—Creo que podría serlo, sí —dijo él en tono más íntimo mientras la miraba fijamente a los ojos.

Entonces la tomó entre sus brazos y la besó.

Sorprendida por el beso, Marti le plantó las manos en el pecho y respondió a su beso, deleitándose con toda esa musculatura que la envolvía.

Él abrió los labios y ella también, y desde ese mismo momento siguieron en perfecta sincronía. Tanto que cuando él le deslizó la lengua en la boca, ella estaba lista para jugar con la suya.

La abrazó y apretó sus caderas contra su cuerpo; tanto que estaba casi inclinada sobre la pierna que él aún apoyaba sobre la barandilla. Y al tiempo que Marti intentaba dominarse, se le ocurrió que podría montarse a horcajadas sobre su pierna, aunque sólo fuera un poco...

Pero no lo hizo, y continuó besándolo, aceptando la urgencia de su boca, enredando la lengua con la suya y dándole todo lo que recibía.

Sopló una brisa suave que a Marti se le antojó fresca; tal vez por el calor que sentía de pronto... El beso de Noah despertó en ella un torbellino de sensaciones placenteras por las que ella se dejaba llevar con abandono.

Sus doloridos pezones dejaron de sentir dolor, mientras le ceñían con urgencia la tela de la camisola. Marti deseaba acariciar algo más que su pecho, y sintió de nuevo un deseo irrefrenable de montarse sobre su pierna.

Sin embargo, tan solamente dio rienda suelta al deseo de acariciarlo y así trazó el contorno de sus marcados bíceps, de sus hombros anchos, de su cuello fuerte.

Con una mano le acarició la nuca mientras le deslizaba la otra por la espalda, tan fuerte y potente como se la había imaginado.

Él tenía la boca abierta y la provocaba con los movimientos sensuales de su lengua, de tal modo que Marti empezó a pensar en algo más que en los besos.

Separó las manos y se las plantó sobre la espalda, para apretarla contra su pecho. Cuando sus pezones rozaron su pecho, se le pusieron todavía más duros; lo suficiente como para sentir un deseo que no habría imaginado posible.

La pasión tomó las riendas, y Marti lo besó con una intensidad y un atrevimiento que hasta a ella misma sorprendió.

Él debió de tomárselo como una invitación, porque al instante comenzó a acariciarle la espalda, los costados, los pechos turgentes...

Noah hizo una pausa, y Marti entendió por qué: estaba dándole la oportunidad de pararle los pies.

Pero no lo hizo.

Noah era delicado y fuerte, y Marti sintió que se desperezaban sus sentidos bajo sus caricias, que florecían, pidiendo más, deseando sentir aquellas manos sobre su piel, sin la barrera de la camisola...

Noah la besaba con una pasión urgente, y tal vez fuera su deseo lo que impulsivamente le llevó a meterle la mano por debajo de la camiseta para acariciarle mejor. Marti no fue la única que suspiró de placer cuando por fin las manos de Noah le rozaron la piel.

Si antes había disfrutado con sus caricias, no se podía comparar con lo que sintió en ese momento. Jamás había sentido nada tan especial, y el suave quejido que brotó de su garganta, la indolente postura de su espalda arqueada o la tensión en sus pezones debieron de sugerirle lo excitada que estaba, porque su beso se volvió aún más apasionado, acompañado de anhelantes jadeos, mientras la apretaba contra su cuerpo con tanta violencia que Marti no tuvo otro remedio que acoplar sus piernas entre la pierna de él.

Y cuando lo hizo, él dobló la rodilla lo suficiente como para rozarle en la entrepierna, demostrándole que el embarazo no sólo le había sensibilizado los pezones, sino también otras partes de su cuerpo.

No había mentido cuando le había dicho que no había demasiados muebles en la casa. Pero había una cama en su dormitorio; Marti la había visto. De pronto sólo podía pensar en esa casa, en que él la llevara allí, la desnudara y le hiciera el amor para que no fuera sólo un recuerdo vago y nebuloso, que era lo único que tenía de lo que había pasado entre ellos.

Se preguntó si estaría bien, si debería... ¡Lo deseaba tanto!

Se apretó un poco más contra su pierna, y él levantó el muslo un poco más para tocarla mejor...

Ya habían pasado una noche juntos, aunque ella no la recordara bien. Y prueba de ello era el hijo que esperaban. Siendo así, podría volver a acostarse con él.

Pero el pensamiento del bebé fue lo que terminó de despertarla. El hijo que iban a tener era lo único que les unía, su único vínculo.

De no ser por ese hijo, no estarían juntos en ese momento, y menos así.

En esa ocasión fue ella la que le plantó las manos en el pecho y se apartó de él, de sus labios ardientes, de sus besos eróticos.

Él comprendió sus deseos y la soltó.

—Si no estás cómoda en la terraza, podemos ir a otro sitio —dijo, asintiendo con la cabeza hacia el interior de la casa.

Marti suspiró.

—Eso es lo que temo.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó en tono de fastidio—. Porque sabes que no tienes por qué tenerme miedo, Marti...

Eso lo sabía bien.

—A lo mejor soy yo quien me doy miedo —confesó Marti.

Noah le buscó la mirada, y Marti se dijo que él debía de saber que no le costaría mucho hacerle cambiar de opinión.

Pero al final Noah respetó sus deseos y se limitó a asentir. Le agarró de las caderas y la apartó de él con delicadeza, antes de bajar la pierna que tenía apoyada sobre el travesaño de la barandilla.

—Y bien... —dijo mientras suspiraba—. ¿A qué quieres jugar? ¿Al ajedrez? ¿A las damas? ¿O prefieres ver una película? ¿Con qué puedo distraerte si no es conmigo?

Marti sonrió.

—Se está haciendo tarde; creo que debería irme a casa.

Sobre todo porque estaba segura de que, si se quedaba más tiempo, no podría resistirse a él.

Él la acompañó hasta el coche, y Marti se montó enseguida, porque sabía que, si le dejaba besarla otra vez, estaría perdida.

Noah le cerró la puerta, y cuando ella se acomodó en el asiento, él apoyó ambas manos en el marco de la ventanilla abierta y se asomó dentro.

—Te veré mañana, entonces.

—¿Vas a trabajar un sábado? —preguntó ella, contenta porque había pensado que no lo vería hasta el lunes.

—Tengo una jefa muy estricta —bromeó Noah.

—Eso he oído —dijo ella, esperando que él la besara de nuevo, a pesar de haberle dado todas las indicaciones para que no lo hiciera.

Pero Noah se apartó del automóvil y dio un golpe en el techo.

—Hasta mañana —añadió.

Marti asintió.

—Hasta mañana —respondió, antes de arrancar el motor y meter la marcha, deseando que él se adelantara y la besara una vez más...

Incluso alzó la barbilla ligeramente para mirarlo, como queriendo decirle que había cambiado de opinión y no quería marcharse.

Pero en lugar de adelantarse, Noah retrocedió un paso más y se apartó de su camino.

Marti sonrió, con la esperanza de que él no notara su pesar ni le leyera el pensamiento, y dio marcha atrás despacio.

Y aunque él le dijo adiós con la mano, a Marti le dio la impresión de que se había quedado frustrado.

O tal vez fuera su propia frustración la que le hizo verlo así. Porque lo que quería en realidad era olvidarse de todo y que Noah se la llevara a la cama.

Capítulo 11

NOAH, ven corriendo!

—Tranquila, abuela, no es nada...

Marti quería asegurarle a su abuela que no pasaba nada, que sólo era un pequeño mareo.

Se golpeó contra la mesa de centro, dio un traspié y acabó sentada en el sofá, a media partida con su abuela.

Pero a pesar de los intentos de Marti por calmar a Theresa, la abuela siguió chillando de manera frenética hasta que consiguió que Noah entrara corriendo de la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó él asustado.

—Nada —respondió Marti sin convencimiento, mientras sentía un mareo intenso que le provocaba náuseas y le impedía fijar la vista.

—¡Sí que le pasa algo! —insistió Theresa—. ¡Mírala, Noah! Se le cayeron los dados al suelo, y cuando fue a recogerlos se puso pálida de repente y se sentó encima del tablero del Monopoly. ¡Está enferma!

Noah se arrodilló delante de ella y le tomó las manos. Marti abrió los ojos y notó que estaba preocupado pero tranquilo al mismo tiempo, listo para hacer lo que hiciera falta.

—Estoy mareada —le confirmó Marti, para que no se preocupara por nada más—. La abuela se ha asustado, pero en realidad no es nada...

—¿Y qué puedo hacer por ti? ¿Te traigo un vaso de agua? —le preguntó, mientras Theresa empezaba a balancearse en la mecedora con movimientos frenéticos.

—Se me va a pasar, ocúpate de la abuela —dijo Marti, aunque le gustara tener a Noah allí cerca de ella.

Pero Theresa había tenido un día un poco malo. Se había sentido desorientada y deprimida, se había negado a comer y había pasado la mayor parte de la tarde durmiendo. Por eso Marti había rechazado la invitación de Noah para ir al baile del Spring Fling que se celebraba esa noche en la ciudad. Con la ayuda de Mary Pat, había intentado mantener ocupada a Theresa. Así que cuando la abuela había preguntado si había helado en casa, Mary Pat había ido a buscar una tarrina de helado; y ambas habían hecho lo posible para sacar a Theresa de aquella crisis que parecía más aguda que las habituales. Marti sabía que, si la alarmaba más, con lo fácil que era asustar a su nerviosa abuela, no serviría de nada.

—Estoy bien, de verdad —le dijo a Noah, que seguía con ella.

Él vaciló un momento, pero hizo caso a Marti y le dio un apretón en la mano antes de levantarse para ayudar a su abuela.

—No pasa nada, Theresa. Marti sólo está un poco mareada. Será porque se ha levantado muy deprisa; a ti también te habrá pasado alguna vez, ¿no? —añadió en tono ligero, intentando quitarle importancia.

Pero Theresa no parecía convencida.

—Creo que está enferma —insistió la anciana, cada vez más inquieta—. ¿No deberíamos llamar al médico? ¿No deberías llevarla al hospital, Noah? Mary Pat es enfermera. ¡Ella debería saberlo!

—Mary Pat acaba de salir a por helado, ¿no? Quería tomar un poco el aire mientras terminábamos la partida —le recordó Noah—. Volverá de un momento a otro, pero hasta entonces, no creo que tengamos que llamar a un médico ni...

—Abuela, de verdad que estoy bien —dijo Marti, al ver que su abuela seguía preocupada—. Estoy embarazada —añadió, esperando que la noticia, en lugar de disgustar a su abuela, le proporcionara un poco de calma—. Me mareo por el niño a veces. Pero se me pasará, siempre se me pasa.

Se produjo un silencio en la habitación, y Marti supo que había sorprendido a su abuela.

—¿Vas a tener un bebé? —le oyó decir a Theresa—. Pero no estás casada, ¿verdad?

Marti tragó saliva y aspiró hondo.

—No, tienes razón, no estoy casada —le confirmó al percibir la confusión de su abuela.

—Ha sido Hector, ¿verdad? —dijo Theresa, cada vez más asustada y confusa—. ¡No dejes que te quite al bebé, Marti! ¡No hagas caso de lo que te diga! Te dirá que te ama, pero no dejará a su esposa. Te dirá que aceptes el dinero y te marches donde nadie te conozca, pero si dejas que te quite al bebé, te arrepentirás después. Nunca sabrás si es niño o niña, ni dónde está, ni lo que fue de él... ¡Te vas a arrepentir, Marti! Te vas a arrepentir...

Marti se quedó sorprendida, aturdida. El mareo regresó con violencia. Se puso nerviosa porque había disgustado de nuevo a su abuela, haciéndole confesar algo que la mujer se había negado hasta entonces a contárselo a nadie.

—Abuela...

Marti experimentó una sensación de náusea tan fuerte que pensó que perdería el conocimiento.

Noah debió de darse cuenta de su malestar, porque le puso la mano en el hombro para consolarla un poco.

—Aspira hondo. ¿Puedes poner la cabeza entre las piernas?

Ella se estremeció sólo de pensar en hacerlo; porque si lo hacía, sin duda echaría a perder la cena.

—Estoy bien... —susurró débilmente—. Ocúpate de la abuela, por favor... Llévatela de aquí, para que no me vea...

—¿Tú crees?

Marti asintió.

—Ve.

Noah le apretó suavemente en el hombro, y Marti oyó que decía:

—¿Sabes una cosa, Theresa? Te he colgado el columpio en el porche y aún no lo has visto. Es tarde y no hay nadie alrededor, además, fuera se está muy bien. ¿Por qué no salimos un momento y dejamos que Marti se relaje un poco?

—¡Pero el bebé! Hector...

—Voy a contarte un secreto...

Con los ojos entrecerrados y ligeramente tumbada en el sofá, Marti vio que Noah le tomaba la mano a su abuela y se la colocaba en el brazo con gesto cariñoso.

—El bebé de Marti es mío —le confió al oído—. Hector no tiene nada que ver en esto, y no le permitiré que se acerque a ella.

La suave voz de Noah no sólo tranquilizó a Theresa, sino que incluso Marti empezó a notarse un poco mejor.

—¿Pero qué pasa con mi bebé, Noah? —preguntó Theresa con pena—. ¿Puedes conseguir que Hector te cuente qué hizo con él? Quiero que me lo devuelva. Por eso volví a casa, para recuperar el bebé que Hector me quitó.

—Sabes, Theresa, entiendo que debió de ser algo horrible para ti. Lo que tú sientes...

—¿De verdad que lo entiendes?

—Te lo prometo. Y te juro que ayudaré a Marti, a Ry y a Wyatt a hacer lo que sea para compensarte. Pero esta noche no podemos hacer nada. Así que salgamos al porche a ver el columpio nuevo, y dejemos que Marti descanse un poco y se tranquilice. Estoy seguro de que luego ella misma saldrá a estar con nosotros. ¿Qué te parece?

Theresa apenas salía de la casa, y en ese momento vaciló un poco.

Pero cuando Marti pensaba que diría que no, la mujer pareció tranquilizarse un poco.

—Siempre quise tener un columpio en el porche.

—Lo sé. Me lo dijiste la semana pasada, ¿te acuerdas? Por eso te lo he puesto. Me dolería mucho si no salieras a echarle un vistazo por lo menos.

Y para sorpresa de Marti, su abuela salió con Noah.

Una hora después del mareo y de anunciarle a su abuela que estaba embarazada, Marti se sentía bien otra vez; como si no hubiera pasado nada.

Había tomado un poco de helado cuando Mary Pat había vuelto con una enorme tarrina, y luego Marti había ayudado a la enfermera a acostar a Theresa. Después de eso, Mary Pat se había ido también a dormir.

Marti volvió al porche, donde reinaba la calma y la quietud, y donde Noah la esperaba pacientemente.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó Noah nada más salir.

Estaba sentado en el columpio de madera que había utilizado para sacar a su abuela de casa. Tenía una pierna totalmente estirada sobre el columpio, y la otra apoyada en el suelo; uno de los brazos estaba estirado sobre el respaldo del asiento y el otro sobre su cabeza, de modo que la camisa blanca que llevaba puesta ceñía suavemente su torso perfecto.

—¿Enfadada contigo? ¿Bromeas? —dijo mientras se acercaba al columpio y se sentaba con una floritura exagerada—. De hecho, me inclino ante tu genialidad; cómo has sido capaz de hacer reír a mi abuela es aún un misterio para mí. ¿Por qué iba a estar enfadada contigo después de lo que has hecho?

Noah le tomó la mano y, al igual que había hecho la noche antes en su terraza, tiró de ella para tenerla más cerca. Sólo que esa noche no se quedó ahí, sino que Marti acabó sentada entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho.

Noah le echó un brazo por delante y con la otra mano le sujetó su cabeza contra su hombro. Y aunque Marti no estaba segura de que fuera lo más conveniente, apoyó la pierna en el asiento y enganchó las manos alrededor de su brazo, quedándose allí cómodamente, como si fuera algo que hubiera hecho cientos de veces.

—Pensé que a lo mejor no te había gustado que le dijera a tu abuela que el bebé es mío —dijo él entonces.

—Ah, eso... No, no estoy enfadada. ¿Cómo iba a estarlo cuando yo acababa de soltarle que estoy embarazada, disgustándola aún más de lo que ya lo estaba ella?

—Cuando uno hace lo posible por esperar el momento adecuado, surgen estas cosas.

—Pensé que se sentiría mejor sabiendo que no era nada serio. Pero me ha quedado claro que no ha sido lo más inteligente por mi parte. Pero como cuando le has dicho que el bebé es tuyo se ha tranquilizado, creo que ha estado bien que se lo dijeras.

—Pero a ti no te ha hecho mucha gracia.

—Está bien. Preferiría habérselo contado primero a mis hermanos; pero con la abuela nunca se sabe, a lo mejor ni siquiera se acuerda mañana. Mira lo que ha pasado cuando le he dicho que estaba embarazada; ha confundido el presente y el pasado, me ha confundido con ella, y además ha metido a Hector en el asunto.

Noah hizo una breve pausa antes de hablar.

—¿Sí, qué piensas de eso?

Marti se encogió de hombros, y sintió tanto placer sólo de rozarse contra él que incluso a través de la camiseta empezó a excitarse.

Aunque no quisiera en ese momento.

Tenía que pensar que estaban hablando de su abuela, olvidarse de todo lo demás.

—Sé que lo que dijo ella podría ser fruto de su invención; todo, o parte —respondió Marti—. Siempre existe esa posibilidad. A veces ve una película en televisión y al día siguiente cree que le ha pasado a ella. Pero esto... no sé, me pareció tan real; además, concuerda con todo lo que sospechamos.

—Sobre todo teniendo en cuenta todo lo que nos contó Emmalina —señaló Noah.

—Lo sé. Parece como si la abuela acabara de confirmarnos nuestras sospechas: que efectivamente tuvo una aventura con Hector Tyson, que se quedó embarazada, que tuvo un hijo y que Hector se lo quitó después de nacer y la obligó a marcharse de la ciudad.

—Eso es —concedió Noah, apoyando la barbilla sobre su cabeza.

—Pero hay tantos interrogantes —dijo Marti, intentando no acurrucarse demasiado contra él, aunque fracasando un poco en su intento—. ¿Tú crees que tuvieron un lío delante de las narices de la esposa de Hector? Creo que la abuela sentía algo por Hector, aunque no sé si eran sentimientos profundos o tan sólo un enamoramiento pasajero. ¿Pero y Hector? ¿La amaría? ¿O es un cretino que sólo fingió que la amaba para seducirla y echarle el guante a sus tierras? ¿Y qué sería del bebé?

—Me pregunto si podríamos encontrarlo, y tal vez reunir a tu abuela con el hijo o la hija que nunca conoció.

Marti alzó la cabeza para mirar a Noah, y admiró sus facciones esculpidas a la luz del porche.

—¿Esa promesa que le has hecho iba en serio?

—¿Crees que estaba fanfarroneando acaso?

—Bueno, en un momento dado pensé que lo decías para equilibrar un poco la situación.

—Yo no prometo cosas que no vaya a cumplir. Aunque os dejaré a tus hermanos y a ti la iniciativa para que me digáis qué puedo hacer para ayudar.

—Yo quiero volver a hablar con Hector, eso lo tengo muy claro —decretó Marti.

—Y yo no quiero que vayas a verlo sola, así que también tengo claro que voy a acompañarte.

Marti sonrió con su gesto de protección, agradeciendo su apoyo; esa noche había visto otras cosas de él que le habían gustado.

—Está claro que te has enmendado completamente y te has convertido en un buen hombre —dijo ella.

Él bajó la cabeza para mirarla.

—Hago todo lo posible —respondió Noah con la picardía suficiente como para quitarle la idea de que fuera demasiado bueno—. ¿Y tú? —le preguntó él entonces, como si no quisiera seguir hablando de sí mismo—. ¿Cómo te encuentras?

—La verdad es que estoy bien, gracias. Los mareos vienen y van, y cuando se van, se van del todo y vuelvo a sentirme normal.

A pesar de todo, Noah parecía preocupado.

—No me gusta verte mal.

Marti sonrió.

—Bueno, podría ser peor; yo tenía una amiga que se pasó los nueve meses arrojando día y noche. Eso sí que era estar mal.

—Aun así, no me hace gracia.

—Entonces dile a tu hijo que se comporte —sugirió riendo.

Él dejó de acariciarle la cabeza y le colocó la mano en el estómago, sorprendiendo a Marti con su gesto.

Hasta el momento Marti había logrado refrenar su deseo, pero el peso de su mano lo destapó con venganza.

No fue sólo ella; de pronto fluía una tensión eléctrica entre los dos, algo que no tenía nada que ver con el tema de conversación; ni con su abuela, ni con el bebé. Algo que era sólo de ellos dos.

—¿Me vas a besar o qué? —susurró Marti, al ver que él la miraba con deseo, pero también como si no se atreviera a acercarse.

Noah sonrió entonces e inclinó la cabeza para atrapar sus labios con un beso que fue suave y sensual desde el principio.

Marti apoyó la mano en su pecho, firme como una roca, antes de seguir acariciándole, mientras sus besos se volvían más ardientes, cada uno entregándose al otro sin freno. Pegado a su cadera había algo más que estaba también firme como una roca y que le dejó claro que ella no era la única que se había quedado ardiendo en deseos desde la noche anterior.

Pero Noah se retiró al instante.

—Será mejor que me marche; te deseo tanto, Marti, que si no me voy ahora mismo...

No terminó la frase, pero tampoco se movió del sitio. Claro que ella no hizo intención alguna, evidentemente porque también lo deseaba con locura.

Se estiró y lo besó de nuevo, sabiendo que no debía, que se lo estaba poniendo más difícil, pero incapaz de contenerse.

Y fue entonces cuando sus pensamientos empezaron a dar vueltas a toda velocidad; cuando volvió la idea de que lo único que los unía era el bebé. Pero en ese momento había más necesidad de unirse que de buscar un nexo de unión; más ganas de satisfacer el deseo intenso de estar con ese hombre lo más íntimamente posible. Y tal vez ese deseo puro y básico era lo único que debiera tener en cuenta.

Desde luego, parecía ser lo único que le importaba.

No se le ocurría razón alguna para no ceder a una necesidad tan intensa como aquélla; sobre todo teniendo en cuenta que era lo que deseaba con toda su alma.

Fue Marti la que se apartó entonces.

—Esta noche no quiero que te marches.

Noah arqueó las cejas.

—¿No?

—No —le confirmó ella.

—Bien... ¿Pero no crees que deberíamos ir a mi casa, mejor?

Ella negó con la cabeza, sabiendo que no podría esperar tanto. Y Noah sabía que su dormitorio estaba ahora en el estudio de la planta baja porque él mismo había trasladado la cama de matrimonio esa mañana.

—Las de arriba no van a oír nada. Por eso he mudado mi dormitorio a la sala, para no molestar ni a la abuela ni a Mary Pat cuando me levanto tarde.

—¿Y hoy no te da miedo que estemos juntos? —preguntó Noah, repitiendo lo que ella le había dicho la noche anterior en la terraza de su casa.

No tenía miedo. La noche anterior se la había pasado frustrada, dudando de si lo que había hecho había valido la pena. Había pasado horas pensando qué habría tenido de malo hacer el amor con él...

Al final no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria, pero tampoco tenía respuestas en ese momento. Sólo sabía que lo deseaba y que

nada le parecía mal.

—Lo único que me da miedo es no encerrarme... —bromeó.

—Entonces, que así sea...

Dejaron el columpio, y Noah le tomó la mano para entrar con ella en la casa, como si estuvieran en la suya.

Como Noah estaba remodelando la vivienda, la conocía tan bien como Marti. Primero echó el cerrojo de la puerta de entrada y luego fueron al estudio, cuya puerta también cerró. Pero no encendió la luz; la luz de la luna fue suficiente para guiarlos hasta la cama.

A los pies de la cama, Noah la abrazó y besó de nuevo. Por su parte, Marti ardía de deseo, tan exigente y ardiente como antes.

Tal vez incluso más, porque de inmediato empezó a desabrocharle los botones de la camisa y se la sacó de debajo de los vaqueros. Pensó que no quería apresurarse, sino disfrutar del momento, y le puso las manos en su pecho desnudo, deleitándose con la suavidad de su piel y con sus músculos prietos, complacida al notar la reacción de sus pezones.

Él la reclamó con su lengua juguetona, dejando bien claro quién llevaba las riendas, mientras Marti continuaba acariciándole los hombros anchos, los bíceps y la espalda fuerte y ancha.

Noah abandonó sus pechos para engancharle los dedos en la cinturilla de los pantalones, y le apretó las caderas con sensualidad mientras se quitaba los zapatos a la vez.

A Marti le provocó la idea y le metió también las manos por debajo del pantalón, porque por delante no había sitio, ya que Noah tenía el pantalón abultado.

Marti, encantada con la prueba de su deseo por ella, le desabrochó el botón y le bajó la cremallera con facilidad. Pero no le acarició de inmediato, sino que decidió torturarse y torturarlo un poco acariciándole el estómago y el pecho, antes de volver a deslizarlas entre sus piernas.

Noah se dio cuenta de su juego, y se echó a reír mientras seguía besándola; pero a partir de ese momento todo fue más deprisa. Dejó de besarla y en un abrir y cerrar de ojos le quitó la camiseta y el sujetador de un solo movimiento y los tiró a un lado. También le bajó los pantalones y las braguitas a la vez, dejando a Marti de pronto desnuda delante de él.

Entonces le dio la vuelta hacia la cama y empezó a pasarle la lengua por la parte de atrás del cuello, mientras él terminaba de desnudarse. Cuando

estaba desnudo, le rodeó la cintura y deslizó las manos por su vientre y entre sus piernas, mientras la prueba de su deseo apuntaba fieramente entre los dos.

Noah le tocó los pechos, se los acarició con firmeza y le pellizcó los pezones; y Marti jadeaba de placer y se apoyaba sobre él, con los ojos cerrados y la boca abierta...

Pero justo cuando parecía que iba a perderse con las tiernas exploraciones de Noah, éste hizo una pausa para levantarla en brazos y tumbarla sobre la cama. Entonces se tumbó con ella de lado y empezó a besarla mientras continuaba acariciando sus pechos, satisfaciendo el deseo de Marti de ser acariciada.

Noah era un maestro, que orquestó una sinfonía de placer con sus manos; y sus suaves caricias la estaban volviendo loca.

Pero cuando sus labios abandonaron los suyos y ocuparon el lugar de su mano, Marti se dijo que aquello ya no tenía comparación. Empezó a gemir y a arquear la espalda, mientras le agasajaba los pechos con su lengua, al tiempo que deslizaba una mano por su vientre y entre sus piernas.

Marti se volvió de lado para acariciar su miembro duro y abultado, para que experimentara el mismo placer que ella estaba experimentando.

La excitación fue en aumento. Noah le retiró los dedos con lentitud exquisita y entonces le agarró del trasero para acercarla a él y poder penetrarla con facilidad.

Marti no entendió cómo era posible que no recordara lo maravilloso que era hacerlo con él. La noche en Denver sólo era un recuerdo nebuloso en comparación con lo que estaba viviendo en ese momento; porque Marti estaba mucho más excitada de lo que habría imaginado posible. A partir de entonces se perdió en el hombre, deleitándose con cada momento divino que él iniciaba y guiaba sin ceder, mientras sus manos continuaban explorando su cuerpo con tanto erotismo que Marti pensó que perdería el conocimiento.

Al principio la penetró despacio, hundiéndose suavemente entre sus muslos calientes, y poco a poco fue incrementando la velocidad, la intensidad, con cautela, hasta que la cautela ya no fue posible; hasta que la pasión tomó el mando.

Entonces sus embestidas se volvieron más urgentes, más violentas. Marti se movió al compás de él, agarrándose con los dedos clavados en su espalda

musculosa.

Y cuando ella alcanzó el orgasmo fue toda una explosión de sensaciones que la dejó suspendida en el círculo de sus brazos, apretada a su magnífico cuerpo, uniéndose a él en un plano que iba más allá de lo meramente físico cuando Noah llegó también a la cima, mientras se enterraba en ella hasta el fondo, de tal modo que pareció como si se fundieran juntos.

Marti jadeaba con fuerza y le latía muy deprisa el corazón; y también notó los fuertes latidos de Noah retumbando en su pecho. Durante unos instantes sólo existieron dos cuerpos que lentamente regresaban a la tierra después de un viaje alucinante al corazón de las sensaciones.

Permanecieron abrazados, y cuando Noah se tumbó de espaldas no la soltó y Marti quedó encima de él.

—¿Estás bien? —le preguntó Noah con voz ronca y apasionada, aunque un poco alarmado—. Quería tener más cuidado pero...

—Estoy bien —respondió Marti—. Ni siquiera me siento mareada.

Noah se echó a reír.

—Entonces a lo mejor es que no he hecho bien mi trabajo.

—¿Esto es un trabajo para ti?

—Ah, el mejor de los trabajos... —gimió, haciéndole reír también—. ¿Marti, quieres que me marche?

—Esto... no, no. ¿Tú quieres marcharte? —preguntó ella.

—Nunca —dijo él, que aún latía dentro de ella—. ¿Pero, qué hay de tus compañeras de piso?

—Duermen mucho —dijo Marti, que repentinamente sintió un cansancio tremendo.

—¿Entonces me puedo quedar, y me marcho antes de que puedan pillarnos?

—Creo que vas a tener que quedarte... porque me parece que no podría levantarme a cerrar la puerta... —añadió con voz adormilada.

Noah levantó un poco la cabeza para mirarla.

—Oye, se supone que es el hombre el que no es capaz de quedarse despierto —bromeó Noah, mientras le acariciaba el cuello y la espalda con ternura.

—Mmm... —fue todo lo que Marti fue capaz de decir en respuesta al masaje de Noah.

Noah se incorporó como pudo, agarró la colcha y se la echó por encima.

—Duérmete —dijo él—. Siento haberte cansado tanto.

Marti quiso decirle que deseaba que volviera a agotarla en un rato.

Pero estaba demasiado cómoda y demasiado cansada como para hacer nada salvo entregarse al sueño que encontró entre sus brazos.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

EL sol despuntaba en el horizonte cuando Noah y Marti terminaban de hacer el amor por tercera vez. Ella se había quedado dormida de inmediato, y aunque Noah estaba exhausto también, sabía que no podía quedarse dormido; tenía que marcharse antes de que se levantaran Theresa o Mary Pat.

Se vistió rápidamente y se sentó en la cama junto a ella.

—Marti, me voy —dijo Noah en voz baja.

—Mmm... Ojala no tuvieras que marcharte —respondió Marti muerta de sueño, sin abrir los ojos.

—Volveré más tarde, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Al instante siguiente Marti estaba dormida.

Noah se quedó allí mirándola mientras dormía y acariciándole la mejilla con el revés de la mano. Era tan bella. Su pelo entre rubio dorado y rojizo se extendía sobre la almohada como un abanico de colores, sus labios ligeramente entreabiertos parecían a punto de besar; y sus pestañas largas y oscuras acariciaban sus mejillas suaves de piel aterciopelada. Noah supo que tendría que marcharse para no caer en la tentación de tomarla entre sus brazos y quedarse a su lado para siempre.

Suspiró con fuerza mientras se daba cuenta de que no quería dejar nunca a Marti, ni al hijo que tendrían juntos. Al tiempo una imagen clara se formó en su pensamiento: la de Marti y él juntos con su bebé, formando una familia. En aquel instante de lucidez, Noah comprendió que eso era lo que quería.

Lo que no sabía era si ella querría lo mismo que él.

Sabía que quería tener el niño, y también que esa noche había gozado con deseo de su cuerpo. ¿Pero qué querría a partir de ese momento?

Marti aún no había olvidado a su primer amor, y Noah lo sabía. El pasado de Marti era un oponente temible del que dudaba de si podría enfrentarse.

Noah no sabía si ella seguiría amando al otro de tal manera que no cabría en su corazón el amor hacia otra persona. ¿Sería Marti capaz de olvidar del todo a Jack? ¿O acaso él sería siempre el segundón, en el caso de que ella quisiera compartir su vida con él?

Noah se preguntó si podría soportar la presencia inmaterial del novio fallecido, si Marti y él estaban juntos.

Pero tenía que reconocer que cuando Marti y él estaban juntos, no había nadie más entre ellos. Cuando Marti hablaba de Jack, Noah sabía que pensaba en él y sentía por él; pero cuando no hablaba de él, daba la impresión de estar centrada en él o en lo que estuvieran haciendo o hablando.

A lo mejor Marti no lo veía como su alma gemela, como lo había sido Jack, pero había una química muy fuerte entre ellos, algo lo suficientemente firme como para que Noah tuviera la esperanza de poder ocupar un lugar en su vida, y esperaba que en su corazón.

Permaneció un momento más observándola, diciéndose que tal vez ya hubiera empezado a anclar con fuerza en el corazón de Marti.

Y cuanto más lo pensaba, más la deseaba, más deseaba tener juntos el hijo, criarlo y educarlo juntos. Y quería que vivieran juntos, tener más hijos, una casa y un perro, y celebrar los cumpleaños y las vacaciones juntos. Quería tener sueños junto a ella, alcanzar metas, capear los temporales y estar juntos el resto de sus vidas, fuera lo que fuera lo que les deparara el destino.

Pero ¿y si le decía a Marti lo que quería y ella se echaba atrás?

Sabía que ella estaba segura de querer tener el bebé; pero si la presionaba, ella podría reaccionar poniéndose a la defensiva e impidiéndole tomar parte en la vida del niño. Podría acabar en el juicio que había querido evitar, y al final podría terminar perdiendo a Marti y al niño y con las manos vacías. Tal y como le había pasado ya dos veces.

A pesar de lo mal que lo había pasado en las ocasiones anteriores, la mera idea de perder a Marti y a su bebé le parecía lo más horrible de todo.

Decidió por tanto cerrar la boca; tal vez dejar que las cosas cayeran por su propio peso y esperar que el resultado fuera el mejor.

¿Pero qué obtendría si no luchaba por conseguir algo más? ¿Ver a Marti de vez en cuando, cuando ella se acercara a Northbridge? ¿O tal vez sacar tiempo para ir a verla unos días a Missoula? Imaginó que en ese plan tampoco vería mucho más a su hijo o hija.

¿Y si entre tanto Marti conocía a otra persona? Cabía la posibilidad de que otra persona en Missoula le llamara la atención; otra persona que por razones prácticas tendría más posibilidades que él de estar con ella, de estar con su bebé.

Noah no pudo soportar esa idea.

Una cosa era enfrentarse al fantasma de Jack, eso era relativamente fácil, y otra muy distinta adaptarse a mantener una relación muy esporádica con ella y con su hijo si Marti decidía formar una familia con otra persona.

Se dijo que tendría paciencia. Pero mientras seguía allí sentado contemplando a Marti, deseándola más que nunca, reconoció que no sería capaz de aguantar. Sobre todo después de haberla imaginado con otro hombre.

Noah ya estaba esperándola cuando Marti llegó a la puerta de la casa de Hector Tyson el domingo por la tarde. Había llamado al mediodía diciéndole que quería verla, y ella había sugerido quedar para ir directamente a ver a Hector Tyson con las acusaciones de Theresa.

Noah le había dicho que prefería hablar primero con ella, pero había accedido a encontrarse allí con Marti.

—Entonces a lo mejor podremos hablar después.

Cuando Marti se bajó del coche para juntarse con Noah, que la esperaba apoyado en su camioneta, tuvo que dominarse para no echarse encima de él y continuar donde lo habían dejado la noche anterior.

—Hola.

Él le devolvió la sonrisa, como si se alegrara de verla; pero Marti notó algo distinto en su sonrisa, algo que de momento no logró identificar; algo que le decía que él también se estaba conteniendo, aunque a lo mejor no del mismo modo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó Marti.

—Qué va, un par de minutos. Hector aún no ha llegado. Hemos quedado después de su almuerzo del domingo, y sé que nos va a hacer esperar; no le hizo gracia cuando le dije que querías volver a hablar con él, pero le dije que no tenía otra elección.

—¿Estás seguro de que se va a presentar?

—En algún momento tendrá que volver a casa —razonó Noah.

Marti se acercó a él, deseando con todas sus fuerzas que Noah se sacara las manos de los bolsillos y la abrazara y besara, aunque estuvieran en la calle.

Marti se deleitó con su presencia, recordando vívidamente cada instante de la noche que habían pasado juntos.

—Siento que tuvieras que marcharte tan temprano esta mañana —dijo ella, mientras se preguntaba si se sentiría más tranquila de haber podido dormir entre sus brazos, de haber podido despertarse juntos, como tanto había deseado.

—No pasa nada. Preferiría haberme quedado, pero... bueno, el tener que levantarme me abrió los ojos a otra cosa.

Por alguna razón, a Marti no le sonó demasiado bien aquello.

—¿Te diste cuenta entonces de lo estupendo que es tener casa propia para no tener que preocuparse de que te vaya a pillar la abuela de otra persona?

Él se echó a reír.

—De eso también —comentó, sin embargo continuó mirándola con aquel gesto inquisitivo—. ¿Puedo preguntarte algo mientras hacemos tiempo hasta que venga Hector?

—Claro.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú qué? —respondió ella, visiblemente confusa.

—Me dijiste que hasta que me conociste a mí no habías besado a nadie salvo a Jack. ¿Entonces, por qué me elegiste a mí? ¿Y por qué no sólo me besaste, sino que pasaste la noche conmigo en Denver?

—¿Esto es por lo que pasó en Denver? —preguntó Marti.

Noah se encogió de hombros.

—Siento curiosidad.

—Me sentí bien contigo —dijo ella, intentando analizar lo que él le preguntaba—. Me gustó hablar contigo, y me pareciste gracioso.

Y también muy guapo, pero eso no se lo dijo.

—Me gustaste, y estar contigo fue... No lo sé. Fui a la Expo porque todo mi mundo estaba dominado por el dolor de perder a Jack, y necesitaba alejarme de eso unos días. Y allí estabas tú. Como tú no sabías nada de lo que me había pasado, no me trataste con delicadeza, y eso me gustó. Me caíste bien, y estar contigo... —Marti se encogió de hombros—. Estando contigo me sentí mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo; me sentí viva otra vez, y normal. Sentí que había algo más en mí aparte de lo que había vivido con Jack, aparte de lo que ya nunca tendré con él, y eso me hizo sentirme libre. ¿Es malo?

Noah negó con la cabeza.

—Creo que todo eso es bueno. ¿Entonces, aunque no tengamos una relación como la que tenías con Jack, dirías que tenemos algo especial?

—Sí, hay algo entre nosotros —respondió sin querer comprometerse demasiado con su respuesta, ya que no sabía por dónde iban los tiros.

—¿Quiero decir, crees que tenemos algo más aparte del bebé?

Marti vaciló un momento antes de responder.

—¿Una base sobre la que podamos construir algo? —añadió Noah.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme? —preguntó ella, en lugar de responder.

—Sí.

—¿Y se te ocurrió sólo porque tuviste que marcharte esta mañana?

—No me quería ir; pero no sólo esta mañana, Marti. No quiero irme nunca.

Su comentario le pareció alentador, pero también le hizo sentirse un poco incómoda porque le pareció que empezaba a atisbar el objetivo de aquella conversación.

Marti no comentó nada, pero Noah continuó de todos modos.

—Sabes, a veces las personas que van a tener un hijo se casan.

—A veces —respondió Marti con la certeza de que sus miedos se hacían realidad.

Parecía que Noah sólo había estado pensando en el bebé.

—Cuando me vi en una situación similar de adolescente —continuó Noah—, pensé que Sandy y yo teníamos que casarnos.

—Lo sé, me lo dijiste. Pero entonces eras un adolescente que no sabía siquiera lo que era el matrimonio.

—Pero ahora que soy mayor me pregunto si no sería bueno para nosotros.

Marti notó que Noah avanzaba con cautela, y no supo si era porque la idea del matrimonio en el fondo no le convencía, o porque no quería asustarla.

—Mi opinión es que el matrimonio no debe ser nunca una obligación —dijo ella.

—Yo no he dicho que sea una obligación.

—Si hay un bebé por medio, el matrimonio es por obligación —añadió Marti.

—¿Y qué te parece que nos casemos porque estamos bien juntos, y de paso porque vamos a tener un bebé?

Noah siguió hablando antes de darle tiempo a responder.

—Sé que no puedo competir con tu amor de la infancia, que además era tu alma gemela, la única persona a la que te imaginabas unida para siempre. Pero vamos a tener un hijo; y he estado pensando que esa realidad a lo mejor podría hacerte ver las cosas de otro modo...

Noah lo dijo en tono conversacional, como si planteara una hipótesis para que ella la considerara. Y Marti no estaba segura de si habría algo más detrás de todo o no.

—¿Ver las cosas de otro modo, e incluso pensar en casarnos? —repitió.

—Claro. ¿Por qué no? Sé que no soy Jack, pero creo que entre nosotros hay algo especial, algo fuera de lo común —extendió las manos sobre su pecho para darle énfasis a sus palabras—. Lo siento aquí. ¿Tú no? ¿No lo sentiste anoche?

—Sentí muchas cosas anoche pero...

—¿Pero qué? —la interrumpió, agarrándose a ese pero—. Nos llevamos bien, tanto dentro como fuera de la cama; es más de lo que puede decir mucha gente. Tú me elegiste a mí para poner fin a tu dolor, para volver a la vida. Si me elegiste a mí para poder seguir viviendo, hagámoslo juntos. Vamos a tener un hijo. Quiero que lo criemos juntos, y creo que para hacerlo deberíamos casarnos.

Al final Noah se mostró demasiado apasionado como para que Marti sospechara que el matrimonio pudiera ser para él un capricho pasajero, o incluso una obligación.

Pero también le abrió los ojos a lo que ella creyó que era la verdadera razón tras aquella proposición de matrimonio tan poco ortodoxa: Noah tenía miedo de perder a aquel niño, como le había pasado con los otros dos que tanto había deseado.

Y aunque entendía su punto de vista, negó con la cabeza en señal de rechazo.

—No hay ningún problema —le aseguró ella—. No hace falta que nos casemos para que formes parte de la vida del niño. Éste no lo vas a perder...

—Eso no es cierto —dijo él en tono emocionado—. Tú vas a estar en Missoula, y allí vivirá el niño o la niña, mientras que yo voy a vivir aquí. Si cada uno estamos en una punta del estado, no podré formar parte de la vida de mi hijo. Y si encima empiezas a salir con otra persona...

—¿Entonces me estás pidiendo que me case contigo como prevención?

—No —Noah fijó la vista en el suelo, intentando recuperar fuerzas—. A lo mejor no te lo estoy planteando bien... —añadió en voz baja.

Entonces la miró de nuevo con sus ojos penetrantes de expresión turbulenta; cuando volvió a hablar, parecía un poco más contenido.

—Sí, tengo miedo de perder a mi hijo; pero tengo el mismo miedo de perderte a ti. Es a ti a quien estoy pidiendo que te cases conmigo, no al bebé, ni siquiera a la madre de mi hijo. Sólo a ti.

—Pero si no estuviera embarazada, tú y yo no estaríamos aquí —le recordó ella.

—Podría ser que estuviéramos aquí juntos, porque esa noche que pasamos en Denver es real; ahí es donde empezó todo, no lo olvides. Embarazada o no, tú habrías venido de todos modos a Northbridge a ver a tu abuela. Nos habríamos vuelto a encontrar, Marti. Y, créeme, aunque hacía tres semanas de lo de Denver, aún no había dejado de pensar en ti; así que en cuanto te viera presentarte aquí, habría hecho lo posible para estar contigo, para conocerte, tal y como he hecho. Es fácil que hubiéramos terminado...

—No lo creo —lo interrumpió ella.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podría haber sido así?

—Pues porque no es nada probable —dijo ella.

—Pasa continuamente; muchas personas saben inmediatamente que están hechos el uno para el otro —dijo él con más vehemencia.

—¿Me quieres decir que, si no estuviera embarazada, estaríamos hablando de casarnos, cuando apenas nos conocemos?

Él se quedó pensativo, y eso fue suficiente para Marti.

—Lo que tú quieres de verdad es el bebé —dijo ella en voz baja, con tristeza, sorprendiéndose de lo mucho que le entristecía todo aquello.

—Eso no es verdad en absoluto.

—¿No quieres al bebé?

—Digo que no es verdad en absoluto que sólo quiera al bebé o que, si no hubiera bebé, no sentiría lo que siento por ti —aspiró hondo antes de continuar—: Sé que tu relación con Jack era como la de un cuento de hadas; sé que todo esto entre nosotros ha pasado muy deprisa, y seguramente a nadie le parecería la situación ideal. Pero siento algo por ti, Marti. Y creo que tenemos algo que es especial en sí mismo. Creo que podemos tener juntos una relación estupenda, además de tener un bebé, y te estoy pidiendo que te cases conmigo, Marti. Si para ti tiene que ser por el bebé, de acuerdo. Cásate conmigo para poder construir un futuro en común, para poder aprovechar lo mejor posible esta oportunidad.

De repente, Marti no pudo evitar pensar que Noah estaba diciendo cualquier cosa para convencerla.

Jack había estado dedicado a ella y sólo a ella. Jack la había adorado de tal manera que jamás se habría cuestionado su lealtad. Jack le había dicho a ella, y a todo el mundo, que lo que más deseaba era pasar su vida con ella. Jack le había pedido en matrimonio de rodillas, sobre una alfombra de pétalos de rosa, rodeados de velas perfumadas y con bellas palabras de amor.

En cambio Noah se lo pedía como si fuera una obligación, como si tuviera que hacer de tripas corazón para abordar aquel asunto.

A lo mejor sentía algo por ella, pero Marti seguía pensando que a Noah lo empujaba más el miedo de perder a su bebé, de perder otro hijo.

Y aunque eso lo comprendía, no entendía por qué le sentaba tan mal no ser ella la atracción principal.

—No —dijo ella—. No me casaré contigo.

Noah se quedó de piedra.

—Porque no soy Jack —dijo rotundamente—. Nadie lo será nunca, Marti, pero entre tú y yo hay algo muy especial.

—Un matrimonio de conveniencia no me convence.

—¡No sería un matrimonio de conveniencia! ¡Al menos no para mí! —respondió, levantando ligeramente la voz con evidente frustración.

Pero Marti negó con la cabeza porque, dijera lo que dijera, eso era lo que a ella le parecía que él le estaba proponiendo; un matrimonio que él creía necesario para proteger sus derechos como padre del futuro bebé. Y desde luego no pensaba acceder a un matrimonio así.

—Como he dicho, podrás ser parte de la vida del niño, eso no te lo voy a negar jamás. Pero no me voy a casar contigo.

Noah cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Debería haber cerrado la boca —susurró.

Entonces abrió los ojos y la miró.

—Por favor, piénsatelo.

Pero Marti no tenía nada que pensar. La diferencia entre lo que había vivido con Jack, entre lo que la había llevado al altar para unirse con Jack, y lo que Noah le proponía era tan abismal que no quería volver a pensar en ello.

Tragó saliva para tratar de mitigar el nudo de angustia que le atenazaba la garganta, diciéndose que no debía sentirse tan dolida, tan decepcionada...

—No te preocupes —le dijo a Noah—. No tenemos por qué casarnos para que tú seas su papá. Eres el padre de este niño y eso no va a cambiar. Te doy mi palabra.

—No quiero tu palabra, te quiero a ti —respondió Noah con fiereza.

Pero Marti sacudió la cabeza, negándole, negando sus palabras.

Antes de que pudiera decir nada más, un enorme sedán negro entraba en el camino de la casa de Tyson. Tanto Marti como Noah miraron en esa dirección, y aunque los cristales del coche eran tintados, tuvieron claro que era Hector el que acababa de llegar.

Cuando el sedán negro entró en el garaje y el portón se cerró automáticamente, Marti se volvió hacia Noah, que la observaba con gesto turbado e intenso.

—Si no quieres venir conmigo, no tienes por qué —dijo ella.

Pero Noah sacudió la cabeza de nuevo.

—Ya te lo he dicho, no pienso dejarte sola con Hector Tyson.

Entonces Noah se apartó de su camioneta y se puso derecho cuan alto era junto a Marti, que a pesar de haber rechazado su proposición, se alegraba de tenerle a su lado.

Pero entrar en casa de Hector Tyson fingiendo estar bien cuando acababan de partirle el corazón fue uno de los tragos más amargos que Marti tuvo que dar en su vida.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

MENUDAS caras traéis... ¿Habéis venido a decirme que cometisteis un error, a disculparos?

Hector Tyson saludó a Marti y a Noah de aquel modo tan desagradable cuando abrió la puerta de entrada, poco después de que Marti rechazara la proposición de Noah.

—Apenas —respondió Noah.

—Entonces no sois bienvenidos en mi casa —respondió el viejo gruñón, sin retirar la mano del pomo de la puerta—. No tengo por qué ser hospitalario con alguien cuyos abogados me han enviado una carta informándome de su intención de denunciarme para que la indemnice porque no le gusta el precio que su abuela aceptó por un pedazo de tierra que me vendió hace cincuenta años.

—Tal vez no tenga por qué ser hospitalario —dijo Noah—, pero estoy aquí para asegurarme de que habla con Marti.

Mientras tanto, Marti trataba de concentrarse en lo que tenía que decir y en tratar de sobreponerse a los sentimientos que la habían sorprendido tras la proposición de Noah.

¿Por qué le importaba que la proposición de Noah hubiera nacido de la necesidad? ¿Por qué le dolía tanto? Para empezar, ella ni siquiera habría querido que él le pidiera en matrimonio...

Pero en ese momento tenía que centrarse en Theresa, y dejó de pensar en Noah para estar más atenta a lo que Hector estaba diciendo.

—Es más por principios que por el dinero que le dio, señor Tyson —dijo ella entonces—. Acogió a una joven vulnerable en su casa, a una joven que acababa de perder a sus padres, la aisló, la sedujo y la dejó embarazada, y

después utilizó eso para hacerle chantaje para que le vendiera su tierra por una cantidad mísera. ¿Y luego la obligó a abandonar la ciudad, dejando al bebé que ella tuvo, a su bebé, a su disposición?

Las emociones de Marti surgieron a la superficie, atizando su rabia.

—¿Quién ha dicho que yo sedujera a Theresa o que ella tuviera un bebé? —dijo Hector en tono desafiante.

—Nos lo dijo Theresa —respondió Noah con más calma pero muy serio, dándole peso a las palabras de Marti, aunque sólo fueran una suposición.

—Nada de lo que diga una demente significa nada —insistió el viejo con genio.

—Nos habló de su relación con ella —continuó Noah con confianza, a pesar de que sólo estaba esbozando los hechos, pero sin afirmar nada—. Nos contó lo del bebé. Y hemos hablado con Emmalina; sabemos que Theresa fue a ver al pastor y a su mujer, que estaba embarazada cuando fue, que escuchó el consejo del pastor de hacer lo que fuera para no romper su matrimonio.

—¿Emmalina ha dicho que Theresa estaba embarazada de mí? —exigió Hector—. Porque nadie me ha dicho nada de eso en todos estos años —decretó—. Pero voy a deciros una cosa; a mí nadie me saca nada si yo no recibo lo que quiero a cambio.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Marti.

—En primer lugar, no quiero que abráis un Home Max en mi ciudad. Y en segundo lugar, ninguno de vosotros va a denunciarme, ni ahora ni nunca. Tendréis que firmar algún documento que redacten mis abogados de que renunciáis al derecho de reclamarme nada relacionado con esa tierra en el futuro.

—Lo dice porque sabe que pueden ganar —dijo Noah.

—Eso no se sabe —respondió Hector; entonces dirigió su atención hacia Marti para continuar en tono ponzoñoso—: Pero lo que sí sé es que, si me denunciáis, arrastraré el nombre de vuestra abuela por el lodo. Diré cosas de ella que os harán arrepentiros del día en que abristeis la caja de Pandora. Diré que después de lo bueno que fui con ella me pagó intentando destruir mi matrimonio, diciendo que su bebé...

Para entonces Hector estaba tan rabioso que se le escapó esa parte.

—Entonces hubo un bebé —dijo Marti, sobrecogida de nuevo al oír la confirmación en boca de Hector—. Un bebé que le quitó a la abuela. Eso es

lo que ella quiere que le devuelva; a su hijo, o a su hija. Eso es lo que a ella tanto le importa, la razón por la que ha vuelto a Northbridge ella sola.

—Eso no es lo que he dicho —dijo Hector, como si eso borrara lo que acababa de decir—. Lo que quiero decir es que no pienso pagaros ni un centavo si me obligáis a hacerlo. Y si lo hacéis, haré que os arrepintáis. Pero dejadlo todo —añadió, como si estuviera preparando el anzuelo— y quién sabe de lo que podréis enteraros por mí.

—¡O averiguamos lo que queremos saber por otra parte, le denunciarnos y además abrimos un Max Home! —respondió Marti, tan enfadada y tan llena de odio que no fue capaz de contenerse.

—Imagino que depende de vosotros —se burló el hombre—. Pero si queréis evitar problemas, y será la única manera de conseguir la información que queréis, la única manera de salvar a vuestra abuela de que todo el mundo descubra una historia truculenta sobre ella, dejaréis definitivamente el proceso judicial y haréis lo que yo diga.

—Sabe, Hector, siempre supe que era un sinvergüenza, pero nunca imaginé que lo fuera tanto.

—Ni tú y ni las demás personas de por aquí —respondió el viejo—. Así tengo menos que perder, porque no me importa lo que ninguno de vosotros digáis de mí. Pero me apuesto lo que quieras a que a tu chiquita sí que le importa lo que se diga de su maravillosa y lunática abuela, y eso me da doble ventaja: la reputación de Theresa y ese bebé del que quieren saber.

Marti no pensó que pudiera soportarlo ni un minuto más sin soltar alguna barbaridad, de modo que dio media vuelta y salió de allí.

—Como de costumbre, ha sido un placer, Hector —dijo Noah con sarcasmo, antes de seguir a Marti.

Marti continuó hasta la acera, justo hasta el sitio donde Noah le había propuesto en matrimonio de manera tan poco romántica, y se metió directamente en su coche. Se sentó al volante, y en ese momento Noah la alcanzó.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Marti negó con la cabeza.

—Necesito tiempo para pensar —fue lo único que dijo.

Porque lo cierto era que de pronto nada estaba bien, y no sabía por qué.

En la última media hora parecía que todo se había vuelto del revés; tanto para su abuela, como para ella.

—¡Eso no lo vamos a aceptar! —dijo Ry por teléfono el domingo por la noche, después de que Marti le contara lo que había pasado esa tarde en casa de Hector—. Ese viejo no podrá librarse de lo que le hizo a la abuela y encima quedar encima.

Había esperado hasta que Theresa y Mary Pat se habían subido a dormir para llamar a su hermano, porque no quería que ninguna pudiera oír la conversación.

—Pero no sé cómo vamos a encontrar al hijo o hija de la abuela —dijo Marti.

—Tendremos que hacer lo posible para esclarecer este asunto nosotros solos —razonó Ry.

—¿Y si no podemos?

—Entonces ya hablaremos de la posibilidad de acudir a Tyson. Y aun haciéndolo, en lo que a mí respecta, lo único negociable es el juicio. Home Max va a estar ahí de un modo u otro, así que en el terreno de los negocios vamos a darle en las narices. Pero a partir de ahora, no te acerques a él —dijo Ry—. Deja que o bien Wyatt o yo nos ocupemos de él. Parece que te ha dejado afectada.

—Es que he tenido un mal día.

Después de una noche tan maravillosa.

—Te pasa algo más —adivinó Ry, tan seguro de sí mismo que afirmó en lugar de preguntar.

Marti se debatió entre contarle a su hermano el resto o no. Pero todo se sabría enseguida; esa misma mañana Theresa le había contado a Mary Pat que Marti estaba embarazada y que Noah era el padre; y Marti necesitaba hablar con alguien. Así que lo hizo.

Le contó todo a Ry, incluido que Noah era el padre, y también los detalles de su proposición.

—Y la verdad es que no sé por qué me importa que eso sea tan... tan... práctico...

Ni por qué le había costado muchísimo no echarse a llorar desde que había vuelto de casa de Tyson. Pero lo que no quería era hacerlo con su hermano por teléfono.

En ese momento, su hermano se echó a reír.

—¿No será que en el fondo quieres a Noah? —preguntó Ry.

—¿Quieres decir, quererlo de verdad? —dijo, como si fuera impensable.

—No sería imposible, Marti —dijo Ry, interpretando el tono de sus palabras—. Mira, Jack era tu hombre, sabes que era para todos como uno más de la familia desde que erais niños. Wyatt y yo le queríamos como a un hermano. Pero Jack ya no está, Marti; y aunque sea horrible, es verdad. Tú tienes que continuar con tu vida, sobre todo ahora.

—¿Me estás diciendo que debería casarme sólo porque estoy embarazada?

—Marti, nadie, y menos yo, quiere que malgastes tu vida siendo la casi viuda de Jack. Tú sabes que a él no le habría gustado eso. Ahora estás embarazada de otro hombre a quien tienes en suficiente estima como para haber preferido que no te pidiera que te casaras con él como si estuviera comprándose un coche. Lo único que digo es que deberías considerar que te acostarías con él y que llevas desde que llegaste a Northbridge con él por algo; y que ese algo no tiene nada que ver con el bebé.

—Pero es por eso precisamente por lo que he estado con él desde que he llegado —dijo, sabiendo que el bebé había sido la excusa para ver a Noah, para seguir viéndolo.

—No me vengas con cuentos, Marti —respondió Ry—. Si no te gustara el tipo, te daría igual cómo te pidiera en matrimonio. Sobre todo porque se nota que te ha sentado fatal. Noah te ha calado hondo, yo lo tengo muy claro.

Marti vio que era inútil seguir negándose, ni a Ry ni a sí misma.

—Además —continuó Ry—. Noah parece un buen hombre. Wyatt le estima, la abuela y Mary Pat también. No seas tan dura con él. Por lo que has dicho, no creo que te pidiera en matrimonio sólo por el bebé; a lo mejor te has agarrado a eso para darte la oportunidad de ignorar el resto, Marti. Me da la impresión de que Noah te lo ha pedido así porque debía de tener miedo de que lo rechazases; seguramente porque entenderá que sigues pensando en Jack.

—No es verdad.

—Sí que lo es, Marti. Y si yo estuviera en la piel de Noah, haría lo mismo: insistir en lo del bebé para tener más posibilidades. Cualquier otro acercamiento por su parte se toparía con el perfecto amor perdido al que nadie se podrá igualar jamás.

Ry no tenía pelos en la lengua.

—Desde luego una proposición que sólo se hace para sacar el máximo provecho de la situación no puede compararse —insistió Marti.

—Como he dicho, si no te importara ese hombre, te importaría poco cómo te pidiera en matrimonio. Marti, a lo mejor tienes que demostrarle que te importa.

¿Y cómo iba a demostrárselo? ¿Debería confiar en su hermano, creer que Noah sentía cosas por ella de las que no le había hablado y liarse la manta a la cabeza?

No le pareció muy buena idea.

—No sé... —dijo, incapaz de seguir hablando del tema con Ry—. Supongo que tendré que pensármelo.

—Bueno, mejor piensa en eso que en la abuela, en Tyson o en averiguar de un bebé que nació hace tanto tiempo. Enseguida te tomo el relevo. Tú ocúpate sólo de tus cosas.

Marti le aseguró que así lo haría, antes de cambiar de tema; y pasado un rato, se dieron las buenas noches y cortaron la conversación. Marti se quedó pensativa en su habitación, sopesando lo que le había dicho Ry de que a lo mejor Noah le había propuesto en matrimonio como lo había hecho porque pensaba que el bebé era una razón de más peso que lo que sintiera por ella.

Aunque también era posible que él no sintiera nada salvo la necesidad de proteger al bebé.

En ese momento en que volvieron de nuevo las dudas, alguien llamó a la ventana de su habitación, dándole un susto de muerte.

—¡Marti!

Y supo de inmediato que era Noah.

Ella llevaba puesta una camisola color crema rematada en encaje con botones delante y unos pantalones de pijama azul marino de seda. Como Noah la había visto con mucha menos ropa, se acercó a la ventana y descorrió las viejas cortinas de terciopelo.

Allí estaba Noah, que parecía un ladrón de guante blanco, vestido con vaqueros y camiseta negra de cuello vuelto, arremangada hasta el codo. Tenía el pelo un poco revuelto y estaba recién afeitado. Como quería que entrara un poco de aire fresco en su cuarto, había dejado la ventana medio abierta, y al descorrer la cortina le llegó el aroma de su colonia.

—¿Qué estás haciendo? —Marti no sabía si sería bueno o no que se le pusiera la piel de gallina nada más verlo.

—Sal —le pidió él sin responder a su pregunta.

—O podrías entrar tú —sugirió ella, pensando de pronto en la noche que habían pasado juntos.

Pero Noah negó con la cabeza y se limitó a decir:

—Ven conmigo.

Todo eso despertó su curiosidad, así que Marti se puso unas chanclas y se echó una rebeca de lana fina por los hombros antes de salir de su cuarto y de la casa.

Para entonces Noah estaba de pie en el camino junto al asiento del pasajero de la camioneta con la puerta abierta.

—Entra.

—No estoy vestida para ir a ningún sitio...

—Estás bien. Móntate.

Marti se montó, Noah dio la vuelta, se sentó al volante y arrancó el coche.

—Noah, estoy en pijama —dijo más insistentemente.

Pero de poco sirvió, porque en ese momento él dio marcha atrás y se alejó de la casa camino abajo.

A lo mejor la llevaba a su casa a hablar; visto que Noah no decía ni palabra, asumió que no querría hablar en el coche. Tenía la vista fija al frente, como si estuviera él solo.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella al ver que cruzaban la plaza del pueblo y el instituto más allá.

—Es un secreto —dijo él, que en ese momento encendió la radio, dejándole bien claro que no quería oír nada más.

Llegado ese momento, Marti se moría de curiosidad. Enseguida llegaron a casa de Noah, pasaron delante de la casa y del establo y continuaron por el camino de tierra.

Tan apartados de todo, la única iluminación era la luz de la luna, y justo cuando Marti iba a volver a preguntarle, llegaron a un bosque de pinos donde Noah se paró y apagó el motor.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él mientras salía del coche.

Noah se perdió en la oscuridad entre los árboles, hasta que se vio el destello de las llamas de un pequeño fuego de campamento.

En el suelo junto al fuego había una gruesa colcha de plumas, en un claro en el pequeño bosque.

—Aspira hondo.

Marti hizo lo que le pedía, aspirando el intenso perfume de los pinos.

—¿A qué te recuerda? —le preguntó él—. ¿Al hotel de Denver?

El hotel de Denver estaba a las afueras de la ciudad, en un escenario rústico entre árboles de hoja perenne como los que los rodeaban en ese momento. Aparte de los árboles y arbustos que rodeaban el hotel, en las chimeneas ardía madera de los pinos y otras coníferas, perfumando también el ambiente.

—Muy bien... —concedió Marti—, huele igual que en el hotel de Denver.

Le tomó la otra mano y pisaron sobre la colcha, cerca del resplandor del fuego que iluminaba sus apuestas facciones.

—Siéntate —dijo él cuando estuvieron en el centro de la colcha, mientras él mismo se sentaba con las piernas cruzadas y la invitaba a hacer lo mismo—. Ahora quiero que me escuches —dijo Noah con su voz profunda y suave—. Cuando estábamos en Denver no había nadie más que tú y yo. Nos conocimos y ocurrió algo, algo que escapaba a nuestra sensatez. En ese momento no había nada más, y en este momento, ahora mismo, no hay nada más que lo que tenemos tú y yo.

Marti entendió por qué la había llevado hasta allí.

—En un momento dado —continuó—, aunque no lo tenía planeado, algo ocurrió. Empecé a pensar en ti cada minuto del día, cada noche. Empecé a desear estar contigo, a planear todo teniendo eso en cuenta; es contigo con quien quiero compartir mis días y mis noches. Quiero ir contigo por la calle, estar contigo en casa. Quiero dormir contigo y despertarme contigo al día siguiente.

Le apretó las manos y tiró de ella ligeramente.

—Me enamoré de ti —dijo Noah con sinceridad—. De ti, Marti; sólo de ti. Sé que no puedes decir que sientas lo mismo por mí...

Marti soltó una mano para ponerle el dedo en la boca, para impedirle seguir. ¿Lo diría todo en serio o estaría rectificando en lo que se había equivocado esa tarde?

Esperaba que no fuera así. Parecía que esa vez hablaba de corazón.

Y cuando ella consideró quién era Noah y lo que sabía ya de él, le resultó menos difícil creerlo.

Noah había aprendido la dura lección de la vida y se había convertido en un buen hombre, como había dicho Ry. No mentía ni engañaba; tampoco se tiraba por la tangente, ni salía corriendo a la mínima dificultad. Era franco y directo. Marti estaba segura de que no le abriría el corazón así si no lo sintiera de verdad.

¿Y una vez llegada a esa conclusión, qué había de ella? ¿Le importaba ese hombre, como había dicho Ry?

Pensó en todas las cosas que le gustaban de Noah y que había descubierto esa semana. Le había gustado tenerle cerca cuando se había sentido indispuesta, o para pasar mejor el trago de los asuntos de su abuela, o cuando había ido a ver a Hector. Le gustaba estar con él, hablar con él, verlo y oír su voz.

Tuvo que reconocer que era más que eso. Más que gustarle, deseaba la compañía de Noah. Y si él quería estar con ella, ella sentía lo mismo; lo deseaba a él, y deseaba sentir su cuerpo, sus besos y sus caricias.

Allí no había ni pétalos de rosa, ni vino, ni velas. Porque Noah no era Jack. Pero el fuego ardía alegremente, la luna y las estrellas brillaban en el suelo y el aire limpio y perfumado le hizo recordar la primera noche que habían pasado juntos; esa primera vez cuando algo superior a ellos dos los había unido.

Y aunque no recordara mucho de la noche que había pasado con él en la habitación del hotel, sí que se acordaba de que Noah le había hecho sentirse única. Entre ellos había habido química. ¿Y no era también lo que había pasado desde que se habían vuelto a ver en Northbridge?

No podía negarlo. Y, como bien decía Noah, eso no tenía nada que ver con el embarazo. Así que bien podría ser que lo que él había dicho esa tarde de construir sobre la base de lo que los dos sentían, fuera cierto.

Marti negó con la cabeza mientras se le saltaban las lágrimas, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que le importaba aquel hombre.

—Tú no sabes si puedo o no decir que te amo —susurró ella, asustada al pensar que lo sentía de verdad.

Noah le retiró la mano de la cara.

—¿Quiere eso decir que me quieres?

—¿De verdad que esto no tiene nada que ver con el bebé? —preguntó Marti, cuando de nuevo le asaltó una duda.

Le tocó a Noah sacudir la cabeza.

—Esperaba que no me quitaras la posibilidad de estar con mi hijo. Pero esto que sentimos —le subió las manos y las sostuvo con fuerza contra su pecho— es algo entre tú y yo. Si no hubiera hijo, yo seguiría aquí, en este momento, diciéndote lo que quiero decirte y pidiéndote que te cases conmigo porque no quiero estar sin ti.

—No te he oído que me pidas nada —señaló Marti.

—Cásate conmigo, Marti, que te quiero a ti y sólo a ti. Cásate conmigo libremente... ¿Tal vez incluso por amor?

Ella sonrió.

—La pregunta iba al principio, no en lo último.

Noah se puso serio.

—Creo que en lo último también, porque de momento no has dicho que me quieras.

Marti no podía creer que estuviera a punto de decir lo que iba a decir.

—Nunca imaginé que estaría con otra persona que no fuera Jack, y nunca imaginé que podría querer a otro.

Marti se quedó en silencio un momento.

—No tengo ni idea de cómo ha pasado esto, Noah, sobre todo tan deprisa, y con tanta fuerza... Pero te quiero, Noah. Te quiero de verdad...

Su voz se fue apagando, sobrecogida por la fuerza de lo que sentía.

Vio la expresión intensa en sus ojos oscuros, su sonrisa burlona, su susurro.

—Ya era hora. Cómo has disfrutado teniéndome en vilo.

Eso le hizo reír, y gracias a eso no se echó a llorar.

—¿Entonces, te casarás conmigo? —le preguntó Noah.

—Sí —respondió ella, sabiendo que en ese momento no había otra razón para pedírselo que su deseo de estar con ella, y también que ella quería estar con él.

Noah tiró de ella y se inclinó un poco hacia delante para besarla con una ternura que dio paso a la pasión.

La abrazó y se arrodilló a la vez que ella, para poder sujetarle la cabeza y deslizarle la lengua entre los labios sin temor a perder el equilibrio.

Marti también lo abrazó, y deslizó las manos bajo su suéter de cuello vuelto para acariciar su espalda musculosa.

Noah no necesitó más, porque inmediatamente se apartó de ella y comenzó a desabrocharle los botones de la camisola. El aire fresco de la noche acarició sus pechos desnudos antes de que sus manos cálidas los cubrieran.

Pero enseguida se volvió a apartar de ella para quitarse el suéter, de modo que momentos después era el calor de su cuerpo el que envolvía el suyo, quitándole el frío mientras se tumbaban los dos en la colcha y terminaban de quitarse el resto de la ropa.

Se unieron con pulso frenético, ávidos de deseo aunque hacía menos de veinticuatro horas que habían hecho el amor. Cada uno exploró el cuerpo del otro con las manos y con la lengua, excitándose hasta el frenesí, que Noah sintió cuando penetró su cuerpo.

Marti gimió descontroladamente, mientras los dos iniciaban la búsqueda del clímax que Marti sabía que alcanzaría con Noah; el clímax que alcanzó medio segundo después que ella y que les dejó saciados y exhaustos.

Se quedaron tumbados bajo el cielo estrellado y las copas de los árboles. Marti tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Noah, y la claridad de la hoguera bañaba sus cuerpos de un suave resplandor cálido y dorado.

Y fue entonces cuando Noah dijo de nuevo:

—Te quiero, Marti; más de lo que puedas imaginar.

—Yo también te quiero, Noah —respondió ella.

—Estoy pensando que a lo mejor nuestro noviazgo no ha sido tan largo como el que tuviste con Jack, pero que podríamos tener un matrimonio largo. ¿Qué te parece?

Ella sonrió.

—Cuento con ello.

—Y también estoy pensando que tendremos un montón de hijos, ya que no voy a poder quitarte las manos de encima.

Marti se echó a reír.

—De acuerdo. Pero empecemos por éste.

Él la abrazó con fuerza.

—Lo que tú digas —la besó en la frente, transmitiéndole su calor.

Y cuando Marti cerró los ojos y se dejó llevar por el agotamiento, feliz de estar entre los brazos de Noah, de sentir su cuerpo desnudo, de amarlo tanto

que rebosaba de dicha y bienestar, pensó en Jack.

Pero en ningún momento sintió culpabilidad. Más bien, tuvo la certeza en ese momento de que no había razón para sentirla.

La vida le había dado otra oportunidad de vivir una felicidad que sólo había imaginado junto a Jack. Y esa felicidad había llegado de la mano de Noah; y Marti estaba segura de que a Jack le habría parecido bien que estuviera con Noah.

Y esa vez la felicidad venía también de la mano de su futuro hijo; un hijo que los uniría, que sería el primero que Noah tendría la oportunidad de criar y educar como propio. Un hijo que le había devuelto la esperanza a Marti, que le había dado ánimos para seguir adelante.

Y aunque el camino había sido totalmente distinto junto a Noah de lo que lo había sido junto a Jack, Marti entendió que lo que tenía no era menos maravilloso, ni menos perfecto.